
Las habilidades inútiles

Gabriel Dalla Torre

Lucía Bracelis

1º Premio
Certamen Novela
Ciudad de Mendoza 2010

Ciudad de  Mendoza

DATOS EDITORIAL

Ilustraciones

Birlo

Retratos

Claudia Salgado y Juan Guillot

Diseño

MDA Consultora

a Laura A.
a María B.
y a la pequeña Yoko.

Prólogo

El Certamen Literario Ciudad de Mendoza, organizado por la Municipalidad de la Ciudad de Mendoza, fue creado con el objetivo de estimular, promover, distinguir y difundir la labor de los escritores locales, otorgándoles una oportunidad para publicar sus trabajos literarios. Interrumpido por los gobiernos militares y las crisis económicas, y recuperado en 2007 por la Municipalidad de la Ciudad de Mendoza, se ha ido posicionando como uno de los más importantes de la provincia y cuenta entre sus ganadores con dos de las figuras más prestigiosas de las letras mendocinas: Antonio Di Benedetto y Abelardo Arias.

En las dos ediciones anteriores del Certamen, la convocatoria fue orientada a los géneros de Poesía y Cuento. En 2007 fueron destacadas las obras de Rubén Valle, Mauco Sosa y Pablo Bugarini, en poesía; y de Pablo Colombi, Facundo Mercadante y Rolando Concatti, en cuento. En 2008 se desatacó la obra de Pablo Arabena, Eliana Drajer e Inés Rodríguez, en poesía; y de Pablo García, Andrés de Cara y Diego Niemetz, en cuento.

Para la edición 2010 del Certamen se convocó, por primera vez, al género Novela y se conformó un prestigioso jurado integrado por los escritores de Buenos Aires Claudia Piñeiro y Federico Jeanmaire y por la investigadora y docente mendocina Magdalena Nallim. Además de la publicación se otorgó un premio estímulo de diez mil pesos argentinos.

Se presentaron un total de cuarenta novelas de autores mendocinos, resultando distinguida con el primer premio "Las habilidades inútiles" escrita en colaboración por los

jóvenes escritores Gabriel Dalla Torre y Lucía Bracelis.

Los miembros de jurado manifestaron en el acta de premiación que “dentro del alto nivel de las novelas participantes, han decidido elegir como ganadora, por unanimidad, a Las habilidades inútiles, un policial con una gran construcción de personajes, que va alternando el punto de vista sin que se note en absoluto que está escrita a cuatro manos. Se destacan la calidad de la prosa cuidada en lenguaje y construcción, y una estructura ingeniosa que no peca de estar por delante de la historia...sino en sostenerla de manera impecable. La novela trabaja sobre el deseo y la muerte, dos motores fundamentales en esta historia que no se queda atrapada en la mera construcción policial”.

Con la publicación de esta obra, la Municipalidad de la Ciudad de Mendoza ratifica su compromiso con las identidades locales, la diversidad cultural y la democracia participativa.

Agradecemos especialmente a Patricia Rodón y Marta Castellino su desinteresado aporte a la organización de este Certamen.

Las habilidades inútiles

¿Por qué ciertos animales durante su periodo de gestación adquieren rasgos no funcionales que después desaparecen?

¿Cómo se puede explicar la aparición de arcos branquiales en embriones mamíferos?

Francis Maitland Balfort

Todos somos héroes por el simple hecho de estar vivos.

ABC

Primera Parte

Detalles insignificantes

Los mensajes al mar

Capítulo uno

Según mi experiencia la vida deja de ser así. Como una orquesta envenenada. Simultáneamente y con asombrosa coordinación los órganos se detienen. El movimiento se detiene. El pianista cae último, sobre las teclas junto al acorde final. Todo es un proceso. Como el tiempo. Va ocurriendo tan gradualmente que acaso sea imperceptible el cambio. Pero también no. También hay un segundo en que la esencia cambia. Es un instante. O un pequeño espacio.

No existe la MUERTE.

Cada uno tiene una idea de la muerte. Una idea visual que yo trato de conectar con la química del cuerpo. La mayoría quiere morir como ingresando a un sueño. Con lentitud y sin conciencia. Y además creen que la muerte es una especie de sueño. Un lento fundido en negro. Pero hay una minoría que prefiere lo otro. Prefiere la solidez de un instante. Sin dormirse antes. Sin apagarse de a poco. La muerte es un flash infinito para este grupo. Y existe también un tercer grupo mínimo que prefiere el azar. Dejan la decisión en mis manos. Yo elijo.

Hay tantas muertes como personas.

Quizás haya sido la prohibición del azúcar en la infancia el factor definitivo. La causa de mi forma de vida actual.

Yo decido mi vida. Todos los días. Cada mañana. La dosis exacta de insulina para dejarme vivo por el resto

del día. Yo decido poner en mi cuerpo esa sustancia que impedirá la muerte. Por eso los entiendo. A cada grupo. A cada paciente.

Hoy empieza el invierno. Estoy de pie en el lugar más adecuado para apreciarlo. En el centro de la cadena montañosa. Puedo oler la nieve que empieza a caer unos metros más arriba.

He visto morir a cincuenta y ocho personas en los últimos diez años. Podría decirse que soy uno de los asesinos seriales más eficaces y silenciosos que haya conocido la historia. Aunque técnicamente no asesino. No es esa la palabra que me define. Hace diez años ejerzo mi oficio y aún no tengo la palabra.

Todos me dejan algo, siempre. Mi último paciente Steve Ratliff, el N° 58, no ha sido una excepción. Les resulta imposible evitar la herencia. De alguna forma maravillosa yo me transformo en su ser más cercano y final. Es un proceso inevitable y hermoso, que me llena de culpa y me estimula más que lo otro. La idea de lo otro, quiero decir. No el hecho. Dejo mi huella en el mundo.

Steve R también me ha dejado eso. Su huella en el mundo. Porque todos mueren bien, con optimismo. La intensión –a veces indecible, a veces hipotética- de dejar una huella en el mundo es un acto de profundo optimismo. De optimismo e ingenuidad. Me atrevería a decir que para alguno transformé ese instante final en el mejor día de su vida.

Cuando el ómnibus se detiene en la aduana, que es un edificio informe y metálico, aprovecho para entrar al

baño, que es otro pequeño edificio informe y metálico y maltratado y alejado del resto. Enciendo una variedad de Blue Rhino. El olor a grosella invade el cuarto.

Steve R me dejado su obra completa. Los manuscritos de Mr. Steve E. Ratliff. Dijo que yo sabría. La gente se pone muy sabia cuando entiende que va a morir. Eso me gusta, que sepan el futuro. Se llenan de certezas. Miro a través de un pedazo de chapa ausente en el techo, miro el cielo nublado y hacia el agua que comienza a caer torcida.

Mis manos se ven cada vez más grandes, porque mis brazos están cada vez más finos. Me mido la muñeca y no me gusta, es casi imposible que esas pequeñas piezas sostengan toda la otra estructura, la de la mano. Dejo el baño, sigo fumando, me rodea la montaña nevada y el aire frío. Hay un grupo de gendarmes a lo lejos, ríen. Dos mandriles y una hiena. Si tengo impunidad para lo otro, también para esto. Para fumar. *Una vez fuera del mundo sólo puedo profundizar esa situación.* Como si una trampa llevara a la otra. Y pienso en trampa como algo lindo. Aunque fuera de la ley.

Dejo atrás Tongoy, un pueblito marino bien al norte de Chile. Siempre trabajo en pueblos o ciudades más bien pequeñas. Nunca en grandes ciudades. Preciso de la policía de provincia. Cuento con su incompetencia apacible. En la gran ciudad me podría cruzar con un investigador entrenado que ponga fin a mis actividades.

Regla N°1: Ejercer siempre en pequeñas ciudades de provincias.

Estuve trabajando en Chile los últimos dos años, con algunas visitas periódicas a Salinas para tener al día el departamento. Me muevo. Siempre moviéndome. El nomadismo es condición esencial en este oficio.

Regla N°2: Nomadismo.

Mr. Ratliff tenía setenta y seis, le decían "El inglés", pero había nacido en Nueva York. En la calle 79 West frente al Central Park. Era un hombre culto y refinado, que había estudiado en Harvard con Austen y con Edmund Wilson. Eso dijo él. Escribió toda su vida pero sólo publicó una serie de cuatro relatos en la revista Story que le dieron un prestigio instantáneo en los círculos literarios de Nueva York a comienzos de la década del cincuenta. En 1954, con su admirable "Transister Radio", ganó el premio O'Henry al mejor cuento del año. Después quedó atrapado en una obsesión. Se embarcó, anduvo unos años navegando y tuvo una trágica historia de amor con una mujer en Argentina y ya no se fue de ese país. Terminó trabajando en una compañía exportadora de pescado en la ciudad de Mar del Plata. No publicó nada más. Nunca dejó la escritura. De entrada supe que estaba condenado. Cuando lo conocí su enfisema pulmonar ya lo había confinado a la cama.

Nadie conoce bien los motivos de su estada en Chile o porqué decidió terminar ahí con su vida. Puso esa vida al servicio de la escritura.

Mr Ratliff me contó muchas cosas.

Su madre había sido la primera mujer en manejar un auto en todo el estado de Tennessee. Moby Dick es en realidad

una novela sobre la cocaína. Una mujer en Arkansas roció a su marido con nafta mientras dormía y lo prendió fuego pero antes tuvo la precaución de atarlo a la cama para que no se incendiara la casa con su cuerpo en llamas. El relato de los sueños sólo le interesa a quien lo cuenta. Las historias personales sólo se deben contar a los extraños y a los desconocidos. No se puede ser un gran novelista antes de los cuarenta años. Es necesario vivir para captar el orden de la experiencia.

Todas sus palabras salían con ese acento gringo espantoso. Aunque era tan talentoso en su relato que ese detalle se pasaba por alto. Sumaba la sabiduría natural que le otorgaba la certeza de conocer su futuro.

Su momento final se dilató algunas semanas precisamente por esa habilidad para contar. Y las ganas también. Era una Scherezade. Me mantuvo incompleto con sus narraciones para alejar la muerte por última vez. Se empeño en que leyéramos su libro de cuentos "Wonderful things don't last". Necesitaba al menos un lector para probar ese texto. Una mañana lluviosa, con el ruido del mar de fondo, leímos juntos el final. Yo busqué el analgésico acordado y después de un discreto pinchazo en el brazo lo vi morir. Ha preferido el Tramadol, un opióide sintético de la morfina. Se fue como una caída vertical en un sueño. Él, como todos mis pacientes, me ha dejado su herencia, su huella sobre el mundo: los manuscritos de toda su vida.

Veo el ómnibus a lo lejos, parece un inmenso ataúd negro, no deberían usar ese color. Envuelto en cierta nube de euforia, un poco perseguido imaginariamente, subo a bordo y espero. Me observo unos segundos en el reflejo del vidrio. Llevo el cabello casi largo. Un peinado infantil, raya al costa-

do, rubio. Un fino bigote de los años cuarenta. El aspecto me ha acompañado durante casi seis meses, ya es hora de cambiar. Barba tal vez. Los anteojos antiguos. El rapado fundamental de invierno. Es el oficio o las precauciones excesivas.

Regla N°3: Sutil variación semestral de la apariencia.

Bebo un trago infinito de agua mineral. Vuelvo a Salinas porque quiero. Siempre hago lo que quiero. He logrado la utopía de vivir sin casi relacionarme con los otros. Hay también un evento que me lleva de vuelta a Salinas. Tiene relación con la obra de Steve Ratliff.

Sube el resto de los pasajeros. Dos mujeres tortugas cóncavas y reidoras. Adolescentes con razones para estar avergonzados de sus padres. Un grupo de tres hombres. Miro a uno fijamente a la cara. Es un hurón. Tengo la certeza de que fuma. Puedo adivinar al fumador por su rostro.

Habilidad inútil N°1:
Adivinar el fumador.
Los observadores.

El ómnibus retoma el movimiento, dejamos atrás el edificio metálico e informe de la aduana. Nos desplazamos entre las rocas. Siguen treinta y seis túneles, los he contado en la infancia. Queda atrás el establecimiento militar. Los centros de esquí. Se inicia el paisaje. Pinos rodean el nuevo lago artificial.

Salir desde la montaña hacia la ciudad es mi actividad favorita.

Capítulo dos

Llevamos horas caminando, la gorda adelante mío en la fila me ha parecido simpática por demás, todo, sus pantalones, la gorra que lleva puesta, la camisa a cuadros, hasta su modo de caminar y hablar se considerarían los de un hombre, me pregunto si será lesbiana, no conozco mucho a la gente, no sé muy bien relacionarme y me cuesta mucho adivinar cosas que para algunos dotados en las relaciones humanas son obvias, yo tengo otros dones, el mejor de ellos es armar rompecabezas, rapidísimo y casi sin equivocarme.

Cuando veo una pieza puedo saber exactamente donde va, ojalá existieran concursos de rompecabezas como de ajedrez o ping pong, quizás hasta podría ganar dinero, la quebrada por la que subimos es arenosa y me cuesta caminar, estoy un poco excedida en peso, debería comer menos y ejercitarme un poco, mi pensamiento siempre se contradice, de lo bueno a lo malo, cuando lleguemos al lugar del peritaje me voy a fumar un cigarrillo, antes no, caminar en la montaña y fumar no parecen cosas que se puedan hacer juntas, no se porque dudo tanto, en esta profesión la mayoría de las mujeres son como hombres, se visten comen y hablan como ellos, gustan de sus gustos, en definitiva quieren ser hombres o el otro extremo, muy putas de esas que no soportan a las mujeres y solo quieren rodearse de seres masculinos, les gusta ser deseadas y no quieren competencia alguna, buscan profesiones u oficios de varones para rodearse de la mayor cantidad de ellos, la gordi que camina delante parece ser del primer grupo, me mira y sonrío sin disimulo, yo estoy al margen

de mi propia categorización, todavía no sé porqué estudié esta carrera, ni menos porqué la ejerzo, una herencia familiar inevitable o una obsesión por la muerte, ojalá mis padres hubieran sido médicos, quizás yo hubiera sido enfermera u odontóloga, una especie de semirebeldía.

Block de notas

Pasos Generales para la Búsqueda.

El siguiente listado intenta ser alimento para el pensamiento antes que la imposición de un sistema inalterable y contiene los pasos lógicos a seguir para lograr con el menor margen de error la detección documentación y secuestro adecuado de la evidencia física.

Primero, la observación, sin acción, del lugar, la preservación de las posibles pruebas

Segundo, descripción narrativa de la escena, posición del cuerpo, datos relevantes, una evaluación de la evidencia en forma de impresiones dactilares latentes, evaluación de la evidencia física, búsqueda detallada

Tercero, recolección, registro, señalización y preservación de la evidencia, cuento con mi maletín con los guantes, todas las variedades de pinzas, bolsas ziploc para guardar las pruebas y el Block de notas.

Por mi lado después de los pasos hago las hipótesis sobre las causas de muerte de la víctima y las características del victimario o los victimarios.

Hace bastante frío, hemos hecho al menos 20 kilómetros por la ruta internacional, justo antes del primer túnel camino a Chile, dejamos los móviles en la orilla, un

ómnibus negro, lleno de turistas, disminuye su velocidad, miran curiosos, algunos pasajeros asomados, subimos caminando, el puestero que encontró el cadáver nos ha guiado, es la tercera vez que sube y se nota en su cansancio, habla mucho está como en shock, ha repetido varias veces la misma información y tiene miedo de meterse en líos, es un hombre grande y ermitaño, debe hacer mucho tiempo que no tiene trato con personas desconocidas, las marcas de su piel hablan de muchas horas al sol.

Me incomoda este lugar, el silencio, en la tranquilidad de la montaña parece inevitable reflexionar y no creo que la búsqueda de un cadáver sea un momento para eso, pero las ideas se van concatenando, la imaginación fluye y se arma como los rompecabezas.

Cuando llegamos al lugar donde está el cuerpo el clima es entre tenso y misterioso, el olor ayuda mucho a nuestro comportamiento, los primeros en llegar quedan quietos, tiesos, se mira el cadáver durante minutos, siempre alguno rompe el hielo, comienza a trabajar, casi siempre el más experimentado en la tarea y siempre me causa un poco de gracia cómo todos empiezan a naturalizar la tarea, queriendo demostrar alguna especie de hombría.

Los dos policías, el oficial y el agente han llegado antes, me saludan sin mirarme, Hola Jorge, que onda Jorge, apenas muevo la cabeza, porque para mí siempre el enfrentamiento con la muerte es un proceso extraño, siento cierto angostamiento en la garganta, solo se me pasa con el transcurso del día y termina en la noche con una pesadilla, la presencia de la muerte, así tan explícita, a nadie puede ser indiferente, nadie humano se acostumbra a la muerte, el impacto de la muerte siempre condiciona

a la mente a la reflexión sobre su antagonista, eso más que cruel, es cansador, sumándole el aire zarastutresco de la montaña, pero plantearme a los veinticinco años mi vida me parece apresurado, inevitable pero apresurado, si mi hermano no hubiera sufrido el accidente, si yo fuera menos tímida, más segura, menos gorda, menos acomplejada, si pudiera irme de casa pronto, intentar cambiar algunas cosas.

La vida se divide en dos: lo que podría haber sido y lo que es, lo que podría ser y lo que será: mi propia vida ha terminado siendo un cúmulo de hipótesis errantes, si mi hermano Martín no hubiera sido baleado, si papá no hubiera muerto, si Cabeza fuera mi hijo y no mi sobrino, si Claudia abandonara a Martín, la vida podría ser tan distinta, no sé si mejor o peor, solo distinta.

Cuando nos detenemos a tomar agua miro al fotógrafo Diego, me gustaría más si no fuera porque termina de sacar una serie de fotos y se escarba la nariz profundamente o con la misma liviandad se mete la mano en el bolsillo del jean y se acomoda o rasca, alternadamente.

Capítulo tres

Las personas se dividen entre las que hablan de más y las que guardan un gran secreto.

Las mujeres tortuga sentadas delante mío pertenecen a la primer categoría. Los tres hombres, incluyendo al hurón, entran en la segunda.

Debería escribir “*Yo divido*”. Esto también es herencia de Steve Ratliff. Quizás la parte más importante. La modificación de un hábito y acaso el primer eslabón en una futura cadena de excepciones. Él me transmitió esa ilusión. La de elegir las palabras exactas.

Entonces me corrijo:

Yo divido a las personas entre los que hablan de más y los que guardan un gran secreto.

La frase permanece en la pequeña pantalla de la agenda electrónica.

Hemos dejado atrás la montaña, los túneles, las hosterías, pasamos junto a un grupo de policías que patrullan las cercanías del lago. Apenas atravesamos el arco que define la entrada a la ciudad de Salinas, una multitud nos recibe. Es más bien una turba. El ómnibus queda quieto. La protesta corta la circulación de la avenida circunvalación que rodea la ciudad. Hay un hombre delgado y viejo con rostro de gorila. La turba iracunda está compuesta de pollos, pavos y ovejas. Hay una mujer policía manatí.

Las personas siempre se me presentan así. Cada una con la forma del animal que le corresponde. Serán las fábulas de mi infancia que dieron forma exacta a cada defecto o virtud en las personas. Cada animal representa con su forma un estereotipo en la personalidad. Los rasgos son el significante del cuerpo.

Steve Ratliff era el perfecto reptil. Los reptiles adecuados manejan el arte de la combinación exacta. Vanidosos pero sabios. Ambas cualidades en su justa proporción. Él guardó un gran secreto. Era de esas personas. Aunque ha sido distinto conmigo. Todos los pacientes lo eran. La circunstancia los obligaba. Como si la muerte les diera la oportunidad de ser otro. Ese otro con el que siempre habían soñado ser. Una persona libre de las preocupaciones del cuerpo. El futuro es eso, preocupaciones. Los pacientes que yo conozco no son las personas que fueron en vida. Es un espacio de tiempo único. Una grieta que se abre al final. Que yo abro.

Mr. Ratliff se mostró interesado por mis actividades. Había dicho que yo era un personaje profundamente adecuado. Alcanzó a garabatear un cuento corto : "Mr. Death's smile". Ahí plasmó algunas de mis reglas.

Regla N°4: Cambiar de nombre feo.

Hace diez años que no uso mi nombre. Diez años que nadie pone juntas esas dos palabras, esas catorce letras que mis padres eligieron juntar. Fue mi hermano mayor quien eligió el nombre en realidad. Él tenía cuatro años y para atenuar el estrés de un nuevo hermano le dieron ese privilegio. Una idea brillante. Me llamó así en homenaje a un héroe de una serie de televisión. Aunque todos

asumen que fue por el jugador de fútbol. Ahora, cada vez que me cambio el nombre, elijo uno horrible. Respondo a cualquier palabra que suene mal. Ese es mi secreto.

No me mueve la fantasía del anonimato o de la protección. Ese es un beneficio extra. Lo hago más bien con la intención de proteger mi cabeza. Además porque puedo. Hago las cosas porque puedo. Cuando el paciente me toma la mano y me llama Hugo o Claudio o Sergio yo me siento cada vez otro. Alguien nuevo. No soy yo el que está viendo esa vida desaparecer. Más de la mitad se despide del mundo diciendo esa palabra que he elegido como nombre. Y siempre elijo nombres horribles. Hugo es el peor nombre que puedo imaginar. Hugo Rubén. Marcelo Fabián.

Una libertad lleva a otras. Una vez elegido este camino sólo puede profundizarse la necesidad de decidir, a cada instante, cómo quiero vivir. Yo decido cada mañana si quiero vivir. Yo decido renombrarme. Cada vez que quiero. Es un derecho.

El ómnibus se encuentra rodeado por la protesta de trabajadores estatales. Han cortado la autopista de ingreso a la ciudad. El caos es profundo, pero también estimulante. Una líder sindical dirige al numeroso grupo. Es un jabalí, muestra fiereza y decisión, lleva una bincha elástica. Arenga. Grita en la cara de la policía manatí. No lo logro definir que sentimiento despierta en mí. Sé que es un sentimiento. No provoca ideas. Detesto a las mujeres así. Tan masculinas y jabalinas. Hasta casi detecto un colmillo asomado desde el maxilar inferior.

Hay tantas muertes como personas. Cada paciente

merece una muerte única. Traduzco. Es la primera frase del relato "Mr. Death" que Steve Ratliff ha escrito pensando en mí. El resto de su obra, mi herencia:

Wonderfull things don't ever last / Las cosas maravillosas no durarán, 1954. Cuentos.

An American Romance / Un Romance Americano, 1963. Novela.

The Head of the Radio / El dueño de la radio, 1979. Novela corta.

The mirror room / Una habitación de espejos, 1986. Cuentos.

Mr. Death's smile / La sonrisa del Doctor Muerte, fecha incierta. Cuento.

Logramos atravesar la multitud que protesta. Por un segundo quedo cara a cara con la líder jabalí. Un cristal nos separa, su aliento porcino empaña la ventana. En la Terminal de Ómnibus el movimiento es intenso. Llevo una valija y dos bolsos. Bajamos todos. Las mujeres tortuga enlazan sus brazos y avanzan. El hurón enciende un cigarrillo mentolado. Hay un chico delgado, un tanto desahuciado que persigue a una pareja de dos gacelas turistas. Cuando las alcanza exhibe su estado. Le falta un brazo y parte del hombro. Exige unas monedas a cambio. Los turistas no pueden resistir y ceden. Se deshacen en monedas.

Llueven agujas. Tomo un taxi. Salinas apenas ha cambiado. Los canales que recorren la ciudad hasta el centro de cada plaza se llenan de agua y basura.

Llego al edificio. En el portero eléctrico veo una marca con esmalte rojo en el departamento 84. Sé lo que eso significa. Yo vivo en el 77. Hay facturas acumuladas. Subo hasta el departamento del portero conejo. Simple y siempre dispuesto. Pago la deuda de expensas. No hay gas, ni electricidad. Bajo y compro comida. Como el silencio. Comienzo a construir con esas pequeñas actividades una atmósfera. Una intimidad.

Me inyecto en el baño. Esta acción es determinante en la construcción del sitio que será mi hogar por ahora.

Abro el ordenador, uso la batería. Paso un tiempo hasta encontrar una señal libre. Me conecto. Lo primero que busco es eso que me ha traído de vuelta a la Ciudad de Salinas.

Veo las noticias sobre el joven ganador del Premio James Baldwin de literatura. El concurso se realiza anualmente en Salinas. El premio es una importante cantidad de dinero y la edición de un libro con todos los relatos. La foto muestra al autor Leopoldo Tasch estrechando la mano de un Secretario de Cultura. Tasch es un pulpo. Es un suave. El otro es un chimpancé. Lo más cercano a un hombre. El título de la obra ganadora es "Lo maravilloso dura segundos". Título sospechosamente parecido al primer libro de cuentos de Steve Ratliff. El escritor supuesto plagariario concentra todos sus rasgos en el centro de la cara.

Lo he visto. Muchas veces. Antes de morir un aura rodea a las personas. Como si el cuerpo entero ya se diera por vencido. Y una vez que deja de luchar por mantener la maquinaria activa encuentra una paz admirable. Entiendo a quienes disfrutan o se excitan con la simulación de muerte. Creo que buscan eso. Sentimiento de paz.

No estoy seguro de que la muerte y la vida sean opuestos de lo mismo. No creo que sean antagonistas. Pienso la muerte como la ausencia total de dolor. La felicidad también es la ausencia de dolor.

Anoto en la agenda electrónica.

Elijo, entre los frascos con muestras que guardo en mi bodega, un poco de Homegrown Cheese. Veo la fecha. Casi tiene dos años. Perfecto. Justo para este momento. El sabor es muy dulce. No picante como se puede esperar de una haze. El humo es casi azul y dibuja formas en la luz que entra por la ventana. El colocón es excepcionalmente potente al principio. Luego me induce un sueño leve. Minutos antes de dormir todo parece parte del mundo onírico. Me dejo caer sobre el sillón negro, los pies desnudos sobre la alfombra de piel de cabra. Voy entrando sutilmente en el sueño. La forma que tiene dios de ir acostumbrando el cuerpo a la muerte. Miro en la pantalla de la computadora la última imagen de Steve Ratliff. Un hombre viejo, los cabellos y las barbas blancas frente al océano por última vez.

La lluvia contra la ventana.

Me duermo o me desmayo.

Capítulo cuatro

Volvemos en el móvil hacia la ciudad, pienso en Laura Palmer, los ojos, solamente los ojos me dicen todo, el instinto puede más que las pruebas, la inducción y toda la lógica junta, ella casi había decidido morir, se relacionaba con hombres brutos, poderosos, impunes pero había elegido eso, los hombres suaves le parecían repugnantes, ahora está sucia, golpeada, las ropas arrancadas, ella era del segundo grupo de mujeres, necesitaba seducir, excitar, del grupo de las putas, como hubiera sido yo con ese cuerpo, con esa cara bellísima, con ese pelo tan largo, mi vida no sería la misma, eso seguro, la pregunta verdadera es si hubiera utilizado mejor ese cuerpo o lo hubiera explotado como ella hasta morir, ¿como hubiera sido mi vida en un cuerpo hermoso? el cuerpo se forma de acuerdo a la personalidad, la mente determina la forma visible que adquirimos para los demás o el destino lo dan las formas y ellas determinan la personalidad, no puede ser así de superficial la vida, es innegable que el cuerpo se va moldeando de acuerdo a lo que vive, son tan sensibles las formas a la experiencia, como si cada uno llevara expreso el sufrimiento o la felicidad.

Martín tiene la forma merecida, gordo de puro egoísmo, yo siempre he sido un poco más delgada, porque nunca me dejaba comer, siempre se servía más raciones de comida y en los cumpleaños, no solo a mi me arrebató las golosinas de la piñata, sino a todos los demás, Mamá optó un tiempo por no llevarlo a los cumpleaños, evidentemente no entendió nada porque siguió haciendo lo mismo cuando le levantaron el castigo.

Me despierto con el ruido cotidiano, los gritos de dolor de Martín, postrado desde hace dos años en la habitación al principio del pasillo, él como mamá, papá y mis tíos era o es policía, porque policía no se deja de ser nunca, como cura o juez, en medio de un allanamiento en un barrio periférico lo alcanzaron 2 balas, una en la columna y otra en el pulmón, desde entonces parálítico y con una herida infectada drenando no ha dejado sus hábitos horribles, la televisión a todo volumen, los canales pornográficos a cualquier hora, gracias a que yo pago el cable canal más el plus por los codificados, y su hábito de la comida desmesurada, pesa alrededor de doscientos kilos, solo estimo porque es imposible pensar en pesarlo, en moverlo y en la balanza necesaria para tal emprendimiento, en transportar la balanza para tal fin, ¿qué pesará más la balanza o Martín?, lo cierto es que su gordura, inevitablemente, ha hecho más dificultosa su recuperación y la vida para todos nosotros.

Un hombre gordo, postrado, inútil, casi llorando de dolor, con quejidos constantes, persistentes y ahí Claudia, mi cuñada, como una devota cumpliendo su rol de esposa, de nuera, de madre, los nombres destinados a las relaciones familiares, suenan algo vulgar, llamar a la gente por su vínculo es de clases inferiores, por eso yo lo hago todo el tiempo, aunque me moleste, mi madre cuando vuelve de trabajar, me besa doble, colabora con la higiene y las curaciones de Martín, mientras sobrino juega por ahí, con sus seis años y sus tres palabras aprendidas.

No puedo escucharlo más, me voy a volver loca, todo el tiempo me recuerda el dolor, el sufrimiento, es como la manzana podrida pudriendo las demás, nadie puede, ni hablar de ser feliz, sonreír en una casa donde hay una per-

sona gritando de dolor todos los días, a todas las horas, a la inversa, es como estar triste en el carnaval de Río, o quizás peor sea eso, la tristeza se profundiza si está rodeada de tanta algarabía, mi mamá me contó la historia de una niña en Río, era carnaval, la niña estaba vestida para participar de la fiesta callejera, disfrazada de hada, con alas y tules prestados, pero su padre la envió a comprar urgente los remedios para su madre, postrada en una cama hacia meses por una enfermedad terminal, eran urgentes, había empeorado su salud, me imagino esas alitas, deberían haber sido tratadas con mucha delicadeza, ahora estaban atropellando todo a su paso, esquivando la música y el baile.

Mi madre, ha desarrollado últimamente un pesimismo disfrazado, recordando o inventando historias singularmente tristes, fingiendo que nuestra vida no es tan horrible, una habilidad de traer al presente la idea de "siempre puede ser peor".

Habilidad inútil N° 4:
Encontrar consuelo en las historias tristes ajenas.
Los Instigadores

El dolor no respeta el silencio, siempre tiende a ser demostrado, por lo general con gritos, quejidos o visualmente con lágrimas, moretones, heridas, de algún modo llama la atención, esta profesión me lo ha demostrado, buscamos en lo expuesto (en la escena del crimen, en los cuerpos) romper el silencio, porque ese silencio de algún modo es el secreto, y los secretos están hechos para ser develados. Los mensajes perdidos, inventan siempre a quien debe encontrarlos

Block de notas

PRINCIPIO DE CORRESPONDENCIA

Se entiende por huella, "Toda figura, señal o vestigio, producida sobre una superficie por contacto suave o violento con una región del cuerpo humano o con un objeto cualquiera, impregnadas o no de sustancias colorantes". Las huellas indican la forma, contorno y características del agente que la produjo, logrando su identificación, según las condiciones particulares de cada caso.

El principio de correspondencia de características dice: "la acción dinámica de los agentes mecánicos vulnerantes sobre determinados cuerpos, dejan impresas sus características, reproduciendo morfología de origen"

Capítulo cinco

Lo inhumano es la extensión forzada de la vida, no la muerte inducida.

Ya no sé si lo dijo Steve Ratliff con su sibilante lengua de reptil. O si lo dije yo. O alguno de sus personajes.

Hay medidas en la inmoralidad también. No es lo mismo el departamento 84 que lo mío. Cada actividad tiene un índice diferente en la escala que va de la moralidad máxima a la inmoralidad mínima. Todo se mide. Y encuentro profundamente más inmoral la tarea de extender en el tiempo la disfunción de los órganos que precipitar la desorganización final del cuerpo. Yo lo puedo decir porque he practicado ambas experiencias. Puedo hablar del abismo que hay entre la mirada del que agradece la muerte y la mirada de quien padece la vida. El momento que reconozco único es el instante previo a la última acción.

Es el momento de la medición para mí.

La precisión en las dosis lo determina todo.

El número 2 también.

Hay dos formas de morir. Si el cuerpo es una maquinaria puede ser apagado hasta que lentamente deje de funcionar o puede ser puesto a su máxima velocidad y colapsar por la acción de su propia fuerza.

La gran mayoría elige la sustancia que apaga. Que va reduciendo el funcionamiento de cada órgano y cada par-

te del cuerpo hasta dejarlo quieto. Como ingresando a un sueño. *Realizar la acción tan gradualmente hasta que sea invisible.* Lo gradual imperceptible. El crecimiento del cabello. Del cuerpo. De un árbol. La erosión. Sucede con tanta sutileza que casi no sucede. Para este método dispongo de una serie de analgésicos locales que selecciono según la situación de cada paciente. En esa práctica también está el talento. Primero: saber quien desea la muerte. Después: averiguar la forma más adecuada. Una muerte para cada persona. Tramadol, por ejemplo, para bloquear la captación de serotonina. Para irse lentamente, con las horas. Butorfanol para evitar el dolor visceral. Lidocaína. Muy popular en Argentina. Actúa a los tres minutos de la aplicación. La más veloz. La lista de analgésicos que puedo conseguir fácilmente es larguísima. Cuento en eso también con la falta de orden legal en las pequeñas ciudades. Me presento como estudiante de veterinaria. De medicina. Eso me habilita la compra de cualquier analgésico que requiera. Meperidina. Oximorfona. Morfina en el peor de los casos. Siempre actuando sobre los receptores. Cuando es necesario potenciar la droga anestésica recorro también a sustancias agonistas. Como Nalbufina. O Naloxona para inducir la disforia.

Mi objetivo también es evitar la disociación del medio. Es bueno morir consciente. No se los lleva la muerte. Se van, juntos.

Un segundo grupo minoritario elige la otra forma de morir. Acelerar la maquinaria hasta el colapso. Una dosis exacta de analgésicos y estimulantes combinados. Adrenalina que induce la vasoconstricción. Atropina. Dopamina para el corazón. Doxapram para los pulmones. Y alguna última sustancia intermedia para disminuir la arritmia. Lidocaína al dos por ciento.

Steve Ratliff perteneció a este segundo grupo. Prefirió morir así. Entrando a un sueño pero galopando salvajemente.

Comienzo a sentir que su influenza es excesiva. Sólo comparable a la influenza del paciente cero, Charlie F.

Diez años atrás mi paciente cero tenía la edad que yo tengo ahora, 33. Un número extraño. Charlie F combatió la leucemia durante seis años. Era un fanático de las plantas medicinales. Mejoraban su apetito, su humor. En aquella época yo era estudiante de medicina, cursaba el tercer año. Estaba lleno de dudas con respecto a la profesión. Nos conocimos durante mis prácticas como interno en el Centro Oncológico Edward Blake, en Nottingham. Creo que él me eligió. Nos elegimos. Había estado pensando en su necesidad. Era escritor. Igual que Steve Ratliff. Nuestra pura herencia enemiga inglesa. Será por eso la influenza. Él invento este oficio. Y me eligió como iniciador. Vio en mí condiciones. Charlie F. se paso años preparando el momento. Fue lo primero que pensó cuando supo de la enfermedad. Me queda toda la muerte por delante. Redujo el mundo a una porción del mundo. Una colección de plantas y las fantasy novels que lo educaron en su juventud rosarina. Me dejó de herencia el más maravilloso objeto. Un armario plegable y funcional para cultivo indoors. Una mañana cualquiera me habló. Me dijo sus ideas. Me sentí la última parte ausente de ese todo que había estado construyendo. Vino a mi mente aquel día en mi infancia cuando puse fin a la agonía del gato negro de Ricky.

Charlie F me explico todo sobre las plantas. Nunca más volví a la facultad. Esa mañana probamos una mezcla

precisa de Blue Rhino y Red Dwarf, para mejorar la sinapsis, para incrementar la extroversión. Fumamos también de esa variedad que él había creado en sus seis años medidos en el mundo de las plantas medicinales. La bautizó como Mrs. Gonnies. Por un film de la infancia. Charlie me ayuda a redactar algunas reglas que me guiarán en el ejercicio de este oficio. Las reglas son muy importantes.

Regla N°3: El paciente se compromete a no difundir la naturaleza o la existencia de mis actividades.

Cuando redactamos las reglas supuse que ningún paciente respetaría esta. Con la muerte tan cerca las promesas o cualquier noción de futuro parecería ridícula. Me sorprendí al comprobar que ninguno ha faltado. Lo atribuyo a esa especial conexión que se produce. También es gratitud.

Puedo decir orgulloso que nadie sabe de mí. De mis actividades. Soy lo que hago. Y existir es ser percibido. Yo no existo. Yo no tengo nombre. Mi oficio tampoco. *Pude mantenerme invisible en este mundo vidriero.* Me produce quizás un poco de tristeza el hecho de no poder compartir mis acciones con nadie. Soy mis acciones secretas. Hubo una ocasión en que fuimos tres. Mis pacientes N° 47 fueron un matrimonio nonagenario de origen social incierto. Sergio B y Lucía P. Murieron juntos. Con una exactitud, con una simultaneidad pasmosa. En la misma cama que habían ocupado durante más de cincuenta años.

Es sábado por la mañana. He arreglado y ordenado el departamento. Ya simula un sitio habitable. Acomodo en el baúl azul las últimas herencias: una trompeta laminada roja. Herencia del paciente N° 53, Washington C, 59 años.

Cáncer de pulmón. Su familia, numerosa y brasilera, se negaba a respetar su deseo de morir. Fue una tarea secreta y veloz. En ese caso me llamé Horacio. Eligió el flash inmediato y blanco que induce un estimulante poderoso. Cada objeto en el baúl lleva una etiqueta. Una libreta Moleskine llena de números, dibujos y palabras en hebreo. Paciente N° 34. Marcelo B. 93 años. Una antigua cajita musical de madera. Paciente N° 8 Fabián C. 88 años. Un set de audífonos suizos de los años 70. Gonzalo G. Paciente n° 11. Un cenicero portátil de plata, joyas extrañas, los objetos más coleccionables. He aprendido a observar y querer las cosas antiguas. El poder de sus materiales, las historias detrás. He llegado a creer que tengo ese poder. Con sólo tocar cada objeto imágenes de su pasado me asaltan.

La imposibilidad de completar mi colección es el mejor estimulante.

Salgo a comprar facturas, vituallas, jugo.

En la puerta que lleva al subsuelo del edificio hay un cartel.

El viernes a las 20 hs falleció Andrés N, inquilino del departamento 45.

Nuestro más sentido pésame a la familia y seres queridos.

La Administración.

Me quedo observando el cartel. Siento pena por todas las personas que mueren así. Sin decidirlo. Siento pena también por el cartel.

Morir sin querer. Pidiendo disculpas.

Todas las costumbres que rodean a la muerte se me presentan como lo más alto en la escala de la inmoralidad. Hasta la existencia del ataúd me resulta algo absurda y poco eficaz. Recuerdo a Andrés N. Hace unos años casi lo hago paciente. Era rengo, llevaba siempre un bastón precioso. En el mango resaltaba la cabeza dorada de un ave. Hubiera sido una herencia perfecta.

El distrito uno es el más limpio y vigilado. El orden numérico de los distritos forma también una escala social. Las clases sociales y sus posibilidades se miden. Todo se mide. Atravieso la plaza Estocolmo. Cada plaza de Salinas tiene un lago geométrico en el centro. Un triángulo en la Estocolmo. Eso quiere decir que fue la primera en ser construida. Tres es el primer número para esa serie de lagos. Un lago de un lado sería demasiado metafísico para una plaza de ciudad.

Los aspersores llenan todo de humedad. Hay una pareja. Una mujer muy vieja con la mirada perdida junto a una chica laosiana que empuja la silla de ruedas. Es una pareja habitual. La chica pobre que cuida a la vieja rica. Tuve una paciente así. Paciente N° 12. Claudia P. Fue la víctima de su cuidadora, quien le extendía la vida con la idea noble de no perder su trabajo. Una relación signada por el cuidado y el odio.

Vuelvo al departamento. Alguien ha quitado el cartel de condolencia informativa. Alguien se me adelantó. Colecciono los carteles que aparecen en el edificio. Los dejo unos días para que sean leídos (de otra forma serían inútiles como objeto) y luego los arranco para mí. De un tirón. Con la idea de lograr la forma de cartel arrancado. Admi-

ro esa prosa. Dice lo que es y nada más. Impersonal pero desprolija. Funcional. Ubicua. Está en todos los edificios de todas las ciudades. Una mano anónima que pone sobre el ascensor "No Funciona". Otra más profesional que arguye un optimista "En Reparación".

Leo los avisos fúnebres. Por alguna razón la edición digital del diario provincial no tiene avisos fúnebres. Como si la muerte no existiera en Internet. Los velorios son uno de los lugares en los que solía iniciar mis búsquedas. Amigos, viudos o viudas que se quedan solos. Las razones para desear morir son tan finas y complejas como las razones para desear lo otro. Vivir. No sólo estoy para escapar al sufrimiento físico. Existo también para evitar el deterioro del cuerpo. Para luchar contra la pérdida inmortalidad del hombre ordinario, que vive cien y en ocasiones hasta ciento seis años. Con el tiempo descarté el método del velorio. Por lo mismo que antes. Los rituales de la muerte. El llanto. El café hervido. Las vecinas y vecinos mal arreglados.

Hoy inicio la búsqueda del próximo paciente. Los sábados y domingos son especiales para la tarea. Desayuno frente a la luz imantada que atraviesa las nubes. Me inyecto mi dosis de insulina. Hago una lista de las semillas que me gustaría ver crecer. Desde la ventana veo la línea prolija y curva de la montaña.

Fumo en una pipa de mármol blanca. Dos partes de Morning Glory. Variedad suave y lúdica. Pura textura. Bien suave. Ideal para empezar el día.

Tantas muertes como personas.

Capítulo seis

Dejamos atrás Salinas hace cuatro horas, el frío me cala los huesos, viajamos cruzando la cordillera, el ómnibus no es muy cómodo, los recursos de la Fuerza no dan para lujos y nos han preparado para lo peor, para el sufrimiento del cuerpo y del alma, esa es su política, volvernos inmunes al dolor, por eso le dirán "fuerza", ¿de qué hablan con ese nombre?, siempre me han atraído los gendarmes, entonces puedo decir, este es mi paraíso, nos detenemos en la aduana para hacer trámites y está poblada de ellos, hace frío, estamos a una altura considerable sobre el nivel del mar, pero yo estoy bastante bien, tengo en la mano la visa, voy llenando el formulario segura, hasta llegar a profesión, ¿qué soy?, invento, bailarina, pasaré unos días fuera de casa, lejos de los gritos y quejidos, del olor y muy a mi pesar lejos de Cabeza, nuestro jefe propuso la idea de capacitarnos en el país vecino, me eligió a mí, al fotógrafo Diego y a los dos policías, el agente y el oficial, casi siempre trabajamos juntos, vamos camino al Décimo tercer Congreso Internacional de Criminalística y Ciencias Forenses que se dicta en La Serena, una ciudad al norte de Chile, me interesa mucho lo que pueda aprender pero también espero tener tiempo para pasear a orillas del mar y descansar un poco.

Somos pocos los pasajeros en el ómnibus, veo a una mujer con dos niños igual de silenciosos que de feos, tres hombres solos cada uno con un bolso de trabajo, dos mujeres solas que, aunque sobran asientos, han decidido respetar la norma y quedarse juntas, mis compañeros de trabajo y algunos pasajeros más adelante, no he logrado ubicarlos del todo, las mujeres adelante mío no han parado de hablar, las he escuchado contarse sus vidas

casi todo el viaje, la más joven, de unos 45 años, cuenta la tragicómica historia de cuando su hijo participó en un programa de juegos, por televisión, el premio era un viaje de egresados, el chico tenía el don de encontrar en un manajo de llaves la correcta para abrir la puerta que tuviera enfrente, se le había revelado en una serie de oportunidades con las llaves de amigos, en la escuela y en su antigua casa donde habían cinco puertas que daban a una larga galería.

Habilidad inútil N° 3:
Descubrir la llave correcta
Los calculadores

Según relata la mujer ella había insistido para que hicieran el viaje, el programa consistía en juegos de fuerza y una serie interminable de preguntas tontas, hechas por un locutor verborágico, finalmente uno de los participantes, votados por el curso, elegía la llave para arrancar el ómnibus que los llevaba directamente al paraíso adolescente de Bariloche, en esta parte del relato la mujer pierde un poco el entusiasmo y algo decepcionada confiesa que su hijo no pudo soportar la presión, el calor, las miradas, frente al manajo de llaves se desmayó, otro lo reemplazó pero fue en vano, perdieron, todos los adolescentes del curso volvieron a sus casas llorando, el chico aún no se recupera de la frustración, se pasa todo el día probando las llaves, practicando como si fuera a tener otra oportunidad, y sus compañeros no ayudan mucho, no lo perdonan aún, reflexiono al instante, la adolescencia está llena de frustración, para cuando me doy cuenta estamos atravesando el túnel más largo del camino, don-

de se dividen los dos países, por momentos oscuridad, el cartel de bienvenidos.

Cuando llegamos a La Serena me parece una ciudad extraña, de hecho lo es para mí, pero me desconcierta porque no se parece en nada a Salinas, en verdad Salinas es la única ciudad que conozco, las demás solo por fotos o videos de la televisión, La Serena tiene una mezcla de colonial y moderna, con el olor a mar tan presente, la Antisalinas, tan descubierta, desprotegida, el mar la golpea en el costado, la amenaza, pero también le da movimiento, nada en La Serena es estático, vivir con un paisaje en movimiento debe ser muy diferente, motivador, la montaña en cambio nos deja inmóviles, pequeños.

Mi humor mejora notablemente y empiezo a creer que mi destino está lejos de casa, alcanzo a dejar mi valija en el hotel Babs Johnson, estoy insegura de la ropa que preparé, mucho joggings, nada elegante, me reflejo en un espejo frente a la cama, propio de motel, mis viejos lentes, despeinada, con la piel grasosa por la humedad, el fotógrafo Diego está alojado en la habitación contigua, lo he notado disperso, huele a una especie de flor, cuando golpeo su puerta me atiende sin remera, empezamos a tener una cierta intimidad, su mal humor me hace volver a la realidad, nunca es como yo creo.

Las conferencias y charlas del congreso son variadas e interesantes, este año muchas versan sobre delitos financieros, la ciencia criminalística se va desarrollando de acuerdo al cambio de delitos, es, innegablemente, una ciencia post actum sujetas al intelecto de los criminales, los delitos financieros, estafas, robos de guantes blanco, falsificaciones, lavado de dinero, robo de identidad se

modifican de acuerdo al desarrollo paralelo de la inteligencia de los infractores y de la tecnología, en ese sentido lo aburrido para mi es que la naturaleza del homicidio es similar de un caso a otro, casi siempre el móvil es la pasión, los celos, el odio y los instrumentos, los cuchillos en el caso de los hombres y los revólveres en el caso de las mujeres, las muertes casi siempre tienen las mismas formas, me decido por la charla titulada "Los muertos no hablan, pero dicen".

Al segundo día de congreso mi cabeza esta tan llena de palabras como mi Block de notas, me resuenan las más significativas como grafopatología, balística, antropología forense, mi cabeza va a explotar de tanta palabrería, por suerte los organizadores han pensado en esto y vamos a ver algunos casos prácticos, tipo excursión, posiblemente en la morgue de La Serena, me inscribo y veo que el fotógrafo Diego también va, debemos tener el mismo cansancio.

Al día siguiente me levanto temprano y de buen humor, preparada para la excursión, me pongo el prendedor credencial y salgo orgullosa con mi Block de notas y la carpeta de inscripción del congreso, en el pequeño omnibús me toca sentarme lejos de Diego porque llega dos segundos antes de arrancar, tenemos una especie de coordinador-perito, nos anuncia que no iremos a la morgue sino a la inspección de una escena de muerte, vamos a un pueblo costero llamado Tongoy a 40 kilómetros, allí han encontrado un anciano muerto en su cabaña, veremos cómo se trabaja en Chile sobre una escena.

Velozmente, al punto del peligro, avanzamos, miro por la ventanilla las rocas y las olas chocando, concentro la

mirada en el mar, en el azul, en el movimiento, por un momento imagino estar debajo del agua, con burbujas alrededor, me empieza a faltar el aire, el cabello flotando, los ojos ardiendo, sin aire, vuelvo en mí con un suspiro, el chico del asiento contiguo me mira, no sé si fue mi imaginación o una visión, tal vez muera así, no deja de impac-tarme esta nueva geografía, uno es lo que ve, o lo que ves te transforma, podría no volver a Salinas, al encierro, la quietud, el aire moldea el ánimo.

Llegamos a una cabaña de madera con ventana al mar, el olor a humedad, el aire fresco, debe ser lindo vivir, enfermarse, morir frente al mar, noto un olor particular en el ambiente, alguna especia, supongo algo propio del lugar como la jarilla en Salinas, el perito-coordinado nos advierte sobre el cuidado de las posibles pruebas en la escena del crimen, no nos deja tocar nada, anuncia apenas mira el cadáver una muerte natural, desecha la hipótesis de un crimen, un paro cardiorrespiratorio, se supone un cáncer, el cuerpo está frío y sólido lleva más de 48 horas muerto, el fotógrafo Diego recoge algo del piso, saca algunas fotos de la desordenada cabaña y sale a fumar afuera, el resto de la gente sale detrás de él, yo he aprendido evidentemente en otra escuela de peritaje, ni siquiera han tocado el cadáver, reviso la cama, la mesa de luz, el placard y algunos cajones de la cocina, escucho la voz del coordinador desde afuera, recita para su grabadora de voz y para nosotros: a las hora 11:45 am del 20 de abril, nos ubicamos en la costa oeste de La Serena Cuarta Región, grupo de inspección, 7 estudiantes y participantes del Décimo Tercer Congreso de Criminología, inspección del lugar, escena del deceso, cadáver identificado como Steve Raltiff.

POSICIÓN DEL CADÁVER; yacía: en decúbito dorsal, orientado de norte a sur, apoyando región occipital sobre la cama. Extremidades superiores ambas extendidas y junto al cuerpo apoyando manos semi empuñadas, inferiores extendidas y separadas a nivel de los maléolos por 15 cm. Hematomas en brazo izquierdo área venosa. Restos de sustancias estimulantes (dopamina, adrenalina) causantes de una notable fibrilación ventricular y dilatación arteriolar. En el resto del cuerpo no se observan lesiones externas visibles, data de muerte se estima 48 horas desde el deceso aproximadamente y su causa precisa y necesaria será determinada por la necropsia correspondiente. Se confirma el lugar de defunción el mismo en donde fue encontrado el cadáver.

Levanto sus párpados, los ilumino con una linterna, sus ojos secos, noto el iris normal, retina roja, derrames en ambos ojos, puede ser la manifestación de la rotura de vasos capilares por una elevación de la presión sanguínea, por una debilidad en la paredes del vaso o por algún trauma en el cráneo, esta última descartada, no existen hematomas cutáneos en el área craneana, reviso la boca, pigmentación rojiza en dentina, una punción en el brazo que no ha notado el coordinador-perito o por lo menos no ha hablado de ella.

Block de notas

La descripción narrativa puede prepararse de tres maneras diferentes: manuscrita (notas), con grabaciones de la voz, o bien en vídeo, lo que permiten agregar imagen y sonido simultáneamente. Cada uno de estos métodos acusa capacidades y limitaciones, que deberían ser evaluadas en forma realista antes de su utilización.

Dicho elemento constituirá las anotaciones originales

de quien investiga y será empleado para refrescar posteriormente su memoria. Contendrá una descripción precisa y además debería incluir:

- fecha, hora y localización de la búsqueda;*
- identidad de otros participantes en la búsqueda;*
- tareas encomendadas al personal;*
- condición y posición de la evidencia encontrada.*

Capítulo siete

Me encantan los sábados de búsqueda.

Nunca extraño un lugar, un país. Porque mi patria es un sábado de búsqueda por la mañana. Será el descanso fresco de los oficinistas. O todo lo contrario, los jornaleros que aprovechan los fines de semana para doblar la paga. Me producen una liberación extra los sábados de búsqueda. Buscaré. Elegiré como si tuviera un radar.

Finalmente con el paso del tiempo desarrollé dos métodos de búsqueda. Otra vez el número 2.

La forma tradicional: recorriendo plazas y zonas de descanso en horarios precisos, recorriendo asilos y hospitales públicos como voluntario. O la forma moderna y sin alma: a través de Internet. Con la asistencia de algún software y un Linux programado logro rastrear en las planillas de los hospitales públicos y privados a los enfermos sus historias clínicas. Es un método más rápido y racional. Como si el romántico oficio que ejerzo ya estuviera dejando su etapa de artesanado para ingresar a la revolución industrial.

He decidido encontrar a mi paciente N° 57 a través del método tradicional. Voy a inspirar el aire de la mañana. Me voy a dejar llevar por la luz entre las sombras de los enormes árboles. Una ciudad con árboles es imprescindible de vez en cuando. A este ánimo aventurero lo envuelvo con el difuso y líquido colocón de la Morning Glory. Una especie de libre disposición de la luz y el color.

Después de dos años de estacionamiento en un frasco de vidrio sellado se había transformado en el complemento justo para la búsqueda tradicional.

Bajo los siete pisos. Llego a la puerta de calle. Hay un hombre musculoso y arreglado que usa en el portero eléctrico el botón pintado con esmalte. Desde el departamento 84 una voz suave responde. Un acento oriental.

Para caminar Bill Evans.

Entro a un pequeño supermercado. Los techos transparentados por la luz. Me envuelve un aire frío y quieto de tranquilidad o feriado. Hay dos turistas al extremo rubios. La ciudad llena de turistas. Hoy es el festejo más notable. Un desfile en el aire frío. Reinas, princesas, comparsas, vendedores ambulantes, guías de turismo, vino, fotos, publicidades, afiches, promociones, carrozas, reinas niñas, reinas adolescentes, reinas viejas, reinas travesti, reyes, homenajes, concursos de arte, equitación, carrera de caballos, eventos solidarios. Todo entra en la Fiesta que recorre las calles de Salinas. Me atiende una chica cebra. Xang Lee dice su delantal azul. 22 o 24 años. La descubro ejerciendo en secreto su habilidad.

Habilidad inútil N° 2:
Calcular el peso exacto.
Los calculadores.



CALCULAR
EL PESO
EXACTO



Los
CALCULADORES

Cuando la observo con cuidado se alerta. La desafío en secreto y con suavidad primero. Pido cuatrocientos veintidós gramos de queso. Me mira. Corta las rebanadas. Las pesa. 422 gr. Nos miramos. ¿Algo más?. Su pregunta es un desafío. La Red Dwarf es un desmedido lubricante social, estacionada durante dos años potencia mis cualidades para la interacción. Pido trescientos sesenta y nueve gramos de jamón. Lo mismo. Corta las rodajas. Las pesa. 369 gr. Me regocijo hasta casi olvidar la razón de mi compra de fiambres. Los viejos aman los fiambres. Antes de irme me gustaría decirle a Xang algo. Felicitarla. Hago otro descubrimiento esa mañana. Algunas habilidades inútiles pueden venir acompañadas de una habilidad secundaria. También absolutamente inútil, por supuesto. La habilidad secundaria inútil de Xang es la conversión. Es una convertidora nata. Mi último desafío: le cambio la medida. Digo: \$16, 75 en aceitunas negras por favor. Se oye a lo lejos un ave enjaulada. Hunde la cuchara plástica en un bol de vidrio. Saca grupos de aceitunas negras y resbalosas. Las pone en un envase plástico cilíndrico. Lo pesa. \$ 16, 75 . Increíble. Casi aplaudo. La calcuconvertidora cebra me saluda. Acaso un poco ansiosa por probar a los turistas y sus nuevas formas de medición. Onzas. Libras.

Las picadas atraen a los viejos. Será la idea de lo diverso unida al frío.

Soy un caminante. La quietud de feriado en el aire también me alerta. Llego al Asilo Frankweiler. Ubicado frente al gigantesco Parque Beijín es un edificio aventanado y largo. Tiene patios internos con fuentes de cemento rotas. Pequeños jardines. Pequeños bancos. Ya he trabajado aquí antes. Mi paciente N°3 Leopoldo B. Fanático del cine y la cultura portuguesa. Varios más que terminaron su vida en el Asilo Frankweiler. Un

sitio lleno de energías. Si creyera en eso claro.

Yo no busco, encuentro. Estoy en ese momento. Ejercicio mi habilidad. Capaz esa es mi habilidad secundaria inútil. Ver quien me necesita. Cambio la palabra búsqueda por la palabra encuentra. Inicio mi encuentra.

A metros y a segundos de entrar al asilo algo me distrae. Sonidos y colores. Sonidos con colores. Veo un movimiento inusual en el Parque Beijín. Agitación. Me acerco. Carrozas, hombres en zancos, globos. Se reúne bajo los árboles húmedos el desfile en sus momentos previos. Me deleito con la situación. La organización de las carrozas. Las bandas. Las chicas con los bastones. Las comparsas bolivianas cubiertas de terciopelo y botas blancas con cascabeles. Un dragón laosiano compuesto por una fila de hombres. Aprecio ahora el clima de feriado y quietud. Es una circunstancia excepcional. Bajo la copa de un morero que parece paraguas fumo el resto de la Morning+Dwarf. En la nariz se despliegan multitud de sensaciones por la intensidad alta del cuerpo. En la boca el humo posee una entrada untuosa que estructurada a otro sinfín de sensaciones táctiles despiertan al resto de los sentidos. Los colores en los trajes bolivianos se vuelven imposibles para mí y abrigados para ellos. Bailan sacudiendo los cascabeles en las botas. Hay un grupo de niños policía. Por un momento imagino elefantes y animales preciosos e imposibles. Hay reinas de toda clase. Saludan. Sobre una carroza que es un ómnibus sin techo va un grupo de ancianos. En silencio y organizados por un funcionario tapir. Enfoco a una anciana delfín que lleva puesta una corona y sostiene un cetro de madera. Nos vemos en los ojos. Pregunto. Son habitantes del asilo Frankweiler. Rehenes del estado. Los ha traído el funcionario tapir de rango muy menor. Eso

significan las festividades: la posibilidad o la obligación de lucir sus viejos más cuidados. La elijo a ella. El instante de revelación es inesperado. Lo sé apenas sucede, como si en el futuro estuviera la verdad. Una intuición. Un blink. Soy el experto en arte frente al cuadro. En un segundo toda la información se reúne y complementa. Ejercicio mi habilidad. Nos elegimos. La saludo con un gesto sutil. Su majestad delfín me devuelve una sonrisa.

Se inicia el desfile, las carrozas avanzan. Desfila también un hombre en bicicleta. Lleva un pato en el canasto delantero. También hombres a caballo. Una pequeña orquesta de vientos. Paso parte de la mañana en el parque. Rodeo el principio del único lago no geométrico que hay Salinas. Recorro el puente hacia la primera isla. Música de carrusel, niños que juegan con barcos de madera. Los deportistas corren rodeando el lago. Siempre me ofrecen esa idea de permanecer ajenos al mundo. Siempre seguir corriendo. Como si su movimiento perpetuo los situara fuera de los acontecimientos ordinarios. Existe el desfile alrededor. O hay un terremoto que ha destrozado toda la ciudad. O dos aviones se estrellan contra edificios iguales. Y los deportistas siempre seguirán igual. Corriendo, hacia adelante. Buscando el futuro.

Ingreso al Asilo Frankweiler usando mi credencial de voluntario del Programa de Acompañantes para Adultos Mayores. Exhibo una credencial de enfermero. Me especializo en gerontología. Estoy muy informado. Esta vez me llamo Sergio. Nombre 77% feo. Todo se mide. En la entrada al edificio una madura mujer topo observa el desfile por televisión. No me registra. Eso me gusta y eso exijo en las ciudades pequeñas. No hay cámaras de seguridad. No hay profesionalismo. La mujer topo espera

ansiosa poder ver la carroza que representa al asilo. Conozco algunos de los residentes. Todos están esperando algo. Hay otros voluntarios. Todos los voluntarios preferimos los sábados. Hay dos chicas de la acción católica que cosen. Un boy scout. Juego ajedrez, armo una picada. Vemos en la televisión de la sala de usos comunes el final del desfile. Un grupo de chicos laosianos en crossplay vuelan sus cometas de dragones y tigres. Voy al comedor. Veo a través de las cortinas una furgoneta que se detiene. Bajan los viejos que vienen del desfile. No siento desprecio por el funcionario tapir que los usa. Veo en las caras de los viejos que bajan del transporte una especie de satisfacción. Nada les importa ya. Acaso sea esa su forma de ocio.

Veo a la vieja delfín. La ayudan con las escaleras, se mueve con temor como si de verdad su medio natural fuera el agua. Yo la recibo adentro. Aún tiene la corona aunque ha perdido el cetro. Bienvenida su majestad, susurro a su oído. Me devuelve el gesto sonriente. Me mira a los ojos. Soy su ángel.

La llevo a su habitación. Se duerme. Me quedo unos segundos junto a ella. Aprendo de sus objetos. El método tradicional de búsqueda es así. Intuición pura. Fe. Como dijo Mr. Ratliff. La espontaneidad es lo bello. Cuando las cosas suceden como una reacción química natural.

Capítulo ocho

Dejamos atrás la cabaña de Mr. Ratliff, pero el grupo insiste al perito-coordinador en pasear un poco antes de volver a La Serena, el pequeño omnibús se detiene en la calle que costea el mar, Tongoy es una península y hay un puente para penetrar en la playa, abajo un estero bastante sucio, algunos se quedan en el bar frente al puente y con Diego decidimos caminar por la playa, somos una postal romántica, cursi pero romántica, yo me siento linda y, obvio empiezo a imaginar, ahora nos besamos y rodamos por la arena, igual los dos estamos mudos, él saca un cigarrillo armado y me convida, solo le doy dos pitadas y se lo devuelvo tirando el humo rápido, me da vergüenza negarme, es la primera vez que fumo eso, nos sentamos frente al mar, saco mis cigarrillos y prendo uno, olvido convidarle a Diego, los dos en silencio aún, siento unas irrefrenables ganas de reír de esa risa nerviosa y como no tengo confianza con él prefiero fingir seriedad y naturalidad, Diego sigue fumando y yo me niego a sus próximos ofrecimientos, hechos con un movimiento de la mano, por detrás de nosotros se detienen dos policías, me levanto de un salto y muy nerviosa lo miro a él, muy tranquilo me mira mordiéndose los labios y negando con la cabeza, supongo que reprocha mi reacción, los policías nos preguntan los nombres, nos piden los documentos y visas, balbuceo Jorge... Jorgelina, el policía me mira con muy mala cara, empiezo a revisar mi bolso temblorosa y no encuentro mis documentos, me da mucho calor y termino sacándome la camperita de lana antes de darle la documentación, deben haber pasado dos minutos pero para mí son veinte.

No sé muy bien porque, será por un instinto de supervivencia agudizado o una habilidad poco usada que se me enciende en momentos de riesgo, empiezo a mentir, recién conozco a ese chico, no tengo nada con él, solo nos encontramos por casualidad en la playa paseando, he venido a ver a unos parientes en La Serena, los policías algo me creen o no les importa pero lo detienen a Diego y a mí me dejan ir, siento una sensación de alivio muy grande, la verdad poco me importa, seguro se las arreglará, bastante desenvuelto lo he visto en muchas oportunidades.

Camino un rato más por Tongoy, el pequeño omnibús me ha dejado varada, el aire esta cálido y húmedo, disfruto mucho este paseo, sola, tranquila, disfruto, no pensar en nada o por lo menos no organizadamente, solo tengo ecos de palabras, cada tanto aparecen en mi mente, "salidera", después aparece otra como "protuberante" y después algún resto de canción, ni siquiera tiene letra y se convierte en dubadeo, creo entender, cuando la gente está contenta y despreocupada canta.

Espero el ómnibus de vuelta a La Serena en un bulevar, donde me indico un pescador amable y borracho, veo un hombre caminar de un extremo al otro de la calle sin parar, hablando solo, poca gente alrededor, en esta época del año los ómnibus son menos frecuentes, por lo menos 40 minutos de espera, veo al hombre hacer el recorrido muchas veces siempre cuidando no mirarlo, es de los que se pegan al mínimo contacto visual, tiene un traje marrón medio roto y mucho olor, no lo miro pero al viaje numero veintitrés nota mi presencia, se para delante mío, yo sonrío casi enternecida, me da un beso en cada mejilla y en la mano dejándome una baba gigante y as-

querosa, me quede mirándolo y mi gesto se transformo por completo en asco y delante de él refriego la mano en mi bolso para limpiarme, indignada, no entiendo si lo hace a propósito, si por dentro se regocija pensando en la bronca que causa o es totalmente inconsciente, lo veo hacer lo mismo con otra chica poco después, me asalta la típica sospecha de si los locos, los niños, los tontos hacen cosas desubicadas a propósito, si se ríen de los demás, ellos son tan impunes, me dan envidia, a veces quisiera hacerme la tonta aunque sea por un rato.

Capítulo nueve

Comienzo la mañana de domingo con dos partes de Morning Glory y una parte de Red Dwarf levemente comprimidas en una pequeña pipa de cerámica del tamaño de un pulgar. Uso fósforos de madera para evitar el gas. La puesta en funcionamiento de las habilidades empáticas que produce la Red Dwarf es imprescindible para la segunda visita.

Hoy decido ir en tranvía hasta el asilo Frankweiler. Quiero probar si conservo esa vieja habilidad adolescente. Acaso algún día también pueda alimentarme o darle un sentido a mi existencia. Uso auriculares. Para caminar Bill Evans. Cambio los sonidos de auto y bocinas por el piano maravilloso.

Pasa un tranvía. No va lo suficientemente lleno. Pasa otro. Vacío. Pasa un tercer vehículo. Va lleno. Lo abordo. Pago. Me sostengo de un caño y miro profundamente a las personas sentadas. Tengo la habilidad de saber cuál entre los pasajeros sentados es quien está más próximo a bajarse. Algunos movimientos sutiles en la epidermis del rostro. O una especie de aura. Cuando lo descubro, es una mujer tigre flaquita con vestido floreado, me quedo de pie junto a ella. Espero. Tres cuerdas después se pone de pie. Se baja. El asiento es mío.

Habilidad inútil N°3:
adivinar el futuro asiento vacío.
Los adivinadores.

Han pasado casi cuatro años de la última vez que anduve en transporte público. En mis años en Chile he usado una camioneta vieja. Allá manejan distinto. Han pasado cuatro años y mi habilidad inútil sigue intacta. Anoto en la agenda electrónica. Significa que existe. Que ha sobrevivido al tiempo sin ser ejercida. Que puede dormir, hibernar, y volver a aparecer cuando más se la necesita.

Subo por la 99, doblo por la 86 siempre hacia el oeste, directo a la parte más baja de la montaña. Fantaseo por primera vez con revelar al mundo la existencia de las habilidades inútiles. Es la influencia de Steve R. Espero que la nueva paciente me aleje de su embrujo. Un paciente saca al otro paciente. Es como en el amor. Nada mejor que conocer a otra para olvidarse de la anterior.

En su último escrito Steve R había imaginado ese momento de revelación aunque puesto en el contexto de la ficción. Ese momento en que el mundo entero tomaría conocimiento de las habilidades inútiles. Casi me ha convencido, todo lo que él escribe ocurrirá. Tenía dos historias para comprobarlo: "El dueño de la radio" y "Brown Bitch". Que se habían hecho realidad en Internet y en la presencia mundial del poder árabe. Steve Ratliff no creía en el tiempo lineal. Por lo tanto era imposible que se creyera un profeta. Era más. O peor. Sus ideas sobre un papel guardado en un cajón habían encontrado la forma de pasar a otros humanos y así iniciar un proceso hasta hacerse reales o ciertas. Las ideas como un virus. La escritura como la forma de transmisión.

Aunque últimamente en mi vida existía una relación demasiado estrecha entre las ficciones que me rodeaban y las acciones que yo emprendía el discurso de Steve R no había

logrado convencerme del todo. Cuando formo una pareja con el paciente algo ocurre. Una folie a deux. Nos transformamos en una micro-secta. Somos el uno para el otro.

Por eso no temo que “Mr. Death’s smile” pueda determinar la realidad.

Fragmento.

“Mr. Death no lo sabe aún, pero ejercer su white elephant gift ⁽¹⁾ es el menor de sus descubrimientos. Puede (y yo creo que debe) cambiar la historia de la humanidad con la expansión de sus ideas.

Habilidad inútil N° 0:
descubrir el deseo de muerte en los otros.
Los asistidores (The assistants).

Llevo ocho años en cama, lleno de dolores. Hoy Mr. Death vendrá a liberarme. Le espero como nunca he esperado nada o a nadie. Me tomo las últimas horas del día para adivinar el proceso que seguirá Mr. Death cuando yo ya no esté: descubrirá un día que tiene más habilidades inútiles, que todos las tenemos. Que una vez reconocida las primeras se liberan las demás. Todas las otras habilidades imaginarias comienzan a encontrar una forma de expresarse. Con el tiempo deducirá la existencia de las habilidades complementarias (puede llamarlas secundarias, tiene una incierta inclinación por los cardinales). Para cuando junte seguridad y revele sus descubrimientos la raza humana no volverá a ser la misma”.

(1) Don inútil y difícil de conseguir.

Steve Ratliff (a quien yo discutía que en realidad Mr. Death era él) aprovecha el relato para exponer sus creencias sobre la teoría de los multiversos. Según su narrador la revelación en este universo de las habilidades inútiles al resto de la humanidad podía modificar la estructura de cada universo paralelo (o universo futuro, en caso de creer en una temporalidad del tipo lineal). Las habilidades inútiles comenzarían a desarrollarse, a través de los universos paralelos y de generación en generación –otra vez dependiendo de la teoría del tiempo en la que se crea- hasta llegar a un poder cada vez más concreto e ingobernable. El reconocimiento, el entrenamiento, y el uso apropiado de estas habilidades inútiles había ya dado individuos únicos en la historia y en la actualidad. Pero permanecían en secreto. Había sectas poderosas que manejaban estas certezas. Por eso mi vida corría peligro si alguien sabía que yo sabía.

En el relato de Steve R la lucha se daba entre dos facciones de la misma secta. Revelar o no al resto del mundo la existencia de estas habilidades. En toda su obra el número dos es gran protagonista. *Dos es un número muy subestimado*. Como la raza humana se mostraba incapaz de manejar las habilidades inútiles sin autodestruirse era preciso la creación de una secta cuya misión sería proteger el secreto.

Segundos antes de bajarme del tranvía una mujer caimán se detiene junto a mi asiento. Tiene la piel escamada y brillante. Sospecho que otros tienen las mismas habilidades. La idea de existencia se completa con la idea de otro igual. Me bajo a dos cuadras del asilo Frankweiler. El caimán se desliza plácida en mi asiento. Compró el diario.

Facturas. Cuando entro me presento como Sergio Corrales. Ahora llevo el pelo muy rubio y tapando las orejas. Los anteojos de carey que heredé de Steve Ratliff. Entre los objetos antiguos prefiero los anteojos. Y entre los anteojos antiguos prefiero esa época. Parezco estudiante. De universidad técnica. O Química. Podría ser un extra en cualquier película americana ambientada en una universidad de los años 50. Blanco y negro. Todos fuman. Me oculto donde más se ve. Resalto mi presencia. La tarea me resulta ya profundamente simple y automática. Ningún detalle precisa de mi atención. Todo funciona como un perfecto juego de relojería. Es como si una vez entrenada la habilidad esta funcionara sola, sin posibilidad de falla. Como el artesanado. Impersonal. No se nota. Está: funciona. Nada puede salir mal. Me desaliento. No existe la inspiración para el artesano. Me refiero, por ejemplo, a la mujer topo que vive en un gabinete con mostrador apostada en la entrada del asilo. Ella ve todo. O la estructura de su gabinete crea esa sensación panóptica. Porque la topo casi nunca saca la cara de la pantalla. Además es un topo, no ve. Apenas me percibe me acepta. Las viejas me quieren. Siempre. Será por el color en los ojos. Un grupo de viejas divinas fascinadas por el color celeste. Por eso nunca cambio el color en los ojos.

No me disfrazo, no soy paranoico. Pero es preciso modificar sutilmente mi apariencia. Para crear marcas o rutinas en la forma de ejercer este oficio. Acaso para que en el futuro cuando se estudien las carreras de los primeros asistidores (¿qué palabra me cabe?) se sabría que entre sus hábitos estaba el de cambiar levemente la apariencia. Para evitar dejar rastros. Pero también para ser un poco otro cada vez.

El color celeste les inspira profunda confianza a las viejas de la clase desposeída. Y eso es perfecto. Porque son siempre ellas las dueñas y señoras de los lugares públicos. Las que limpian. Las que están en recepción. Ellas conocen todo el funcionamiento y los secretos de lugar. Manejan los hilos en la oscuridad. Sin su consentimiento yo no podría hacer nada. Por eso el celeste es imprescindible. La utilización positiva de los prejuicios. ¿Otra habilidad secundaria? Ya no puedo parar. Ven ojos celestes y piensan: este no puede ser malo.

Miro a la mujer topo directo en sus ojos llenos de arrugas y tras cristales gruesos. Su gabinete es penumbroso y frío. Subterráneo. Ella sólo realiza una tarea. Una y otra vez. Me percibe. Arrastra sobre su nariz fina y rosada un poco del brillo de la pantalla. Me estudia. Le paso una identificación que ni finge leer. Me sonrío. Entro.

Lo primero es un cartel. Sala de usos comunes. Adentro me reciben los viejos públicos. Hay un apreciable grado de quietud colectiva. Todo se mide. Apenas entro mis movimientos también se vuelven más lentos. Acuáticos. Como si caminara en el silencio. Me contagio.

Como si caminara en la oscuridad.

Capítulo diez

El ómnibus parece no llegar nunca y los minutos me parecen eternos, no dejo de pensar en el congreso, las conferencias de mañana, debo elegir a cual iré, al final uno es lo que estudia, su profesión, recuerdo de niña haber pensado en estudiar esta carrera, la primera en apoyarme fue mi tía Julia, ella se fue a vivir a Río después de una ruptura amorosa que la dejó destruida, había sido siempre la oveja negra de la familia, ella no era policía y siempre se estaba enamorando de hombres casados o mujeriegos o raros, terminaba siempre lastimada física o sentimentalmente, el último amor fue un tipo medio millonario, dueño de una constructora, casado y con tres hijos rubios y hermosos, Tía Julia era su amante y todos lo sabíamos, ella se cansó de la situación, le pidió al empresario que dejara a su familia y todo comenzó a enredarse, fueron épocas de escenas de violencia callejera o en casa, discutían mucho y el hombre llegó a golpearla, Tía Julia en un ataque decidió llamar a la mujer del empresario y contarle todo, recuerdo aún esa tarde, la mujer llegó a casa preguntando por Julia, papá estaba desconcertado, Tía Julia escondida en la habitación, cuando por fin salió a enfrentarla la pelea que esperábamos no sucedió, solo la escupió en la cara y se marchó, al día siguiente Tía Julia se fue, con todas sus cosas, a Río para siempre.

Dos semanas después mi padre sufrió un infarto, Mamá se atrevió a decir solamente una vez delante mío que los disgustos de Tía Julia habían matado a papá, sea o no sea cierto el resultado es el mismo, no necesito las culpas para consolarme, solo pienso hipotéticamente si Tía Julia

no se hubiera ido, si papa no hubiera muerto, si Martín no estuviera enfermo.

Tía Julia se preocupaba mucho por mí, yo la había elegido madrina antes de su huida, yo era para ella lo que Cabeza para mí, cuando tenía nueve años le escribí una carta contándole mi idea de estudiar criminalística cuando fuera grande, ella me contestó en otra carta, le parecía buena idea, era un campo poco explotado en Salinas y yo lo haría muy bien, como todo lo que emprendiera, había algo de incondicionalidad en sus palabras pero también de tristeza, debe haber pensado que o no era lo suficientemente valiente como para escapar a mi destino, no era como ella, quizás solo soy la oveja gris de la familia, por un lado yo desvirtúo la herencia familiar pero con Cabe me aseguro, tampoco hubiera continuado esta absurda estirpe de policías, él no solo no puede ser tampoco quiere, su mudez y su actitud hasta quizás sean una forma de negarse, nunca se sabe, la intuición de los niños nos sorprende siempre.

Block de notas

Por tanto la criminalística consiste en la aplicación de conocimientos a través del método científico, que posibilita verificar la existencia de un delito. De ahí la gran necesidad de quien se inicie en la investigación, debe traer desarrollado como profesional, la denominada " CURIOSIDAD CIENTÍFICA DEL INVESTIGADOR". Dentro de la que debemos recordar que; la Investigación Científica; es la búsqueda orientada, mediante un método válido y fiable, para adquirir nuevos conocimientos acerca de las leyes que rigen la naturaleza y su aplicación en Criminalística es la acción de indagar a partir de un vestigio (huella, rastro o indicio) no debemos olvidar entonces que la investigación criminalística funda sus tareas profesionales en el estudio científico de las evidencias materiales y se

debe prever que el empírico no confunda sus argumentos y estar atentos a los razonamientos del científico.

Ha llegado el ómnibus de vuelta a La Serena, empiezo a sentir todo el cansancio del día, recuerdo la cara del anciano muerto, el gesto de Diego cuando aparecieron los policías y el rostro del hombre baboso, el día ha sido muy largo.

Una vez ubicada en mi asiento, afirmo la sensación de melancolía de tomar un ómnibus de noche, el cuerpo es el primero en reaccionar, los ojos se me llenan de lágrimas por efecto del aire acondicionado, entonces mi mente empieza a recordar hechos tristes o a inventar motivos de tristeza, además ya desperté antes los recuerdos de la infancia y me siento entregada, recuerdo más o menos a esa edad, cuando escribí la carta, yo era como hasta ahora, bastante rellenita y no muy dotada de belleza, pero tenía de mí misma una imagen distinta, me creía muy linda ocultamente, porque en verdad nadie lo decía, los cumplidos eran por lo general sobre mi inteligencia, mi madurez y mis modales (porque simpática tampoco era, ni soy), yo imaginaba a un director de cine o un fotógrafo descubriendo mi belleza exótica, me hacía famosa, pero en esta misma época del año, cuando se realiza la fiesta más importante en Salinas donde hay desfiles de toda clase, bandas, comparsas en la calle, carrozas con gentes de todo tipo, pobres, ancianos, deformes, también se elige una reina y mi padre insistió en mi postulación, para representar el barrio, lo escuché decir que no debían premiar la belleza solamente, si tenían en cuenta otras virtudes tendría oportunidades de ser elegida, que forma hermosa de decirme fea, yo me ilusioné claro, pero desconfiaba un poco, el resultado fue la humillación, tuve dos votos sobre veinticinco del total del jurado y mis sospechas sobre quienes se atrevieron a votarme creo fueron

exactas, el presidente de la unión vecinal votó a todas las candidatas y mi padre que era parte del jurado.

Ese recuerdo tuvo un éxito rotundo, estuve llorando hasta llegar a la ciudad, con los ojos rojos, los labios secos caminé tres cuadras desde la terminal y frente al hotel Babs Johnson, encuentro al fotógrafo Diego fumándose un cigarrillo, paso a su lado, no nos saludamos, ni preguntamos nada, ni menos como había salido del problema, era una relación terminada, aunque nunca había comenzado, alcanzo a ver su mano metida en el pantalón, como de costumbre y empiezo a tenerle un poco de aversión, cuando pase a su lado sentí el olor, reconozco cuando la gente acaba de tener sexo.

Habilidad inútil N° 4:
percibir a quien recién tuvo sexo
Los observadores

Giro para confirmarlo, sus ojos están un poco hinchados, puede ser, yo lo haría si estuviera en igualdad de condiciones, tendría sexo con algún hombre extraño de una extraña ciudad, sobre todo para no sentirme tan yo, nunca hago esas cosas, las limitaciones o represiones de ese tipo nos exceden, estamos hechos de represiones con mínimas expresiones de libertad que se nos escapan y nunca son tan genuinas como desearíamos.

Capítulo once

Desde la infancia supe que estaba bien. No era hermoso. Ni agraciado. No tenía la armonía de las formas. Apenas buenos colores y cierta falsa aristocracia en los gestos. Pero en algunas despertaba un amor extrañamente incondicional. Así las dejo que me elijan. Ellas a mí.

Estoy en la pequeña habitación junto a la vieja delfín. Mi futura paciente N° 57 se llama Pola O. Ella aún no lo sabe pero está a punto de elegirme. Hablamos. Está acostada en su cama. Su brazo izquierdo tiene las marcas que un incendio le ha dejado. La luz entra recta por la ventana hasta sus cicatrices. Debe haber sido hermosa. Hago un preparado que enciendo sólo para perfumar el ambiente. Hay volutas de ese humo denso y blanco típico de la Blue Rhino. Sus propiedades organolépticas proporcionan un sabor y aroma con reminiscencias entre arándanos y grosella. Pola O lo dice. Hay olor a grosellas. Se deja envolver por el humo que dibuja en la luz. Las virtudes medicinales, casi narcóticas de esta variedad no tardarán en llegarle. Siente que el dolor disminuye. Lo dice. Lo atribuye a mi presencia.

Comemos medialunas. Mira al jardín interno y su fuente. Permanecemos introspectivos. Yo leo el diario. Veo la foto de Leopoldo Tasch recibiendo el premio literario James Baldwin por su libro de cuentos "Lo maravilloso dura segundos". Se me presenta bajo la forma de un pulpo. Retráctil y escurridizo. Confío en que si alguien cortara uno de sus brazos este volvería a crecer. Bajo la foto hay una pequeña entrevista. El plagario cuenta sobre su

obra. Explicita su intención de una prosa similar a las traducidas. Porque está habituado a esas lecturas. También dice que no usa malas palabras. Me tranquilizo entonces. No pueden ser el mismo texto. Es sólo una coincidencia. El manuscrito de Steve Ratliff está lleno de malas palabras. Después lo pienso un poco. Acaso el pulpo Tasch no sólo ha robado los relatos a Steve Ratliff sino que además se atrevió a corregirlos. Ha suprimido las malas palabras para adecuar la obra a un premio tradicional como es el James Baldwin. Sobre el final de la entrevista aclara dos cosas. Que el libro está a la venta. Anoto los lugares. Trato de anotar todo en mi vieja agenda electrónica así ya no depender de la memoria. También aclara que tiene intenciones de dedicarse a la política.

Me abstraigo para estudiar un poco los objetos que rodean a Pola O. Hay un portarretratos que guarda su foto: es joven, tiene una cinta que cruza su pecho y dice Reina de 1947. Saluda a Eva Perón. Tenía 15 años, dice. Veo abandono. Casi pobreza. Algunas cajas forradas contienen fotos y recuerdos. Ese es un posible obstáculo de las búsquedas tradicionales en los asilos públicos. En su mayoría son viejos sin recursos. Viejos abandonados. Viejos a quienes sus hijos han quitado todo. Yo no ejerzo por el dinero. Eso está claro. Este es un ejercicio de autonomía y un servicio humanitario. De todas formas siempre me sorprenden los viejos sin recursos. Todos tenemos un as. En caso contrario no necesitarían mis servicios. Llegarían sin ayuda de nadie al destino pretendido.

Entra un enfermero zorra. Lo precede un saludo largo e infantiloides. Es pequeño, vivaz y afeminado. Pérfido. Detesto a los hombres así. Las eses vibran. La mirada como arena movediza. Que cada uno sea lo que quiera, pero

actuar así es innecesario. Menos con un uniforme puesto. Es toda una actuación. Lo veo. Su amabilidad también. Sobre todo su amabilidad. Se interesa en mí. Elogia el aroma a grosella. Pronuncia groselia. Me muestro amable e incondicional. También necesito de este tipo de personajes. Lo necesito de mi lado. A cambio de mi atención obtengo información útil. Me cuenta sobre el tumor de Pola O. Sobre el avanzado estado de la metástasis. Ha tomado un riñón, parte del estómago. Me cuenta detalles de la situación personal de la vieja delfín. Se va. Sigue con otros internos.

La visito dos veces más antes de lograr que manifieste su deseo y las cosas se pongan en marcha. No fue difícil. Estaba totalmente dispuesta. Blue Rhino. Charlas. Miradas. Mi habilidad primaria nunca ha fallado. A veces ese don que me permite adivinar el deseo de muerte se manifiesta de otras formas. Por ejemplo; generando una serie de detalles insignificantes pero perfectamente encadenados para ser interpretados por los pacientes en trance, como una señal inequívoca del cambio .

Siempre con la ambientación de la Blue Rhino, el aroma a grosella. En cada visita también socializo con otros internos. Para no levantar sospechas. Adivino otros dos posibles clientes. Con más posibilidades de recursos pero menos necesitados de mi habilidad. Eso es una constante. Mientras más me necesitan menos pueden pagar. Más me tira la fibra moral. Es una obligación. Cada tanto tomo uno de estos casos. No me gustaría que mi oficio se transforme en un servicio exclusivo para los socialmente favorecidos. Nunca trabajaré para terceros o por encargo. Los descendientes ricos suelen ser profundamente eficaces en estos casos. Es necesario acelerar la herencia.

Finalmente Pola O lo expresa en palabras. Me da esa mirada liberadora. Claro, eso era, parece decir. Nos unimos más que nunca. Ha llovido en la tarde y la fuente en el patio interno del asilo queda llena de agua. Llegan algunos pájaros. Un colibrí. Yo no he planeado ese detalle insignificante. El delfín ríe. Le encanta ese ave. En los diez años que ha estado en el Frankweiler, mirando por esa misma ventana cada día, nunca antes ha visto eso. Lo toma como la máxima señal o confirmación. Siempre tuve esa habilidad. Los mínimos hechos cotidianos me hablan, dice la anciana.

Habilidad N° 4:
interpretar los detalles insignificantes.
Los observadores

Y en los hechos lo cierto es que nunca antes alguien ha visto un colibrí en esa fuente. En ese estado de iluminación los pone la certeza de la muerte. Sabios. Libre de presiones. De relaciones con otros o con el mundo. O con otros objetos en el mundo. Con el futuro. Con la existencia. El que va a morir porque quiere se pone así. Hermosos. Pola O me abraza. Me señala la cajita portarretratos.

Le alcanzo el objeto. Es brillante y pesado. La anciana lo golpea con suavidad contra la pared. La cajita se abre. Desde adentro cae dentro de su mano combada un anillo perfecto. Todos tenemos un as.

Capítulo doce

Block de notas

Las preguntas fundamentales:

¿Cómo se realiza?

¿Quién lo realiza?

En la cama del hotel en La Serena, me siento rara, en un nivel de conciencia diferente, no dejo de pensar lo genial que se siente estar lejos de casa, dormir sin ruidos, igual algo en mi mente reproduce como en eco los gemidos de Martín, los ignoro, me repito las preguntas ¿Cómo? ¿Quién? todo está blanco, una mancha de humedad tiene la forma de una mano, todo blanco, una tela de araña, todo blanco, prendo el televisor sin volumen, entrevistan a gente muy vieja, muchos viejos, la cara del viejo Rattliff muerto viene a mi mente, cambio de canal pasan una telenovela, la protagonista como en toda telenovela no tiene más encanto que la belleza, no trabaja, no razona, no es interesante, ni inteligente, me indigno, otro canal veo el noticiero, otro canal un programa para conseguir pareja en la tercera edad, me olvido de la imagen vuelvo al techo, todo blanco, la cara del viejo muerto.

Distingo la vejez en diferentes lugares, vuelvo al programa de parejas de viejos, las mujeres están muy arregladas, maquilladas, elegantes, recuerdo algunas imágenes de la calle, en La Serena las mujeres son más elegantes, pero más gordas, en Salinas menos gordas pero desarregladas, acá los hombres mayores son tersos como la cera, una piel menos dañada, quizás por la humedad, recuerdo postales y fotos de Tía Julia en Brasil, los ancianos en Bra-

sil están más arrugados pero con marcas de alegría, todas las líneas de expresión se dirigen hacia arriba, en Salinas hacia abajo, en La Serena casi no las tienen.

Dice mucho de un lugar la forma de los ancianos, es un vicio de la profesión buscar señales donde nadie las busca, algunos recomiendan visitar los cementerios para conocer verdaderamente un lugar, ahí se descubre cuanto valoran su pasado los hombres, el respeto a su historia, es más útil para mí mirar a los ancianos, quizás solo estoy un paso antes del cementerio, pero tengo datos más concretos, con los ancianos no me pueden mentir, les veo las marcas fisonómicas en el cuerpo, pero sobre todo en el rostro, en la piel.

El techo de nuevo, blanco, pienso de modo hipotético, es necesario concentrarme, hay un mínimo indicio, no prueba, subjetivo, la picadura en el brazo, los ojos rojos, esa muerte no fue una sorpresa, no lo tomó desprevenido, ningún anciano enfermo de cáncer desde hace años se atrevería a sorprenderse, no descarto la idea de un suicidio, capto señales sin código, quizás no provocó la muerte pero la esperaba, fue una llegada oportuna.

Me recuerda a Tía Julia, tiene ese don, ha regresado muy pocas veces a Salinas desde su partida a Brasil, pero siempre en el momento oportuno, como si obedeciera a una intuición, la primera visita después de su partida fue cuando Mamá tuvo aquel problema, siempre oportuna, la última vez fue dos días antes del enfrentamiento de Martín, cuando lo balearon, estuvo ahí, nos contuvo, fue de mucha ayuda, alguien cercano pero periférico le da una mirada diferente a las cosas, organizó un poco el caos con su diplomacia y su sentido común, cuando a

todos nosotros la situación nos desbordaba, sobre todo a Claudia, silenciosa, introvertida, sufriendo las cosas en silencio, a mi madre nunca le ha parecido gracioso el estilo de la tía pero reconoce su sabiduría, en ese momento yo me ocupé casi por completo de Cabeza, con su padre herido y su madre abnegada, casi no había lugar para él, entonces empezamos a construir una relación casi perfecta, en cualquier caso los dos estábamos solos y nos necesitábamos.

Habilidad inútil N° 5:
Llegar en el momento oportuno.
Los adivinadores

Pienso en los dos últimos casos, aunque no es mi trabajo siempre lo hago, bastaría entregar el informe al fiscal, pero siempre me enrosco un poco de más y muchas veces acierto a descubrir la figura del victimario, la de Laura Palmer está clara, la segunda parece ni siquiera existir, el viaje me ha dispersado un poco, leo algunas anotaciones en mi Block me duermo con la luz prendida, despierto y como siempre lo recuerdo entero.

Terror Erótico es el género de este sueño, me desperté tratando de gritar, un hombre entraba a la habitación del hotel, en realidad era la sala común de un hospital público, yo estaba recostada muy incómoda en la cama, no podía moverme, lo intentaba, hacia la fuerza pero no lo lograba, un enfermero viejo, demasiado viejo para ejercer (pensaba yo dentro del sueño), de piel tersa y pelo completamente blanco, entraba a la habitación, comenzaba a tocarme, me desprendía el camisón, se recostaba en

la cama conmigo, desde atrás empezaba a tocarme y yo extrañamente a tener ganas, quería que se apurara, que lo hiciera rápido, cuando estaba por tomarme (yo aún inmóvil) veía una jeringa con un líquido blanco en su mano derecha, yo empezaba a gritar pero no tenía voz, solo se movían mis labios y él los cerraba, besándome, torciendo mi cara hasta su boca.

Capítulo trece

Estoy en mi departamento. Ya tengo electricidad y gas. Los uso.

Chet Baker para quedarme en casa. La voz resfriada y blanca sale desde los cinco pequeños parlantes unidos al computador. Acompaño el momento con la finísima pipa de mármol blanco llena de una Haze Neville. Lo primero que siento es el leve toque de arándano. Un sabor que jamás se podría transmitir líquido. En el vino. Saborear el estado de un humo no tiene comparación. Es saborear la reacción química que produce el fuego apenas acaba de ocurrir. Fresca. La magia de la química espontánea.

Tengo un olvido. Busco en mi lugar secreto. Una especie de doble fondo dentro del placard. Encuentro mi Diario Disco Externo de 1000 gigabytes que todo lo contiene. Lo conecto al computador y busco. Construyo organigramas de carpetas que representan cada parte de mi biografía pasada. Todo perfectamente ordenado. Me encantan los organigramas de carpetas. No recuerdo cómo ni cuándo obtuve las semillas de Haze Neville. Busco entre mis mails, en el foro, rastreo. Encuentro el momento justo, el mensaje preciso, el destinatario. Allegro197. Le escribo, le cuento sobre este momento. Internet es la posibilidad de contar sólo a extraños y desconocidos mis historias personales. Es mi deber dejar rastros afuera, en el mundo, para la posteridad. Es una misión que tenemos todos los iniciadores de algo. Huellas de las primeras prácticas de nuestro oficio. Una botella al mar. El texto que redacto para Allegro197 es confuso y segmentado.

Está escrito para el futuro, para ser comprendido con los ojos adecuados. El tema central es esta especie de luto que ya empiezo a cargar horas antes del evento.

Me baño. Tomo té EarlGrey con gotas de leche y miel. Sin darme cuenta junto dos rituales. La previa a un evento y la germinación.

La previa.

Implica ordenar los suplementos químicos necesarios y cargarlos en una mochila. Repasar fotos y objetos de otros pacientes. Veo una foto de Charlie F, el paciente cero, junto a una pipa de agua. Eso me lleva al otro ritual.

La germinación.

Monto el armario de cultivo que me heredó Charlie F. Desplego las partes. Pongo las luces. El ventilador. Busco en el cajón de semillas. Soy en esto profundamente ordenado.

Yo divido a las personas entre los ordenados y los desordenados. Y las diferencias que esto provoca en la memoria. Yo tengo la memoria deteriorada. Seguro. Pero soy ordenado. Entonces mi cerebro ya tiene una imagen de la sala del living por ejemplo. Con la ubicación de todo. Cada cosa en su lugar. El cerebro del desordenado tiene que tomar fotos constantemente. Recordar cada nueva disposición en los elementos. Tiene tanto por recordar. Yo no. Yo olvido hacia adelante.

He esperado este instante sólo para poder disfrutar

del orden. Los desordenados se pierden eso. No saben cómo se siente disfrutar del orden en el momento justo. El ser ordenado es lo más cerca que estamos de poder predecir el futuro. El orden exige además confianza. En las cosas. En el tiempo. En la imposibilidad de que irrumpa la excepción. Yo contribuyo al mundo haciendo que cada cosa, además de tener un significado, tenga un lugar. Y que esas cosas estarán justo donde deben estar en el momento preciso. Hay semillas de toda clase. Todas puestas en frasquitos de vidrio, en cajitas de pastillas frutales, o en pequeños tubos con etiquetas que las nombran. Busco más información en el Diario Disco Externo. Características. Tiempo de crecimiento y floración. Cuento con cuatro meses. Luego me iré de Salinas. De vuelta a Chile quizás. O a conocer Uruguay o Brasil. Busco en una caja de pastillas frutales una semilla de Love Poison. En un frasquito de vidrio están las semillas de Wonder Woman. En un tercer envase parecido las de Moby Dick. Usando papel húmedo inicio la germinación en un rincón del living. La Poison será la primera. Estará lista para florecer en 60 días. Luego me iré. Si no irrumpen las excepciones, naturalmente.

Dos rituales. La previa a la partida de un paciente y la germinación. Juntas en espacio y tiempo. Me da cierta sensación de equilibrio. La muerte y la vida. En mis manos. En un mismo día.

Recorriendo el Diario Disco Externo que todo lo contiene encuentro un archivo de sonido con diez años exactos de antigüedad. La noche de su partida Charlie F, el paciente cero, me propuso grabar un recuerdo. Para mí es la primera vez en el oficio. Para él su última vez en la vida. Tiene toda la muerte por delante. Entonces yo volví

a recordar mi verdadera primera vez, a los doce años. Él decidió grabar el relato esa noche. Para que no te olvides, me dijo. Tratá de escucharlo a menudo. Yo lo incorporé a mi ritual de previa. Fumamos la variedad que él había creado. Mrs. Gonnies. Entonces, a segundos de empezar una nueva vida, hipnotizado y envuelto en la nube narcótica de esa Gwabi finísima creada por Charlie F, yo comenzaba a recorrer el tramo que va del inicio psicodélico hasta el desarrollo relajante y llegar a casi a la hibernación mental y física.

(Grabación de audio. Archivo MP3)

Vivimos frente a una destilería de petróleo, a lo lejos resalta la torre de metal con fuego eterno en la punta, mi vecino Riki tiene 5 años, es rubio, es rulos, está de rodillas sobre el césped de su patio, rodeado de flores perfectas y bajo las uvas del parral, llora desesperado, sostiene entre sus manos a su gato favorito que agoniza envenenado, nunca he oído así el dolor, parece de bebé, la madre mira a Riki, después entra a la casa, hace dos años atrás, cuando llegó esa familia, solo tenían una gata gris, ahora los gatos son un ejército, la madre de Ricky los venera, el padre los odia, cada vez que puede se deshace de uno, de la camada entera, prueba todos los métodos, cuando se aburre hace experimentos, lo sabe la madre, lo sabemos nosotros, lo saben los gatos, el único que no sabe es Riki, es muy chico, llora frente al gato negro que se retuerce de dolor, la madre lo llama, el chico se pone de pie como puede y va hacia adentro, yo cruzo la cerca que divide nuestras casas sin pensarlo, desde ese momento dejo de pensar, actúo por instinto, en secreto, tomo al gato entre mis manos y lo acaricio unos segundos, busco a mi alrededor, veo sogas, bolsas, agua, lo encuentro, tomo un frasco con pegamento que han dejado sobre una estructura de

madera sin terminar, vierto un poco de pegamento en el interior de una bolsa de nailon y pongo la cabeza del gato en la salida de la bolsa, respira una vez, dos veces, a la tercera vez la energía ya ha disminuido, los ojos se cierran, la respiración disminuye, permanezco así un tiempo, el gato entra en un estado de coma, luego cierro del todo la bolsa rodeando su cabeza hasta que deja de respirar, tengo doce años, el padre de Riki me observa a través de una ventana, Riki vuelve, ve al gato quieto, será por la ausencia de los gritos que el niño tiene un gesto de paz.

Steve Ratliff también me ha preguntado sobre aquella primera vez. Yo le pasé la grabación. Después le conté sobre Charlie F. El paciente cero. Creo que desde entonces se propuso superar esa figura.

Me inyecto.

Salgo.

Bill Evans para caminar.

Llego al asilo Frankweiler envuelto en una euforia ejecutiva. Quiero hacer todo ya. Pola O me ha entregado el anillo a cambio de mi servicio. Es lo mejor del oficio. También es, por desgracia, aquello que me acerca a los médicos. Un trueque. Un bien de cambio. Acaso ese insuficiente nivel de simbolismo es lo que me expulsa del mundo cotidiano. A veces siento que podría –que merecería- vivir por encima del dinero.

El evento es veloz. No por eso menos significativo. Es feriado. Hay pocos. El enfermero zorra duerme la resaca en una camilla. La mujer topo de la entrada permanece

quieta frente al monitor. Es un día nublado. La mayoría de los internos duerme en su habitación. Pola O tiene una lista de cosas para decirme. Ha planeado los últimos segundos. Me recomienda otro paciente. Dos habitaciones más allá. Alan P. Me jura que no le ha dicho nada. Que casi se le escapa. Pero ha sabido guardar el secreto. Porque Alan lo necesita tanto a usted ...

Pola O no sabe cómo nombrarme. Tenemos eso en común. Casi dice doctor.

Le sonrío. Anoto el nombre y prometo visitar al amigo. Aunque no puedo trabajar en el mismo sitio con tan poca diferencia de tiempo.

Regla N°6: Nunca dos servicios seguidos en el mismo sitio.

Se corresponde con su cara de delfín ruso la agudeza de Pola O. Ella adivina que yo tengo que seguir viniendo al asilo. Continuar mis visitas como si nada hasta desaparecer lentamente. Ir acortando el tiempo que dura cada visita. Ir estirando el tiempo entre visitas. Muy delicadamente hasta desaparecer. Hasta lograr la medida mínima de tiempo. Todo se mide. Ella sabe que yo podría ocupar esas medidas visitando a su amigo Alan P. Está convencida de mi bondad. Son los ojos. Creo que el delfín sería una importante militante de la causa por transformar mi oficio en algo socialmente aceptado.

Sigue con su lista. Quiere que yo lea algo. Ya me había dicho. Lo he traído. Una escena de "El dueño de la radio", la semi-novela de Steve Ratliff. Quiere imágenes de agua. Ha elegido un método. El fundido en negro. La maquinaria deja de funcionar gradualmente sin ser per-

cibida. Decido la mezcla justa de sustancias que inducen un adormecimiento suave y una final desorganización del cuerpo gentil. Súbita y sin dolor. También me pide ese aroma. Arándanos y grosellas. Enciendo la pipa de cerámica e inhalo tres veces. El ambiente se llena de humo y siento el inmediato colocón narcótico de la Blue Rhino. La inyecto. Me toma una mano.

Yo leo.

El dueño de la radio

Capítulo 5.

Su cuerpo delgado y blanco se asoma por la ventana del altillo. Hace días que no ve el sol o el rostro de alguien más. Ya no come. Solo toma agua solarizada. Se alimenta del sol. Espía desde la ventana circular hacia un natatorio público, lleno de niños y mujeres. El dueño de la radio nota que cada uno es otro una vez en el agua. Como si el cambio en el medio significara un cambio en la personalidad. Una mujer gorda y seria se hunde y sale sonriendo y agitada. Lleva de la mano una niña diminuta rodeada de salvavidas mal inflados que cuelgan de sus brazos. Las sigue una adolescente seria y silenciosa. Emergen del agua brillante las siluetas de otras. Iguales.

Pola O suelta mi mano. Reviso su pulso central y su pulso periférico. Hay un silencio completo interrumpido por un levísimo zumbido. En el hueco que deja la ventana abierta se agita, flotando sobrenatural, el colibrí.

Capítulo catorce

Todo se desliza, los caminos de regreso siempre son más cortos o al menos dan esa sensación, atravesamos la cortina de montañas, recién en la aduana recuerdo comprarle algo a Cabecita, busco en los almacenes de frontera, veo en la vidriera un reproductor de mp3, entro, quiero dos por favor, Cabe no lo va a poder creer, ama los objetos electrónicos, desconozco el origen de esa pasión, su primer palabra fue foco, a los cuatro años, recorro el resto del camino sintonizando radios, locutores hablando, gente que llama, algo de música, pasamos bajo el túnel numero treinta y seis, miro queriendo abarcar todo el paisaje nevado, el frío materializado en agua congelada, la ciudad va apareciendo desde un pozo.

La llegada a Salinas es impactante, se puede ver entera toda, recorriendo la ruta periférica, a lo lejos las plazas, los lagos, el ómnibus llega dos horas atrasado, si hubieran sido veinte a mi no me importaría, de allí cuarenta minutos en subte hasta casa.

Entro usando mis auriculares, de hecho sólo los voy a usar para estar en casa, cuando salga a la calle me los sacaré para apreciar los sonidos de la ciudad, de los que siempre he gustado, las bocinas, los frenos, los pájaros en las plazas, la música de algunos comercios.

Una vez dentro de casa miro el desastre, la suciedad y el desorden esparcidos en cada posible rincón, desde mi burbuja de sonido los miro hacer y comportarse, cada uno es un ser completamente egoísta, absolutamente,

los miro, Mamá, Claudia, Martín y Cabeas, cada uno está haciendo algo que molesta al otro, yo los dejo, no sé si por provocación o inconsciencia, yo miro, siempre en el rol del espectador, solo para no estar el día gritando que debería hacer cada uno, cómo deberían comportarse, no entiendo cómo sobrevive esta especie de calma, esta mini comunidad familiar, porque no se han matado o al menos exigido unos a otros hacer las cosas con respeto, no, se toleran porque el otro también está haciendo algo para molestar, entonces no percibe la molestia dirigida a él, yo miro sorprendida y he creído imposible esta situación, pero funciona, las familias, las sociedades, las comunidades, el mundo, compartir es muy difícil, los espacios, las habitaciones, las casas, las veredas, la ciudad, los trabajos, los espacios agradables, no solo compartir sino también ceder, en la mayoría de los casos, me duermo pensando en esto.

Me despierto una vez más con mis sentidos absolutos, por azar alguno de mis sentidos se profundiza, más seguido o al menos más notorio el del oído, entonces todos los sonidos y ni hablar de los agudos, penetran en mi oído hasta lo más profundo y cómo hacer para explicarles a los reyes del ruido que me vuelven loca, imposible, otros días sucede con la vista, es menos doloroso y en verdad bastante agradable, la vista limpia, ver los colores en su plenitud, como a esa hora del amanecer en que todo es hermoso, la luz resplandece y los objetos embellecidos provocan para ser vistos, o cuando el paladar me arde de sabor y casi no puedo tomar mi café con leche, tostadas ni algo más agresivo como un jugo de naranjas, no puedo entender porque me pasa, ni mucho menos para qué, pero sucede, un fenómeno sin registro.

Martín grita como de costumbre, gritos intensos porque es la hora de sus curaciones, pronto disminuirá a un quejido constante pero más tenue, existen variaciones en el sonido de sus quejas, yo las he clasificado en agudas (la hora de las curaciones), graves (en la noche cuando cambia de posición), también varían de ritmos, cuando desacelera todos los habitantes de esta casa, naturalizados a sus sonidos, creemos que vuelve la paz, estamos acostumbrados, mirando a mamá cocinar y moverse, descubro por primera vez la forma en que los ruidos han aumentado progresivamente en la casa desde la postración de Martín, como si compitieran unos ruidos con otros, Martín grita, mamá golpea la vajilla cuando lava, cuando guarda, Cabe sube el volumen del televisor, los murmullos graves de Claudia, ni siquiera sospecho de la intención de las personas, sospecho de la maldad que está en los objetos, la abuela Bebi siempre sospechaba de los objetos, "la maldad de los objetos inanimados" lo llamaba, para diferenciarla de la maldad de los objetos animados, muy diferente, no puedo recordar del todo sus ideas, seguro hay un poco de cada una de esas maldades en casa, vuelvo a salir sacándome los auriculares en cuanto piso la vereda, después de dos días fuera de casa, es insoportable volver a vivir así, sin el contraste quizás no sufriría tanto, del silencio de La Serena a esto, el cambio es abrumador.

Salgo a caminar por Salinas, hace frío pero necesito caminar y pensar, llego hasta el distrito 1, a la plaza Estocolmo, su lago triangular está repleto de hojas, el viento las ha dejado ahí y ahora las desliza por el agua a su antojo, me asomo y trato de encontrar mi reflejo en el agua, ahuyento con las manos algunas hojas, me impiden utilizar el agua de espejo, me descubro distinta, estoy grande, cada vez más grande, me merezco este rostro.

Vuelvo de madrugada a casa, me pongo los auriculares, algunos radioescuchas llaman, hacen comentarios eróticos, no descubro el tema propuesto por el locutor, cuando atravieso el pasillo se mezclan los gemidos de la película porno que mira Martín, golpeo mínimamente su puerta para ver si le da vergüenza pero nunca ha resultado, me recuesto en mi cama, aprovecho la curiosidad y abro la pequeña valija con mis cosas del viaje, ahí están los objetos que sustraje de la cabaña de Mr. Ratliff, en el momento de soledad en la cabaña, los guardé sin el permiso de nadie, quizá una maldad de los propios objetos, apilarse, mostrárame impunes a mi tentada mano y acomodarse dentro de mi bolso, cruzar la cordillera y llegar a mi casa, la casa del ruido, pensé en contárselo al fotógrafo Diego pero fue cuando se lo llevaron los policías.

Desempaco y veo unos lentes con marco de carey, rectangulares, me parecen geniales para cambiar mis lentes de los 9 años, los pruebo, no veo del todo bien de lejos pero corrigen mi astigmatismo, saco también un manuscrito bastante desprolijo y húmedo escrito en inglés, del título solo entiendo una palabra de las dos que lo forman, "espera", mañana con otro humor y otro ánimo podría mirarlo, al menos saber de qué se trata, me interesa saber un poco del viejo Ratliff, no quedé conforme con la explicación de la muerte natural, quizás el manuscrito diga algo, además no existe mayor intimidad con una persona que tocarla muerta, después de eso no siento pudor en revisar sus escritos, "The twisted wait".

Block de notas

ñ) *Material de construcción y embalaje.— Todas aquellas sustancias encontradas en áreas de trabajo y que no pertenezcan a ninguna de las otras categorías.*

o) Documentos.— Papel escrito o impreso, capaz de ser relacionado con una persona o instrumento en particular. Ejemplos: notas dejadas en suicidios y robos.

p) Contenedores. Todas las botellas, cajas, latas y otros contenedores que contengan sustancias u otros residuos de naturaleza informativa.

q) Pelo.— Cualquier pelo (o cabello) humano o animal, encontrado en un ambiente, con razonable probabilidad de poder ser vinculado con un ofensor.

A black and white illustration. At the top, a large eye is drawn on a curtain that is pulled back to reveal a fortune teller. The fortune teller is a woman with long, wavy hair, wearing a long-sleeved, high-collared dress with a decorative pattern at the neck and a bracelet on her left wrist. She is shown in profile, looking towards the left. Her right hand is extended, showing three fingers, while her left hand is held behind her back, also showing three fingers. To the left of her right hand, another hand is shown with five fingers spread, as if in a gesture of surprise or a reveal. The entire scene is framed by the folds of the curtain.

INVENCIBLE EN
EL PIEDRA, PAPEL
O TIJERA

Los
ADIVINADORES

Capítulo quince

Es un raro privilegio elegir la muerte.

Decidir la forma y el momento de morir. O la última imagen para ver. O cierta música. O el objeto para guardar entre las manos mientras se pasa de un estado al otro.

Pola O quiso el álbum.

Cada persona tiene un sentido que la guía a través de sus propios recuerdos.

Para Pola O ese sentido fue el tacto. Las superficies rugosas de su infancia. Las telas que pasaron por sus dedos de costurera. El metal frío del médico. Los muebles de mimbre en la casa de su infancia. Por eso ella eligió sostener entre las manos su álbum de fotos. No eran las fotos. Sino el álbum. Sólo sostuvo el objeto cerrado, acariciando las cintas de seda que lo adornan, los papeles manteca de la portada. Desde pequeña el tacto. Su álbum de fotos es también mi herencia.

Paciente N° 18. Gonzalo G. Quiso lluvia. Irse con los sentidos puestos en la lluvia, con gotas en la palma de la mano.

Estoy en mi departamento. Es la mañana. Chet Baker para quedarse en casa. Uso dos partes de White Russian en la pipa de mármol blanco. Usada como medicina popular, sedosa y de un colocón largo y loopeado. Elijo con

precisión qué quiero brindarle a cada uno de mis sentidos. La enseñanza de Pola O. Muy respetuosa con los sentidos. Mi vista y mi tacto están puestos en el álbum de fotos. Paso las hojas y el papel transparente que las separa. Hasta la foto más vulgar es increíblemente bella para mí. Y eso que desconozco. De fotos. De arte. Los bordes esculpidos. La certeza de que cada momento fotografiado ha sido elegido para eso. Sólo hay una foto en que Pola O es una muchacha y parece no saber. Ignora que es el objetivo de alguien que la ve y la retrata. Está envuelta en una manta, entre pastizales. Yo lo atribuyo a la White pero también hay algo verdadero en la humedad que lubrica mis ojos. Me dan unas ganas sanas y hermosas de llorar mientras atravieso los 80 años que vivió la dueña del álbum. Cada página como una franja de tiempo. Todo se mide. Una foto por año. Está con otros. Probables hijos. Hermanos. Yo la recuerdo en su cama del asilo, recibiendo la luz de afuera. Sola. Con su sonrisa delfinesca. Sin todas esas personas que la rodean en las fotos. Al final siempre se estará solo. Bueno, estarán conmigo.

Me mido los niveles de glucemia. Todo lo mido.

Encuentro mi pequeña impresora. Aún funciona. Imprimo la última foto de Pola O. A color. Muerta. Hay algo hermoso en el rostro que muere sabiendo. Para mí la muerte es eso. No dejarse sorprender. No irse metido en el temor de nunca más ver a los seres amados. La muerte es todo lo otro. Regocijo de desaparecer ordenadamente. Con el control y el humor adecuados. Pienso en todas las muertes que he visto. Dibujo una línea de tiempo marcada con los rostros. Pienso en el paciente N° 32, César A. Me pidió que lo filme. Me pareció muy natural su deseo. Como un paso en la evolución: la documentación

es cultura. Esa fue su herencia. Desde entonces, con permisos y cuando la circunstancia lo dicta, he podido grabar a veces. Documentar. Tirar botellas al mar para el futuro investigador. Busco en mi escondite secreto. Saco el Diario Disco Externo de 1000gb que todo lo tiene. Lo conecto al computador. Veo a Cesar A morir. Veo a otros también. Paciente N°43, Guillermo M. Paciente N°39, Federico J. Todos tienen eso en común que no puedo distinguir pero me hipnotiza. Me emociono. Mi propia obra me emociona.

Suena una alarma. Me gusta inyectarme frente al espejo. Saco una jeringa, la cargo de insulina. Me inyecto. Observo la jeringa vacía. Hundo la aguja en el jabón. Esto es un juego de la niñez. Al obturar la aguja la jeringa se transforma en un arma de aire comprimido. Disparo la aguja que se clava en el respaldo de una silla. Anoto en mi libreta: resolver la disposición de insulina. Me queda para un mes más.

Aprovecho el resto del día para arreglar detalles cotidianos. El orden en el departamento. Documentación de la obra social. Deudas. Paso en taxi frente a la casa de mi familia. No puedo evitar mirar. Hacia el portón. Hacia la huella que dejé en la pared del frente y todavía permanece.

Llevo tres semanas en Salinas. Comienzo a sentir el cerco que me rodea. Nunca quise vivir así. En una ciudad rodeada por una herradura de montañas. Tan lejos del agua. Me pregunto quien tuvo la brillante idea de fundar una ciudad así o acá. Creo fuertemente en la determinación geológica del carácter. Y la gente en Salinas es como la montaña que nos rodea. Retráctil. Actuando como si esto fuera a durar por siempre. Una historia distinta es la playa. Las ciudades de playa. Donde las personas se ven

los cuerpos a diario. Los bordes movedizos de las nalgas excesivas. Las faltas de pecho. Los pelos en los hombres. También en las mujeres. Eso cambia todo. La autoridad fuera de contexto. Ninguna maestra o jefe puede mantener su poder después de ser vista así. Casi desnuda.

Tomo un taxi. Es la tarde. La sensación de que el mundo va para otro lado es tan reconfortante. El mundo quiero decir las personas. Todos duermen la siesta. O trabajan. O piensan en compras de supermercado y tareas escolares. Yo no. Vivo de Vacaciones Permanentes.

No puedo socializar. No tengo amigos. No duro con las novias. No puedo decir lo que soy. Lo que hago. Acaso debería juntarme con otros como yo. Otros que también no pueden contar lo que son. Prostitutas. Traficantes. Una mujer conduce el taxi. Le pregunto. Me dice si, somos pocas. Es difícil. Tiene una voz dulce. Pago y le dejo el cambio. Me da su tarjeta personal. Por si necesito un viaje.

El parque Beijín pertenece a los deportistas. Corren en círculos un tanto ridículos alrededor del lago. Son capaces de hacer eso, otorgarle ridiculez a la figura del círculo. Ajenos a todo. Si el suelo se abriera, si el mundo acabara en este instante esa mujer, que lleva pesas en los tobillos y calzas combinadas, saldría a correr mañana a la misma hora. En medio de los escombros y el terror generalizado. Ella pasaría seria y transpirada. Con sus calzas y sus anteojos de sol. Lo importante es mantener la rutina. Salir todos los días. Sin importar nada. Eso me produce también una especie difusa de respeto. La valentía de seguir una obsesión por más ridícula que parezca.

Hay un grupo de estudiantes sentados en el pasto. Fuman algo horrible. Me aproximo. Soy seductor, entre los habitantes de Salinas el extranjero aún es representación de lo exótico. La xenofilia es una perversión muy común en la ciudad. En la ronda todos estudian sociología. Los tres chicos oveja llevan barba y mochilas. De las dos chicas una se llama Anita, la otra es una ardilla. Tiene la mirada inquieta y los movimientos cortos y veloces. Enciende un White Russian. No lo pueden creer. La ardilla se asusta inmediatamente. Se mete en un túnel mental. Siente que sobre sus párpados hay bolas de terciopelo. O algo negro. La tranquilizo. Tomo su mano y digo la frase que siempre funciona: nadie nunca ha muerto por sobredosis de marihuana. Me sonrío. Esa frase, en boca de un total desconocido, le trae la paz que sus amigos no han podido brindar. Se llama Victoria. Después dice animada: ¿sabían que nadie me gana al piedra papel o tijera?

Habilidad inútil N°5.
Ser invencible al piedra papel o tijera.
Los adivinadores.

Lo demuestra. Es cierto. Nadie puede vencer a Victoria. No sé, dice, como que unas milésimas de segundo antes me dejo llevar y puedo saber exactamente qué va a elegir el otro. Piedra. Tijera. Tijera. Papel. Gana siempre. Como si tuviera el don de la clarividencia pero diluido entre esas tres opciones y por ese sólo instante. Es un desperdicio que estudie lo que estudia. Que estudie. El juego de PPOt se ejerce para decidir quién. Quién se sienta adelante. Quién elije primero equipo. Quien juega con eso que todos quieren. Ella gana siempre. *La infancia fue su reinado.*

El loopeo de la White Russian los mantiene atrapados en las mismas conversaciones. Ellos hablan un lenguaje preciso. Aparatos represivos de estado. Dialéctica negativa. Ejército de reserva. Alienación. Conceptos que otros le han transmitido. Uno se queja, no leemos nada nuevo. Victoria dice: ¿sabían que nadie me gana al piedra papel o tijera?. Esta atrapada en la máquina del tiempo. Me hace sentir viejo. Me anota su teléfono en mi antebrazo.

En el camino de vuelta compro en una librería "Lo maravilloso dura segundos" de Leopoldo Ernesto Tasch. Premio James Baldwin. El libro es rosa. En la tapa hay un tríptico dibujado de tres mujeres extrañas y masculinas. Llego al edificio. Un hombre pegado al portero eléctrico. Pegado al botón pintado con esmalte. Se oye la voz suave y oriental. Subimos juntos. Llego al departamento 77. Ha germinado la primera semilla. Leo. Son los mismos cuentos de Steve Eugénides Ratliff.

Capítulo dieciséis

Martín ha tenido una recaída, su infección ha llegado a la sangre y se extiende por el cuerpo, Claudia el día entero a los pies de la cama, capto cierta maldad tras la infinita bondad de Claudia, su abnegación es por no quedarse sola, y en consecuencia cuida de Martín, Cablesuta en su mundo imaginario del que no ha salido nunca, hemos pasado por esto tantas veces, hoy no llamamos al médico, lo hacemos nosotros como un equipo, cada uno en un rol determinado, Claudia con conocimientos de enfermería previos es quien dirige, una mujer sin mucho carácter pero segura, lo lavamos, cambiamos el drenaje, Claudia lo inyecta con calmantes, todo lo hacemos nosotros, de pronto quedo fuera mirando y me retiro de a poco con mis auriculares puestos, es justo que haga mi vida, no debería importarme, quizás empiece a ser más egoísta y ensimismada, modificar mínimamente mi personalidad con el fin de no ser afectada por situaciones ajenas, me voy como si nada, mi habitación por suerte está alejada, al final del pasillo, y puedo fumar, me llevo a Cabe de la mano por el pasillo mientras nos alejamos del olor soporoso de los medicamentos y de los gritos de Martín.

Al entrar a mi habitación nuestra mirada se dirige automática y felizmente arriba del guardarropa donde hay tres rompecabezas, Cabe elige el del motivo más difícil pero conocido, dos veleros en el mar, más de la mitad es azul y apasionante, si bien prefiero no conocer las formas resultantes éste es el indicado para armar con Cabeza, mi escritorio entero pasa a ser inútil como tal, las piezas se van ordenando boca arriba, las de líneas rectas y luego

por colores y matices, es la parte fundamental del juego aunque subestimada por la imagen de la última ficha encajando, me gustan los comienzos, los finales me provocan un vacío, solo puedo pensar en cual será el próximo para armar.

Mi última adquisición es el primero de una serie incluido en una colección con imágenes del fotógrafo Eugen Recont, lo armé dos veces seguidas, los motivos de Recont siempre están relacionados con cuentos infantiles, con su estilo oscuro y sensual, una mujer perfecta con una capa roja perseguida por lobos, todo en una escenografía sórdida y gris, una mujer durmiendo en un ataúd de vidrio con un príncipe a los pies, una mujer pálida con un vestido amarillo antiguo barriando un montón de hojas y ceniza en todos lados, uno más maravilloso que otro.

Me quedo dormida, despierto a la hora de entrada al trabajo, salgo sin desayunar, una pésima idea, el frío y el cansancio me destemplan, doy dos pasos dentro de la oficina y noto algunas ausencias, puedo elegir entre ordenar expedientes, hacer informes o ir al asilo Frankweiler, una anciana muerta, mis compañeros están ahí.

Cuando entro me doy cuenta, estoy toda vestida de negro, me parece desubicado examinar un cadáver vestida como para un velorio, la habitación huele a flores, una especie de sahumero, el cuerpo aún no está del todo frío, lleva menos de 8 horas muerta, los ojos a medio abrir, miro a la médica del lugar, al agente y al oficial, me saludan con el habitual hola Jorgis, como va Yorki, miro al fotógrafo Diego, cada uno está haciendo algo, incluso Diego coqueteando con la médica, los dos policías revisan cajones, el agente se huele la ropa disimuladamente

y sonrío a Diego con una guiñada, no entiendo el chiste y supongo hablan de mujeres, entra un enfermero amanerado y muy pesado, sólo le habla a Diego, me enferman los amanerados, no tiene nada de gracioso, abro los ojos de la muerta, la retina esta enrojecida, el iris normal, una pequeña linterna me ayuda a ver las venas grandes y rojas, dentina rojiza, lo anoto en mi Block de notas, un pinchazo en el brazo izquierdo, la posición de sus manos como sosteniendo algún objeto imaginario y el gesto tranquilo de quien ha muerto sin dolor.

A veces me quedo con dudas sólo por no hablar con el resto del equipo, el olor particular de ese lugar, me recuerda algo pero no logro descubrir su referencia, quizás la casa de tía Julia antes de venir a vivir con nosotros, en la calle Besarion, el callejón olía así, llegaba hasta el medio de la manzana y había cuatro departamentos de corte antiguo, cada uno con un patio en medio y una habitación arriba, todos poblados por mujeres, la cabaña en Chile, el fotógrafo Diego.

En ese momento que pienso en él lo veo, mueve los labios diciéndole algo al agente, leo los labios casi sin querer, la frase termina en "gorda malos modales" y me mira de reojo, hay habilidades que sería preferible no utilizar cuando uno no quiere, leer los labios la he desarrollado este último tiempo, utilizando los auriculares en casa, de algún modo interactúo, pero ahora preferiría no haber visto nada.

Habilidad inútil N° 6:
Leer los labios
Los observadores

Block de notas

Ficha de estado del cadáver de Pola O.

POSICIÓN DEL CADÁVER; el cuerpo yace en decúbito dorsal, orientado de este a oeste, apoyando región occipital sobre la cama. Pigmentación anómala de los dientes, color rojizo. Extremidades superiores ambas flexionadas sobre sector abdominal, manos semi empuñadas, inferiores extendidas y separadas a nivel de los maléolos por 10 cm, punción en extremidad superior derecha, área venosa. En el resto del cuerpo no se observan lesiones externas visibles ni palpables atribuibles a terceros, ausencia de rigidez y livideces, data de muerte al reconocimiento finalizado a las 9.30 horas, se estimo en dos(2) horas aproximadamente y su causa precisa y necesaria será determinada por la necropsia correspondiente. Se confirma el lugar del deceso el mismo en donde fue encontrado el cadáver.

Omito algunos datos en el informe.

Capítulo diecisiete

Leopoldo Ernesto Tasch ha escrito un libro exactamente igual al borrador de Steve Ratliff. Palabra por palabra. No ha cambiado ni los nombres, que conservan una resonancia aún más extraña en los textos traducidos. Cosmo Kramer. Sookie Stackhouse. Sheldon Cooper. La diferencia entre el inglés del original y el español del segundo es mínima. El traductor ha logrado que ambos idiomas parezcan el mismo. A pesar de sentirme enojado por el plagio me despierta cierta admiración el trabajo del traductor. Naturalmente sólo yo sé que se trata de una traducción. Ha suprimido todas las malas palabras. El texto original es profuso en *Wheather fucks* y *Bitchescrew* y *Madrefuckers*.

Escribo su nombre en el cuadro del buscador. "Leopoldo Ernesto Tasch". Notas en el diario local. En la sección política (ha sido dirigente estudiantil). En la sección Cultura (como ganador del premio James Baldwin). Nació en Salinas. En 1977. Tiene el padre desaparecido y es militante peronista. También hay dos fotos de él en la sección sociales. En la primera foto está en la inauguración de una muestra de arte. Con cada tentáculo aferra algo. Una copa de vino. Un celular. Un saco. Una mujer gallina. Tasch extiende sus tentáculos. Encuentro su dirección de mail. Le envió un texto diciendo que trabajo en una reconocida revista suiza de arte y política. Siempre que miento uso a Suiza.

La mejor forma de mentir es diciendo un poco la verdad. He vivido en Suiza. Me presento como lo que soy también. O lo que fui. Entonces casi no miento. Entonces es imposible descubrir una casi no mentira. Busco una revista suiza.

De política, de arte. Me creo una falsa cuenta de mail que incluya el nombre de la revista. LisbethSalander@temps-moderns.com.sz. Estoy entrevistando jóvenes artistas emergentes para un dossier sobre Latinoamérica. Los hijos de las dictaduras. Incluyo otros y otras de su edad cuya biografía fue moldeada por la dictadura. Busco: Melina Curga, Argentina, cineasta. Lariano Minás, Chile, dramaturgo. Ni hacen falta las falsas credenciales. Sólo un motivo para mi presencia en la ciudad de Salinas. Sigo buscando. Encuentro. He venido a cubrir el trabajo de exhumación que realizará el equipo de antropología forense en el cementerio del distrito tres. Recorren el mundo buscando pruebas de genocidios. Le solicito a Leopoldo Tasch una entrevista personal.

La semilla que ha nacido es la de Wonder Woman. Crece como cabello.

Enciendo una pipa con Sweet Tai de una variedad especialmente estimulante y cerebral. Llega Rosa. La señora que limpia el departamento. Es un lemming, tiene 44 años, parece más. Muchos más. Tiene 6 hijos. Vive en las barriadas de los suburbios. En las cadenas de monoblocks para los socialmente desfavorecidos. Hacia el oeste, donde la montaña es desierto. Nos conocemos bien. Ella limpiaba en la casa familiar. Aunque ya no va más allá. Pero cada vez que yo vuelvo a Salinas la llamo. Me quiere. Serán los ojos celestes.

Barre, quita el polvo de los libros. Comparado con sus otros trabajos este es un paraíso. Leve, corto, muy bien pagado. Sin pilas de platos o camas o niños o perros o dueñas. Sólo repasar el baño y los libros. Rosa enciende la pipa con Sweet Tai. El departamento se llena de ese

aroma especiado y penetrante. Típico de algunas variedades asiáticas exóticas. Ella me cuenta todo. Lo que antes ya me ha contado y lo nuevo. Su primer hijo muerto de un balazo. Su último hijo que también ha recibido un balazo y está en el hospital ahora. Ella viene de ahí. Ha tenido que combinar tres líneas de subterráneos para llegar. Podría definirla como una mujer que ha pasado una hora bajo tierra. Antes estuvo planchando y limpiando en un barrio privado. Atravesó el puente sobre el Río Erdosain a pie. Junto al ejército de domésticas laosianas y jardineros que todas las tardes dejan sus trabajos en los distritos privados de los suburbios. Se metió en la estación Cartman de la línea azul para iniciar su sentencia bajo tierra. Luego ha limpiado en un estudio de abogados en el distrito uno, frente al monumento de los Sicarios. Hace un silencio. Expulsa el humo. Lo que fuman sus hijos tiene otro sabor, dice. Después me cuenta que ella sabe cuando alguien se ha bañado recién. Bueno, no recién. Ya con el pelo seco. ¿Viste que lindo es bañarse a veces?. Sacarse todo eso que uno trae encima de la calle. Bueno, yo sé eso. Le digo: cuando alguien todavía está en el trance post baño. Se sonríe. Exacto. Desde lejos incluso lo sé. Como si captara algo que sale brillando de la piel.

Habilidad inútil N° 6:
adivinar el tiempo transcurrido desde el último baño.
Los observadores

Rosa ha inventado un juego. Mira a desconocidos en la calle y adivina cuanto tiempo ha pasado desde su último baño. Los resultados a veces asombran. La gente se baña mucho menos de lo que se estima. En eso se ocupa a

veces. Cuando va en el subte cara a cara con un extraño. O mientras camina por el puente con la vista puesta en un barco cargado de basura que flota sobre el Río Erdosain. Para no pensar en otras cosas. Vivió en España. Junto a un porcentaje de sus hijos. Pero se volvió. Al mismo barrio desértico, al mismo monobloc.

Salgo. Para caminar Bill Evans. Llego al Banco. Para hacer fila Kind of Blues. Guardo el anillo de Pola O en una caja de seguridad junto a otros objetos. Consigo revistas, vasos de plástico para esquejar, libros, recetas para la insulina, insulina. Compro mapas. Encuentro un armario casi cúbico tirado en la calle. También un paraguas roto.

Cuando vuelvo Rosa ha terminado. El sitio huele a orden. Es perfecto. Limpiamos el pequeño armario. Usamos desinfectante. Le agradezco a Rosa y tomamos un poco de té. Charlamos. Le pago. Le regalo un pañuelo de seda. Rojo. Le gusta el color y la textura. Me besa en la mejilla y se va.

Leopoldo Tasch ha respondido a mi correo. Propone una entrevista para mañana en la mañana. Vive cerca. Frente a la plaza Normandía.

Cubro el armario con barniz. Lo dejo en el balcón. Anoto: comprar lámpara de sodio, extractor y sustrato (perlita). Lo usaré para la fabricación de esquejes, así iniciar un Plan de Doble Rodaje.*

Ha sido un día corto y raro. No se ha visto el cielo. Nadie lo ha visto en la ciudad de Salinas. Lluve y hace frío. Hay algo subacuático o bajo tierra en la ciudad que veo desde mi balcón. A veces creo que el clima entero se de-

fine por mi estado de ánimo. Soy Storm. Tengo memoria climática. Aún pienso en Pola O. Esta noche guardaré su álbum de fotos junto a las demás herencias. Le dedicaré un último recuerdo. Hasta hoy dura el duelo. Yo debo seguir adelante. Buscando y construyendo mi historia.

* El Plan de Doble Rodaje o Sea Of Green (Mar Verde) es un sistema diseñado para evitar desfasajes en los ciclos de crecimiento. Se crean dos grupos de plantas. Un grupo de crecimiento y otro de floración. Se usan dos armarios. Uno pequeño y uno mayor. El pequeños se usa para el crecimiento de esquejes (con un mercurio de 250W, por ejemplo) y un periodo de 18/6 y el mayor para la floración (con un sodio de 400W, por ejemplo) y un periodo de 12/12. La idea es tener plantas que tengan un mismo tiempo de floración para ir renovando en conjunto y siempre tener cosecha. Este sistema en particular consiste en hacer muchos esquejes pequeños de un solo cogollo central, que se pasan a floración según enraízan o con una semana de vegetativo como mucho.

Capítulo dieciocho

Empiezo a leer la obra, "The twisted wait" de Ratliff, descubro que traducir es una tarea similar a la de armar rompecabezas, no me cuesta tanto y con la ayuda de un traductor online las palabras absolutamente desconocidas cambian, se van apareciendo en mi mente de manera trepidante y voy armando un relato, como una imagen, sin asperezas, fluido y apasionante, por ahora hablan diferentes personajes, cada uno muestra un pasado que apenas se menciona y parece tener un correlato antiguo, Tony, un operador de radio despedido de su trabajo, ocupa el altillo en la terraza del edificio de emisión de la radio, se adueña de la señal y manipula mensajes subliminales desde ahí, él mismo cuenta su historia a una mujer disfrazada de papá Noel, los dos esperan a alguien o algo en un lugar indefinido, ella le cuenta su historia y en la medida que el relato avanza, se describe con detalles como han rejuvenecido mínimamente los dos, la mujer se saca el gorro de papá Noel y le habla de su tío, él tenía la función de ser papá Noel en las fiestas navideñas de la familia, cuando murió ella lo reemplazo en su rol de manera intachable.

He avanzado bastante en la traducción y caigo en la cuenta, han pasado cinco horas desde el comienzo de mi lectura, sin querer he rayado los márgenes del manuscrito, me arrepiento pero igual lo hice con lápiz, aún puedo deshacerlo pero también me arrepiento de no haberlo escrito todo, como un trabajo serio de traducción, la tarea me excedió, no era mi intención traducir todo, ni siquiera conocía mi capacidad, solo quería entender de

que trataba la historia y ya no podré parar hasta terminarla, mañana ordenaré mis papeles, pasaré en limpio las notas de los márgenes y empezaré de nuevo.

Me acuesto y siento la caída antes del sueño, una mujer gigante me toma de la remera, me levanta, mis piecitos cuelgan, quedamos enfrentadas, un hombre muy pequeño me salva de sus golpes justo a tiempo, subo corriendo, persigo al hombre por un edificio gigante y laberíntico donde me siento perdida, una voz anuncia números por un altoparlante y no reconozco ninguno como propio, entonces me levanto de una cama, hay muchas y muchas mujeres conectadas como robots en camillas paralelas (no sé cuando llegue ahí) y hablando conmigo misma digo "yo no soy madre, ningún número me corresponde", corro alejándome del lugar, cuando volteo el edificio tiene la forma de nave espacial, me despierto, ciencia ficción, este sueño pertenece al género ciencia ficción.

Cuando llego a la oficina todo el mundo está alterado, corriendo de un lado a otro acomodando los objetos y papeles, el mal humor reina en todos los rostros y el olor a limpio penetra en mi nariz, con mi viaje había olvidado que hoy llegaba el equipo de antropología forense de Buenos Aires para hacer las excavaciones en el cementerio del distrito 3, se habla de cuerpos desaparecidos enterrados en fosas comunes, el equipo llega al mediodía, el acuerdo nos obliga a compartir nuestro lugar de trabajo aunque la tarea fundamentalmente se centrará en el cementerio, mis superiores se sienten como los sheriff de algún pueblo estadounidense cuando llega el agente del FBI directo desde la gran ciudad, éste es mucho más recio y sabio y compiten por la autoridad dentro de la

investigación de los casos de crímenes en la localidad, así se sienten, menospreciados, dan por supuesto que envían personal porque no los creen capaces y yo pienso lo mismo, por mi parte voy observar y aprender lo más posible, quizás algún día pueda ser como ellos, como los agentes del FBI, llegaré enojada a la oficina y trataré a todos como inútiles, mientras el fotógrafo Diego y los demás dejan de llamarme "la Jorge" y me llaman por mi nombre completo, harán silencio a las idioteces que hablan cuando yo paso y alguno quizás escondidamente se enamorará de mi, pero yo no tendré tiempo para amores, mis responsabilidades y mi cargo no me permitirá pensar en otra cosa, vivire en un loft todo blanco y luminoso, al que volveré al atardecer, vestida de traje también blanco y fumando un cigarrillo, mirando la ciudad desde arriba, con música de fondo, mientras espero a mi amante, a uno de ellos, tomando whisky.

De nuevo con mis hipótesis, si no hubiera nacido en Salinas, si Mamá se hubiera subido a otro vagón, se hubiera enamorado de alguien en Buenos Aires y se hubiera ido a vivir ahí, si pudiera vivir en un loft y ser hermosa como me imagino, volviendo a la realidad, no es mi problema, solo debo acompañar al equipo y hacer las tareas lo mejor posible, no me siento el sheriff y estoy dispuesta a ayudar, me voy a fumar un cigarrillo afuera mientras pasa el caos.

Una vez en la vereda, veo entrar al edificio a un chico unos años mayor que yo, alto, morocho y un brillo en los ojos que me atrae, algo encorvado, por su posición física puedo adivinar que pasa horas frente a una computadora, en una misma posición, lo adivino sin muchos amigos y por su piel noto que no ha tomado sol nunca, no usa lentes pero es una especie de nerd, yo miro directamente

sus zapatos, me doy cuenta, no es de Salinas.

Habilidad inútil N° 7:
Distinguir extranjeros
Los observadores

En Salinas los hombres usan un determinado calzado según la clase a la que pertenecen, puedo descubrir un foráneo solo con verle sus zapatos indiscutiblemente distintos, detrás de él entra Diego con sus zapatos salinescos y resuelvo que mi aversión a él es sincera y completa, obviamente no me saluda, se acerca el frío, un aire helado y brusco me despeina, hace días que está nublado.

Capítulo diecinueve

La vida en departamentos.

Amanezco mal. Antes de tiempo. Rodeado de ruidos. Desde arriba: una especie de garganta metálica y carrasposa que habita entre los muros. Desde afuera: una sierra que se junta con madera. He dormido poco. Salgo al balcón. Veo la montaña, el reflejo del sol apenas saliendo. Observo fijamente a los obreros operar la sierra. No tienen tiempo para verme. Me gustaría tener el poder de detenerlos. De congelarlos. En ese instante tengo la certeza de que hoy será uno de esos días en que es imposible permanecer separado del otro. De la acción y las consecuencias que el otro impondrá en mi vida. La existencia de los demás definirá mis acciones. Lo comprendo mientras observo a los obreros. Me preparo para ello. Para intervenir con los otros.

Preparo café. Pienso en lo que viene. Objetivos: combatir el estado de letargo (consecuencia de las pocas horas de sueño), un posible mal humor y un incipiente dolor de cabeza. Bien. Para eso la euforia optimista de la Chocolope. Busco mi vaporizador Verdemper. Juntar el humo y el dolor de cabeza no parece buena idea. El filtro especial de agua hace que el vapor de cannabis conserve su sabor, olor y temperatura. Dulce aroma, a melón y cacao. No hay combustión. El humo no llega a ser, es finísimo y frío. Parecido a respirar viendo nieve. Es perfecto para entumecer un poco los oídos. Para alejar los ruidos.

Necesito un ritual. Para alejarme de esos ruidos y de lo que me espera el resto del día. Uso el juego de tazas

cuadradas y azucarera ídem. Todo blanco y ángulos rectos sobre el mantel a cuadros. Un vaso pequeño para el jugo. El vaporizador. Y en la pantalla de la notebook el inicio de una película animada protagonizada por dos niños hermanos. Blanco y Negro se llaman. Todo acomodado sobre la mesa.

Como algunas frutas, jugos, cereales y tostadas. Después aspiró vapor frutado. Orquestó algunas frases y preguntas que tengo para el joven pulpo plagiarío Leopoldo Tasch. Veo su foto de pulpo. En su cara un torpe ordenamiento de rasgos. Las cejas en cuña hacia arriba. Los ojos pequeños y hundidos. A pesar de su juventud ha alcanzado un puesto alto como funcionario de la Universidad Nacional. La magia en la obra de Steve Ratliff parece el complemento perfecto de un plan que lleva años desarrollando.

Sigue nublado y frío. Para caminar Bill Evans. Atravieso la plaza Normandía. Flota en medio de su lago pentagonal el cadáver de una paloma. Leopoldo Tasch vive en un cuarto piso. Ni demasiado arriba ni demasiado abajo. El edificio es nuevo y espejado. Me recibe. Tiene fotos en blanco y negro de Camilo Cienfuegos en las paredes. Prepara un café y habla. De su trabajo para la Universidad y en el Partido Político. Digo su nombre: Leopoldo. Me corrige: decime Ernesto. Ese detalle termina de definirlo. Yo le hago preguntas precisas sobre la obra literaria. De las técnicas o influencias que recibió. Quiero hablar sobre literatura. Me responde con abstracciones y dudas que derivan en conceptos políticos un tanto absurdos. Ni siquiera alcanzan esa categoría. Son bien difusos. Su discurso se compone de palabras que han perdido el significado. Articular. Procesos. Los compañeros. Afirmo

con la cabeza. Le pido que me firme el libro. Le pregunto sobre su próxima publicación. En exclusiva me adelanta que planea publicar en una editorial de Buenos Aires una nouvelle titulada "El cerebro de la radio". Trata sobre las marcas que ha dejado la dictadura en nuestra cultura.

Se produce un silencio.

Tomo la palabra y relato de memoria la escena inicial de "El dueño de la radio" según mi propia traducción.

La radio funcionaba en un edificio un tanto laberíntico. Tenía dos sótanos. Diecinueve habitaciones. Ninguna del mismo tamaño que otra. Todo se mide. Había balcones, sótanos, jardín interno, pasillos, escaleras. Y un altillo, un sitio lleno de trastos, de techos curvos y una pequeña ventana redonda que daba al natatorio público. Anthony Fremont nunca había sido buen empleado. Era un operador mediocre. No tenía conocimientos técnicos ni humor para intervenir con astucia en algún diálogo que los conductores llevaran adelante. Podría creerse que ya tenía un plan antes de que lo echaran. Que solo estaba esperando eso. Cuando sucedió fue natural. En secreto subió hasta el altillo y ahí se instaló. Dispuesto a construir un hogar, un imperio dentro de ese edificio viejo y laberíntico. Tenía el mejor método. Como las hormigas. Hacer las cosas gradualmente hasta lograr ser invisible.

Tasch me mira un poco asombrado. Me pongo de pie. Lo miro a los ojos. Le digo. Leopoldo Tasch, sabemos que ese libro no lo escribió usted. Tasch se paraliza. Manejo la información que daré. Tengo registrados los derechos de "Wonderfull things", de "El dueño de la radio", y de todo lo demás. No se atreva a publicar nada más Tasch o tendrá denuncias de plagio que no creo que su carrera

política pueda aceptar. Quiero terminar con esto ahora que apenas nos conocemos. No se atreva a publicar nada más de eso que no le pertenece. Tasch no reacciona. Por las ondulaciones de sus tentáculos se diría que hasta me teme. La vergüenza se apodera de él. No puede pensar. No le dejo tiempo para refutarme. Doy media vuelta y desaparezco.

Atravieso la plaza Normandía. Lluve. Aparece entre los árboles una voz tenue primero. Luego vivaz. Es la ardi-lla Victoria, la estudiante de sociología. Reclama con dulzura. No la llamé. La ropa se adhiere a su piel. La piel se adhiere a mis ojos. Sonríe. Nos apuramos. La invito a mi casa. Pasa un auto que nos moja. Alguien nos insulta. Alguien nos pide ayuda para cruzar la calle. Justo en medio de la lluvia vamos los tres. El viejito, Victoria y yo. Hoy es un día así. Los otros han irrumpido en mi vida. Llegamos al edificio. El portero conejo me habla. Estoy todo mojado. Victoria también.

Entramos. Ella se quita la ropa en el baño. Y yo en la habitación. Nos envolvemos en toallas y batas. Tomamos café. Busco en mi bodega. Lleno un fino y largo papelillo de Love Poison con cuatro años de estacionado. La proporción exacta de índica y sativa potencia el tacto y el humor lúdico. El humo es casi líquido denso. Victoria nota que el sabor es diferente a la White que probó cuando nos conocimos en el parque Beijín. Tiene talento para la cata, para el análisis sensorial y organoléptico. Se pone eufórica de inmediato. Estamos sentados sobre la alfombra de piel de cabra. Frotamos los pies en la suavidad. Nos enfrenta una mesa baja de vidrio, un televisor encendido muestra a dos mujeres jóvenes casándose en Neuquén. Cambio a un pulpo agitándose bajo el agua. Tasch.

Apago el volumen. Para estar en casa Chet Baker. La luminosidad de la pantalla es nuestra hoguera. El pulpo es un fuego. Victoria demuestra una vez más su habilidad inútil. Me gana siempre. Piedra. Papel. Tijera. Puedo verla ejercer su habilidad y eso me reconforta. Lleva puesta mi bata de baño que le queda algo grande. Le veo el hombro. Se saca la toalla de la cabeza. Se seca el cabello de pie. Se agita. Tenemos el tacto absoluto. Tocamos todo. Medimos infinitos grados de suavidad de las superficies. Todo se mide. La ardilla se cuelga con la sedosidad húmeda de su cabello entre los dedos. Se acaricia los labios abstraída. Me acerco por el piso. Envuelvo la circunferencia de su tobillo con mi mano grande. La mido. Es suave. Subo por las piernas. Siento algunos bellos que están saliendo. Mínimos. Son como destellos. Porque tengo los ojos cerrados. Es lo mejor con la Poison. Cerrar los ojos. Dejar todo en manos del tacto.

Capítulo veinte

Desde el cementerio del distrito 3 vuelvo a casa en el subte, no viaja mucha gente a esta hora, quizás la línea blanca sea la más inútil de la ciudad, porque en verdad nunca viajan muchas personas, las barriadas periféricas son un núcleo en sí mismo, los excluidos casi no entran a la ciudad, desarrollan su vida al margen, metidos debajo de las montañas (casi como cuevas), en el subte también me pongo melancólica, empiezo a dudar del transporte público, si no tiran en aerosol una sustancia que nos deprime y adormece, no imagino muy bien el motivo, gracias a que me levante con el olfato absoluto puedo sentir un aroma invasivo, de nuevo el recuerdo, la cabaña de Ratliff, a Tía Julia, al asilo, miro a la señora sentada en el asiento siguiente, una mujer humilde con un pañuelo rojo de seda muy elegante, es llamativo, su ropa y formas en general son las de una mujer que trabaja, humilde, inclinada del planchado, la escoba, seguro viene de trabajar, veo otra mujer con dos niños y un hombre de traje y portafolio, siempre es importante reconocer con quien viajamos, es necesario imaginar cómo reaccionarían frente a alguna catástrofe, como si el subte explotara o quedara en medio de un túnel sin luz, de acuerdo a sus caras, a sus ropas y a sus formas puedo saber quien pisará la cabeza de quien en caso de siniestro, es un prejuicio, pero todos sabemos que a cierta altura de la vida los prejuicios nos ahorran tiempo y se desarrollan de manera inequívoca.

Llego a casa, en cuanto entro me pongo los auriculares, sintonizo una nueva radio, evangélica, metal puro con letras religiosas, el movimiento es el de siempre, me encierro en

mi habitación a fumar y traducir algunos capítulos más de la obra de Ratliff, decido guardar el rompecabezas de los veletos, algunas palabras sueltas me pasan por la mente, "atrapada" "trampero", guardo casi pieza por pieza, teniendo el cuidado de no perder ninguna, pienso en los beneficios mentales de armar rompecabezas, uno ejercita la memoria visual, mejora la observación, comprensión y organización de los elementos, ayuda a la atención y concentración y ni hablar de la sensación de satisfacción al empezar y al finalizar uno, pienso ahora en la traducción como un buen ejercicio.

Acomodo el manuscrito en el escritorio y mi Block de notas para traducir, soy totalmente libre, nada me obliga a ser literal y rigurosa, quizás logre otro libro con mi interpretación, una obra extraordinaria salida de una mala traducción del inglés, sería tan extraño como utilizar la ironía para decir algo bueno, nadie lo espera, la ironía tiene el karma de siempre ser usada para descalificar, releo y lo transcribo en mi Block, no tengo la costumbre de utilizar la computadora, prefiero la manuscrita, traduzco un párrafo donde aparece un nuevo personaje, Mr. Death desarrolla el pensamiento analógico, le parece el mejor modo de expresar la inteligencia de una persona, el atar cabos, el relacionar cosas entre sí, las conexiones, aunque la mayoría parezcan inútiles en verdad están creando para nosotros un sistema de comprensión más amplio, las ideas relacionadas no se olvidan nunca, las aisladas se pierden, el personaje es algo oscuro, siniestro e introvertido, saca temas evitando su presentación, el resto de los personajes lo percibe y desconfía, es el más joven de los tres, de a poco se va haciendo adolescente, se nota la diferencia de edad con los otros que también rejuvenecen pero aún son adultos, Tony, el operador de la radio prefiere ser directo y le pregunta su nombre, Mr. Death evasivo cuenta la historia de un viejo, después de ocho años en cama, sufriendo dolores

provocados por un cáncer, por un momento pierdo el hilo de la narración.

Block de notas

La antropología forense se encarga de la identificación de restos humanos esqueletizados. También puede determinar, en el caso de que hayan dejado marcas sobre los huesos, las causas de la muerte, para tratar de reconstruir la mecánica de hechos y la mecánica de lesiones. También puede aportar elementos sobre la conducta del victimario por medio de indicios dejados en el lugar de los hechos y el tratamiento perimortem y posmortem dado a la víctima.

Tengo nuevas anotaciones del cementerio del distrito 3, de los trabajos del equipo de antropología, la búsqueda durará al menos 10 días, he cruzado un par de miradas con Juan Martín, el chico de los zapatos foráneos, definitivamente no era de Salinas, pertenece al equipo de Buenos Aires, no hablamos ni una palabra pero me cae bastante bien a seguir mis prejuicios, como a la ironía yo también utilizo los prejuicios de manera positiva, más de una vez me facilitan amistades, no solo sirven para discriminar.

Capítulo veintiuno

Despierto con su respiración de ardilla agitada. Victoria tiene sueños intranquilos. No la despierto. La observo pelear con algo o alguien. Perseguirá en sueños una bellota para guardar en su árbol. Lo primero siempre es tomar agua. Fría. Llego a la heladera. Preparo el desayuno. Mantel a cuadros, tazas cuadradas, pequeño vaso para el jugo de naranja. Victoria aparece desnuda. Quiere bañarse. Me invita con la mirada. La sigo. El agua es tibia, perfecta. Su piel unida al jabón perfumado. Me encanta. Me pongo de rodillas. Me acaricia la cabeza con una mano. Con la otra empuja los azulejos. Tiene el cabello larguísimo. Lo lavamos. Me gusta tanto el agua. Siento que podríamos ser más. Tres. Cuatro. Juntos.

Nos sentamos a desayunar. Entra la luz por la ventana. Finalmente me pregunta. Que soy. Que hago. Comerciante. Llevo el negocio familiar. Elijo la peor raza. Sé que al hacer tal declaración comienzo a separarla de mi vida. Es joven y agradable. Pero definitivamente una ardilla normal. Después la dosis de verdad en la mentira. Ha visto el armario plegable, las plantas. Hablamos de eso. Porque yo también soy eso. Para cuando está contando algo de su vida descubro que eso maravilloso que tiene su piel y su forma de caminar desnuda equilibra la vida aburrida de persona ordinaria que lleva. Si termina la facultad. Si viaja. Si la familia. Si tener hijos. Supongo que es un gaje del oficio. La vida de los demás, aburrida y dentro de la ley. No se me ocurre mejor compañera que una estafadora de guante blanco o una dealerie o una prostituta. Ellas

entenderían el mundo paralelo en que vivo.

He pensado en Suiza. En viajar y ejercer allá. Tengo todo. Pasaporte. Nacionalidad. Aunque yo mismo tengo mucho de suizo, la suicez me irrita un poco. A quién no. Por eso pienso en Brasil. Lo opuesto a Suiza. Me gustaría conocer a otros como yo. Trato de imaginar la puesta en escena de ese momento allá. Entre formas legales. La relación con la familia. Normas de seguridad que impiden la empatía. Camillas, ropa de hospital, una última visión del mundo en forma de varios tubos fluorescentes que se apagan en la sala de un hospital. Horrible. A veces creo que la vida clandestina es bendición.

Será esa la forma adecuada de este oficio. La clandestina.

Victoria encuentra el libro de Leopoldo Tasch. Ha sido su profesor de alguna materia bien difusa. Semiología. Teoría de la Comunicación. Elogia su escritura y sus ideas. Se muestra atrapada por el brillo mediocre de la clase académica. No ardilla, no subas a ese árbol. Me contengo. No me entristece no poder decir nada. No poder decir todo. Victoria lee. Es una metáfora sobre las corporaciones internacionales, sobre las invasiones de capitales en los 90.

Está tan equivocada que casi acierta. A Steve Ratliff, el verdadero autor de esos textos, ateo y pesimista, le encantaría seguir la trama que han tomado sus manuscritos. Interpretados por un minúsculo grupo de izquierdas, de un país al sur del planeta. Ahora comprendo o recuerdo que hay una respuesta que necesito y no he buscado. ¿Cómo ha conseguido Leopoldo E. Tasch los manuscritos de Ratliff?. Me atrevo a imaginarlo todo. Todas las posibilidades. Quizás haya sido Steve R mismo quien ha copia-

do y distribuido su obra por el mundo. No reconozco mi rol en esta trama.

Nuevamente le miento con la verdad. Tengo que trabajar. Me inyecto frente al espejo del baño. Salimos. La plaza Estocolmo es mi patio. Es día de semana, el último. Hay un tránsito de personas inmersas en sus tareas cotidianas. Todos coordinados de una forma sutil. Somos un grupo los que estamos fuera de esa rutina. Una pareja de gansos turistas. Un viejo caracol. Nos instalamos bajo una especie de sauce, frente al monumento de los Sis-mógrafos.

Me pongo en sintonía de búsqueda leve.

Regla N°7: No debe pasar más de un mes entre paciente y paciente.

Por mí y por ellos. Me siento como un médico en medio de la catástrofe. Todos me necesitan. La ardilla descansa al sol en silencio. Enciendo un finísimo cilindro de Dutch Dragon. Preciso ese colocón híbrido. Esta variedad tiene un componente llamado THCV que induce a la introspección. Busco eso. El exceso en la introspección. Le paso. La noche anterior. La mañana juntos en la ducha. Todo indica la excepción. Un comportamiento excepcional inaugura una cadena de hechos excepcionales. Por eso estamos seguros ahí. Impunes. Pertenece a algo distinto. Podemos estar ahí sentados fumando en la plaza como consecuencia de todo lo que hemos hecho antes. El aroma seco y la introspección excesiva me predispondrán a ser profundo en mi observación. Un día de observación pura. Soy una cámara. Soy invisible. Si no hablo soy invisible.

Me despido de Victoria que ha quedado muda. Ape-

nas puede intercambiar unas palabras cuando se encuentra con una amiga conejoidal. Camino aleatoriamente. Brutalmente perdido. Me rodea la montaña. Mi camino parece determinado por obras a medio construir. Por veredas invadidas de arena. Salinas parece crecer. Como un adolescente. Mal y a los tumbos. Con absoluta falta de equilibrio. Hay edificios con pretensiones lujosas que alcanzan el estado contrario. De una vulgaridad indecible. Me recuerda a cierta parte de España, invadida por turistas y sus edificios de paredes finas. La falsa imponencia en las fachadas esconde los materiales ordinarios y de mala calidad.

Una brisa leve y helada, justo como me gusta, precede un encuentro fortuito. Es una aparición fugaz. Desde el interior de un Vivero y Jardinería sale un hombre muy viejo. Es una tortuga y va envuelto en aroma a tierra húmeda. Lleva un sombrero de fieltro, un bastón perfecto en una mano y una bolsa con perlita en la otra. La perlita es un sustrato que se usa en el cultivo de interior y en el cultivo en general. Pesa como el telgopor. Luego descubriré que el bastón tiene un mango exquisito. Camina lento. Lo sigo. Lo ayudo a cruzar una calle. Apenas puedo hablar. Lo observo entrar a una casa. Doy una vuelta. Me acerco. He notado antes un resplandor peculiar. Algo que me recuerda a la luz del sodio. Al asomarme por la ventana quedo estático por unos segundos. Incapaz de controlar lo que ven mis ojos.

Es la pared más maravillosa que vi en mi vida.

Capítulo veintidós

Estoy en el cementerio del distrito 3, el sol del otoño pega sobre los mausoleos y las tumbas de cemento se calientan, el sol, la tierra, la tarea, la gente, grupos y organizaciones afuera reclaman su presencia en las excavaciones, gendarmes en toda la circunferencia, el fotógrafo Diego cerca, el chico de los zapatos foráneos me mira justo cuando yo dirijo la mirada a un gendarme alto y morrocho, me avergüenzo un poco pero finjo, tengo mucho dolor de cabeza y me siento mal, una chica del equipo de Buenos Aires me pide mi Block de notas para escribir una serie de cosas, me indigno, se lo presto de muy mala gana, no sin antes preguntarle si le puedo alcanzar el suyo, me niega con la cabeza, lo ha olvidado en el hotel, me indigno porque mi block de notas es prácticamente un diario para mí, ahí hay muchas más cosas de las reglamentarias del trabajo y de los detalles de las pericias, en casa tengo una colección de block divididos en años, a veces he utilizado hasta siete en un mismo ciclo, algunas hojas están destinadas a mis conflictos personales, muy formal, sin confesiones pero privado.

Corre un viento que anuncia tormenta, los cipreses del cementerio silban provocando un sonido funesto, recuerdo la historia, son árboles altos y en punta porque los antiguos creían que así ayudaban a guiar las almas al cielo, por eso están en los cementerios, pero no tuvieron en cuenta el sonido que producen cuando sopla el viento y mueve sus ramas, un silbido abrumador y tétrico, ¿O el sonido se volvió tétrico por escucharlo en los cementerios? Termina el trabajo por hoy, todos a sus casas, me

acercó al chico de los zapatos foráneos en silencio, no sé porque mal impulso le pregunto si quiere ir a tomar algo, me arrepiento inmediatamente y creo que él también de acceder.

Caminamos unas cuadras, pronto llegamos a la esquina de Grot y Aballay, la calle de los bares, pero apenas son las 5 de la tarde, no hay ninguno abierto, la situación es más incomoda que excitante, hay cosas que no suceden solo por ser de día, finalmente encontramos un café abierto y decidimos tomar un submarino, lo menos erótico del mundo, igual lo terminamos y él decide por mí, o por los dos, ir a un hotel alojamiento, detrás de los bares hay varios, no he ido nunca a ninguno, pero resuelvo rápidamente mirar la fachada y elegir de acuerdo a eso o por el nombre, pasamos por Viridiano, La reina de la noche y Severine, no se ven muy confortables, estuvimos de acuerdo, entramos al Duncan Jones, el frente de la casa antigua de adobe está muy bien cuidado, las paredes exteriores son bordo, el pasillo esta alfombrado, no me da la sensación de muy limpio, tengo cierta aversión a las alfombras, me distraigo mientras él hace todo, me encantan los acuerdos machistas de este tipo, arregla todo y nos dan la llave de una habitación, tenemos tres horas, no he tenido relaciones en más o menos un año y esta situación no me estimula mucho, un poco sin ganas me arrodillo, él me toma la cabeza suavemente, en ningún momento nos besamos, todo lo demás transcurrió fluidamente y estuvo, a pesar de mi escepticismo del principio, bastante bien.

Me siento relajada, me visto prontamente, me avergüenza la desnudez absoluta, pienso en prender un cigarrillo y dudo si se podrá fumar aquí, mi odio por las

alfombras también es por eso, son un peligro, igual me relajo, en un lugar como así casi nada está prohibido, durante este tiempo hablando y teniendo relaciones con Juan Martín nunca me ha mirado a los ojos, lo he notado un hombre suave, no me gustan así, por lo general son aburridos, muy cortés pero también insensible, no ha dicho nada mínimamente romántico, ni un mínimo elogio para mí, no sé si lo merezco pero podría intentarlo.

De camino a casa decido dejar las traducciones un poco, hoy no tengo ganas y pienso en rompecabezas verdaderos, decido comprar uno para empezar, necesito un nuevo Eugen Recont, compro uno, evito ver el motivo de la caja, para eso le pido al vendedor, muy predispuesto, que elija el dibujo más difícil, el de más piezas y pegue un papel cubriendo el total de la tapa, me mira extrañado pero parece apasionarle mi pedido, quizás el también arme y sepa de que estoy hablando, indago ¿vos también armas rompecabezas? no, me gustan los desafíos, ayudar al cliente, todo él termina en punta, un rostro de porcelana o cera que me mira sonriente.

Me vuelvo verborrágica, entonces le cuento, en su origen los rompecabezas no solo eran una entretención sino también una tarea artística de las altas sociedades, no incluían una imagen de guía, ese era el verdadero atractivo, develar poco a poco la obra de arte oculta, una obra de arte a la que, una vez resuelto el rompecabezas, le habían prestado tanta atención que dejaba conocer hasta sus más recónditos detalles, yo disfruto particularmente de los comienzos, cuando la mente empieza a construir de la nada, pero también entiendo el sentido de la obra terminada como apasionante, la observación del objeto final, acabado y muy conocido.

Salgo después de mi lección sobre rompecabezas al hombre puntudo, de pronto me asaltan imágenes de la tarde, sufro de una excitación pos coito mayor a la del momento, como será mañana con Juan Martín, me intriga como será nuestra relación de ahora en más, nunca había tenido sexo con un desconocido, si bien Juan Martín no lo es del todo, mis anteriores relaciones (no más de dos) siempre habían sido amigos, con los que terminó pasando algo más por experimentación y tensión que por amor o pasión.

Capítulo veintitrés

El mango del bastón es genial, aunque se pierde entre todo lo otro que hay en la habitación. Es de origen africano. El marfil imita la figura de un pato. Rodeado de objetos menos preciosos se vería mejor. En la casa de la tortuga que he perseguido desde el Vivero y Jardinería también hay un reloj Cucú de principio de siglo veinte. Si se lo observa con precisión una de las figuras femeninas, una flautista, tiene una cruz esvástica dibujada en un brazo. No hay láminas, las pinturas son originales. Una alfombra persa infinita. Ha recorrido el mundo. Y de cada sitio ha traído un objeto justo. Roma. Moscú. Ámsterdam. Río. El mundo está ahí. Y por supuesto la colección maravillosa que adorna la pared.

Luego de algunos días de averiguaciones descubro que el viejo tortuga se llama Daniel G. Tiene 89 años y vive solo. Lo visita una chica joven, luego sabré que es la sobrina. Los he visto pelear ayer. El anciano sale todas las tardes. Toma un café en cierto bar. Luego se sienta junto a otros en la plaza Ámsterdam. Entre las mesas con tablero de ajedrez. No juegan. Apenas charlan.

Una tarde envuelto en la gracia sociable y el carácter extrovertido que otorgan dos medidas de Mr. Buggle me presento en la plaza. Estoy anotando los nombres de cada árbol en mi libreta Moleskine. Quiero hacer bonsáis.

La pared más maravillosa que he visto en casa de Daniel G está cubierta por una colección de árboles bonsáis iluminados por tubos fluorescentes. Cuando la tortuga

me descubre ahí, anotando nombres de árboles, no puede evitar intervenir. Me explica, me cuenta que a él también le apasiona el bonsái. Nos frecuentaremos durante unos días. Una tarde vamos a su casa y veo la colección en vivo y en directo.

Lo que descubro cuando hecho una mirada de cerca marca un antes y después para mí. No llevo una vida ordinaria, por lo tanto me es imposible concebir lo extraordinario. Veo el quinto bonsái en medio de la pared y adivino que esa existencia es la confirmación de una serie de excepciones. Que llevará a otras peores quizás. A la pérdida del ritual original.

Daniel G vive en una casa antigua y vacía. No hay marcas de abandono. Alguien se encarga del mantenimiento y la limpieza. Tiene nueve bonsáis de diferentes edades y especies. Están ordenados contra la pared, en líneas y columnas de a tres. Al principio me sorprende la inmediatez de la miniaturización. Un ombú (*Phytolacca dioica*). Un pino (*Pinaceae Pinus*). Un arrayán (*Myrtus Communis*). Cuando focalizo la atención no lo puedo creer. Veo una pequeña placa en el árbol del centro:

Reino: Plantae / División: Magnoliophyta / Clase: Magnoliopsida / Orden: Rosales / Familia: Cannabaceae / Género: Cannabis / Especie: Sativa.

Un bonsái de marihuana.

Cuando le expreso mi admiración por el ejemplar admite que es su orgullo. Que nadie ha visto antes un bonsái así. De ese tipo. En cierto punto esta actividad se transforma en ese desafío. Volver miniatura cualquier especie. Cualquier ser vivo si fuera posible. Explica: el

secreto es conseguir un ejemplar monoico. Hermafrodita. Representan el equilibrio justo. Pregunto si la ley no está en su contra. Lo que está prohibido son los estupefacientes, dice. No la planta. Los estupefacientes. Larga una definición: todo fármaco que modifica las funciones cerebrales provocando estupor. Silencio. A mí ese bonsái me produce estupor, digo. Sonríe el viejo. Se transforma en más tortuga que nunca. Mi animal favorito. Yo soy médico, dice después. Y todo vuelve a cambiar.

Siempre supe que llegaría el momento de enfrentar a un médico. A uno que ha jurado hacer lo contrario que yo. Cuando comienzo a dudar de mi elección Daniel G se deja caer en un sillón. Suspira. Y lo dice. No con palabras. Con el cuerpo. Está cansado de vivir. Me necesita. Lo miro. Miro su maravilloso bonsái.

Le ofrezco dinero por sus servicios. Algo a cambio. Se ofende. Acepta enseñarme los secretos del arte bonsái a cambio de compañía.

La tortuga no lo sabe.

Doy la bienvenida a mi paciente N° 59.

Capítulo veinticuatro

Cuando entro a casa me encuentro en la puerta a Cabe, esta vestido para salir, peinado para el costado como un niño bueno, Mamá me aclara que tiene un acto en la escuela, nadie lo puede llevar pero él se ha arreglado igual, me da tanta ternura, tantas ganas de llorar, sin pensarlo un segundo lo tomo de la mano y me voy con él.

Llegamos a la escuela, está todo adornado, festejan el día de la independencia y algunos niños presentan una obra de teatro, me pregunto y le pregunto a Cabe en vano porqué él no actúa, no lo sabe ni yo lo sabré, es una escuela especial para chicos con dificultades en el aprendizaje, pero se mezclan también problemas motrices, representan un pequeña obra para los padres, sobre todo para ellos, en el primer acto un niño vestido de soldado rueda por el piso mientras otro le salta por arriba, cuentan la historia de las guerras de independencia de nuestro país, continúa una serie variada de episodios, no necesariamente hay una unidad narrativa, una vez en el último acto una niña vestida de marciano dice palabras indecifrables, lloro de ternura, de impotencia, los niños y los problemas no deberían unirse nunca, pero ahí están expuestos y orgullosos, cuando termina la obra descubro al niño soldado caminando con muletas y a la niña marciana hablando igual como un robot dentro del baño, perfecto de parte de las maestras, hacer todo un acto aprovechando las dificultades de cada alumno.

Nos dan un espacio para compartir con los niños, cada padre, madre o tutor (así nos llaman) debe hacer algu-

na actividad con su niño, miro a Cabesuti y por supuesto vamos a armar un rompecabezas, las salas están preparadas para todo tipo de juegos, la idea es compartir, por descuido las piezas están en una bolsa, no hay motivo para copiar, una pieza por vez, Cabe va separando los colores, yo separo las rectas, hay muchas verdes, muchas azules pero los tonos se van aclarando u oscureciendo de a partes, otro menor número de piezas son blancas, puedo conjeturar, tengo una sospecha, me abstraigo, continuo con el trabajo mecánico de clasificación, el mundo comienza a abrirse y a materializarse ante mí, mi mente comienza a trabajar en unir signos y símbolos, cada cosa habla de un mundo extenso al que pertenece inexorablemente, lo uno nos muestra lo múltiple de manera sutil, pero también nos hace saber todo lo que ignoramos, nos da la conciencia, vuelvo a la realidad, la fiesta terminó, Cab y yo somos los últimos en irnos, el rompecabezas queda a la mitad, concluyo, toda pérdida es el pretexto de un encuentro.

Volvemos a casa y antes de la esquina nos invade un olor, el olor, la habitación de la anciana, los ojos, una tranquilidad perceptible una señal hecha de lo inactivo, de lo inerte, los ojos, algo se bloquea en mi cabeza, no puedo retomar el hilo del pensamiento, se aparece la cara de Martín, Tía Julia, ancianos en la TV, la palabra "alcaloide" comienza a resonar desprevenidamente, aparece luego "cataplasma", sólo logré ver en la imaginación las dos caras, Mr. Ratliff y la anciana unidos por el mismo olor de a grosella.

Caigo vencida en la cama, cierro los ojos y se forman en mi retina dibujos de piezas de rompecabezas, miles de colores, me retiro al sueño, cuando logro abrir los ojos

estoy en el cementerio, las condiciones son las mismas, mucho viento, mucha tierra y los cipreses sonando, soy la encargada del equipo forense, yo mando, todos esperan de mí alguna orden y me llaman Jorgelina, la chica que me pidió el Block de notas está dentro de un pozo de aproximadamente tres metros de profundidad, arrodillada, me llama, veo a Juan Martín, la roza cuando tiene la oportunidad, la chica comienza a excavar con las manos y empieza a sacar piezas de rompecabezas, miles de piezas, yo me desespero caigo al pozo de rodillas y también excavo con las manos, desenterramos miles de piezas de miles de colores, le grito a todos que las ordenen por color, las del borde, no pierdan ninguna! siguen brotando y empieza a oscurecer, la gente se va y quedo sola, género terror, una pesadilla.

Tomo el subte, me deja lejos del cementerio, camino atravesando la Plaza Bucarest, miro las paredes y el suelo, todo está cubierto de grafitis, un grupo de adolescentes con patinetas pasan de un lado a otro, me siento rodeada, incómoda, algunos son bastante grandes para estar como niños jugando en la plaza, ruedan por las barandas y los canteros, unos con mucha destreza, otros caen al suelo de la plaza una y otra vez, nadie parece respetar al prócer ahí eternizado, yo aún no descubro quien es, camino hasta la calle Lazarrillo de Hermosilla, cuando llego al cementerio cruzamos miradas con Juan Martín, finjo no prestarle atención pero estoy atenta a ver con quien habla.

Me voy temprano contra mi voluntad, paso por la oficina y mi jefe me pide el informe sobre la anciana del asilo, estoy segura de haberlo hecho y entregado, entro a mis documentos en la vieja PC de la oficina, no está termina-

do, leo todo de nuevo para agregarle detalles y precisiones, imprimo dos copias en la impresora menos láser del mundo, me aturde apenas se corre el cartucho, el ruido es parecido al de la máquina de escribir tecleando todas las letras juntas, reviso mi Block de notas

Block de notas

UN PERITO ES UNA PERSONA DOCTA EN UNA MATERIA

Mis apuntes en una conferencia, recuerdo esa ponencia, la daba un perito criminalístico renombrado en el mundillo de la policía forense, yo tenía mucho entusiasmo, eran las primeras jornadas que se hacían en Salinas, se había hablado mucho de él y yo había estudiado todos sus libros en el transcurso de la carrera, cuando comenzó su discurso, una voz fina y suave revelo su zezeosidad, no lo podía creer, escucharlo era casi gracioso y más teniendo en cuenta los temas tratados, cadáverez, ezena del crimen, nozotroz loz peritoz no zomoz poliziaz, zomoz zientíficoz, a pesar de su zetismo me convenció, estaba en el lugar correcto, aquí terminaba yo con una estirpe de policías en la familia, afirmando que mi rebeldía era casi total.

Block de notas

INFORME POLA O....

Sitio del suceso original. Posición del cuerpo este-este. Decúbito dorsal. Extremidades extensora.. etc. No muestra heridas, ni marcas importantes. No se visualiza acumulación ni fijación del flujo sanguíneo, punción en extremidad superior derecha, área venosa...

Cuando releo el informe pienso otra vez, algo no está bien, he dejado afuera del informe información sobre el

estado del cadáver : “ojos venosos”, “pigmentación anómala de los dientes, color rojizo” me recuerda a Mr. Ratliff, sus ojos, el brazo, el olor, lo vuelvo a leer.

Capítulo veinticinco

Desde aquel día que nos conocimos en la plaza Ámsterdam comienzan mis visitas habituales a Daniel G. He descubierto un jardín circular perfecto en el centro de la casa. En el centro del jardín (y de la casa) hay una pequeña fuente. De ahí he obtenido el ejemplar de Estevia que ahora cultivo junto a los otros. Tiene un sabor más lento al comienzo y una duración más larga que el azúcar.

Mi enemigo el azúcar.

Hay falta de azúcar en los supermercados. Como antes faltó el agua cuando se supo del camión con químicos volcado sobre el río Erdosain.

Desde que endulzo mi té earl grey con la planta que me dio el médico/paciente nº 59 mis niveles de glucosa en sangre se han regulado y he mejorado bastante la digestión. Por primera vez temo ser víctima de una inversión de roles. Yo soy el paciente.

Corto unos gajos de Estevia para intentar clonarla. Uso el armario pequeño que encontré en la calle.

Nuestras charlas son siempre sobre plantas. El viejo ha optado por reducir el mundo entero a su representación botánica. De la que no excluye la política. Las trabas para la comercialización de la Estevia. Las etiquetas de advertencia que deberían llevar los edulcorantes (tan cancerígenos como el tabaco industrial). Cultiva todo. Tiene plantas de tabaco de tres clases. Tiene té. Mate cocido.

Jengibre. Ajenjo. Fuma en pipas tan maravillosas como sus bastones. Con incrustaciones algunas. Coloridas. Por primera vez en años siento la necesidad de establecerme. De juntar cosas y exhibirlas. De tener objetos.

Quiero ser mis objetos.

Aunque sea solo para mí. Si existiera mi oficio, si tuviera lo que se llama una práctica, Daniel G representaría un caso/desafío. De esos que se siguen por el placer mismo de la acción. El caso es el fin. Hemos estrechado vínculos. Comienza el intenso proceso de simbiosis.

Es real que la percepción del tiempo cambia con la edad. Para alguien con doce años un minuto dura cinco minutos. Y cinco minutos duran meses para el anciano.

Compartimos tiempo. Han nacido dos semillas. Ahora junto a la Wonder Woman de cuatro hojas hay una semilla negra con un pequeño brote de Love Poison. La Moby Dick se niega a nacer. No uso teléfono celular. Uso contestador. Mensaje de la ardilla Victoria. Mensaje de Lemma. Una golondrina de origen español que estaría pasando por Salinas de camino a Chile en unos días. Viene de Abu Dhabi. Suele traer semillas y costumbres nuevas. La última vez nos juntamos en Santiago de Chile dos años atrás. Un mensaje de mi hermana Sabrina. Sabe que estoy acá. Esa siempre sabe. Todo. Huele todo. Me deja mensajes al azar. Como botellas al mar. Eso nos une.

Casi me ajusto a una rutina. Despierto a veces acompañado por la ardilla. Desayuno con el ritual. Nos bañamos. Su piel y el agua, el deseo de ser más. Camino hasta la casa de Daniel G. Plantamos. Hablamos. Leo. Le dedico mucho tiempo. Es un caso excepcional. Aprendo.

Su casa registra cierto desorden que ha crecido paulatinamente. Como si los sirvientes ya hubieran abandonado el barco. Él me enseña los rudimentos del arte del bonsái y me cuenta. Sobre sus días de médico. Sus años detrás de un escritorio en el Ayuntamiento. La epifanía. Luego los viajes. Los sitios exóticos permiten comportamientos nuevos. Río en los años 60. Nueva York en los '70. Algún libro que escribió. Premios. Soy un villano que observa en silencio mientras se forma el superhéroe que lo destruirá. En un segundo plano el bonsái Cannabaceae Cannabis. Refulge.

El tema llega solo. Una tarde de tormenta. Tiene: tenazas de jin, vaciadora fina y gruesa, tenazas cóncavas, paletas, cepillo de cobre y cepillo de coco, dobladores de tronco, tijeras de poda fina, de hojas, cortalambres. Soy un hombre de anteojos, nunca imaginé tantas posibilidades en una tijera. Daniel G está liberando las raíces del pino con un pequeño rastrillo. Lo llaman limitación del esfuerzo terapéutico. El médico decide por su propia parte si el paciente debe morir o no. Y provocar su muerte, rápida y sin dolor. Pienso: estoy entonces ante un colega. Él sigue podando el pino. No se asombra de mi falta de asombro. Le pregunto por el método que se utiliza en tales ocasiones. Se detiene unos segundos. Y continúa en silencio. Lo que no quiere no lo responde. Es así a veces. Con él se es rehén del dialogo. Del otro. Prepara todo para trabajar en las raíces del arrayán. De golpe dice: mors repentina et provisiva mala mors. La muerte repentina es una muerte mala. Se precisa estar plenamente consciente. Para despedirse, para poder presentarse en el más allá con un claro conocimiento del fin de la vida. Entiendo. Tiene en la pared que enfrenta a los bonsáis una cruz de bronce enorme. Libranos Señor de la Muerte Repentina.

Me señala un rincón. Hay un tocadiscos de madera. Busco entre los discos. Saco uno. Nuevo casi. Cubierto de polvo. La voz hermosa de Sara V.

Poda el bonsái central. El secreto es impedir que florezca. Mantener un justo equilibrio entre la parte femenina y la parte masculina de la Cannabis. De todos los bonsáis que tengo este es el que más representa un Universo. En once años de vida nunca lo ha hecho. Nunca ha florecido. Eso la mantiene con vida. La negación de la sustancia. La muerte por omisión. Si florezco muero. Si la abeja pica muere. Pero también es. Si me inyecto vivo. Me pregunta por la Estevia. Como si fuera alguien la planta. La recomendación para personas con dietas bajas en carbohidratos. Suena senil y muy acertado.

Afuera se oyen truenos. Las tormentas arrecian extrañas en Salinas. Encerradas por la cercanía de la montaña se transforman en bolas de nieve descendientes. Hay en la ciudad un diseño específico para cuando eso ocurre. Diversas formas de canales recorren los senderos y veredas. Se juntan en pequeños lagos geométricos en el centro de cada una de las plazas, en cada distrito. Desde cada lago surgen los canales hacia las otras plazas. Esperan el agua, que acaso por eso llega. Es nuestro método: construiremos canales para lograr la lluvia. También cae granizo. Pequeñas piedras primero, más peligrosas después. Todo se llena de ruido y caos. Suenan las alarmas. Frenadas de autos. La luz que desaparece por unos segundos. Se enciende un equipo de emergencia que deja la casa en penumbras blancas. La pared maravillosa queda negra. El Dr. Daniel G se queda con una tijera quieta en el aire y sosteniendo una hoja cortada con la otra. Pierde el equilibrio. Se deja caer. Yace en el piso

un tanto agitado. Hay relámpagos. Me acerco. Me toma del brazo y sonríe. Su sonrisa de tortuga me tranquiliza siempre. Lo llevo hasta su cama. Ahí se queda un tiempo. Usa la poca fuerza que tiene para hacerme jurar que no llamaré por teléfono a nadie hasta que él me autorice. Ni familia. Ni médicos. Tiene una especie de aversión por los doctores.

Permanecemos juntos entre la penumbra blanca. Busco en el bolso. Su agitación es pausada y tibia. Respira. Me pregunto si la mente tiene tiempo de remontarse hasta algún recuerdo en momentos como este. Y si no es precisamente eso lo que mantiene el aliento, la organización del cuerpo. El Dr. Daniel G se muestra lúcido con respecto a su situación. Sabe perfectamente que está al borde de la desorganización simultánea de los órganos, del cuerpo. Por momentos es una fina línea mágica, una voluntad del cuerpo la que decide permanecer.

Sigo revisando en mi bolso. Afuera cae el granizo que destruirá viñedos y árboles frutales. Se perderán cosechas en manos de misma naturaleza. La luz flasheada de los relámpagos marca un pulso en la situación. Aparece fantasmal la sombra del bonsái de Cannabis. Es un objeto imposible. Como una cadena montañosa de oro. Busco en el bolso. Soy una persona muy organizada y tengo un botiquín para las situaciones inesperadas. Siempre guardo botiquines. Envueltos en un papelillo frutado unos gramos de Opium metidos en la medida más pequeña de Ziploc. Tres por cuatro centímetros. Es la medida justa de la crisis. Todo se mide. La opium induce mejor que ninguna al famoso estado benjaminiano de congoja y melancolía.

Uso una de sus pipas. Es de madera negra, tiene incrustadas pequeñas piedras azules. Reconozco el aroma frutado tropical de la Opium. Reduce la paranoia, mejora el sopor. El Dr. Daniel G me pide con los ojos. Le paso. El humo es el elemento que faltaba a la escenografía expresionista que representamos ahí. Quizás algún gato oscuro sobre un mueble. Muebles de madera con patas de animales. Una bañera con patas de león.

Debo actuar.

No actuar también es actuar.

Capítulo veintiséis

Termina un día más de trabajo en el cementerio con el equipo forense, tierra, restos, algunos representantes de organizaciones ahora desde dentro miran nuestro trabajo, otra vez nos hemos mirado con Juan Martín pero ninguno dice nada, camino a casa comienza un viento repentino y brusco, estoy muy desabrigada, voy cruzando la plaza Bucarest, ahora la estatua del prócer está pintada totalmente de negro, da la sensación de ser una sombra, cada vez menos reconocible o reconocido, las luces de la plaza se cortan, comienza a llover torrencialmente, corro hacia el refugio más próximo, el bar Velma Kelly, para protegerme, el sonido del granizo me ensordece, entro de pronto agitada y mojada, el bar es oscuro tiene sólo una gran ventana y una parte subterránea, elijo mirar la lluvia desde mi mesa, la moza del lugar me ofrece la carta y las dos nos quedamos mirando hacia la calle, pasa gente corriendo, autos detenidos en medio de la paso, una especie de caos repentino, algunos gritos, miro a la moza y me sonrío, utiliza la palabra tremendo para hablar del tiempo, es linda, algo común, noto uno de sus dientes delanteros gris, deduzco que tuvo un diente de lata en la niñez, debe haber sido difícil, el cabello rizado y desordenado, en la adolescencia su escote la debe haber salvado.

No puedo dejar de mirarla, no sé si me gusta o solo quisiera ser como ella, o una mezcla de ambas, quizás aprecio mucho más la belleza de las mujeres que la de los hombres, estamos visualmente acostumbrados a mirar mujeres, en televisión, revistas, internet, publicidad, esta sociedad, sin saberlo, esta incentivando constantemente el lesbianismo.

La tormenta no para, miro hipnotizada hacia la calle, las gotas chocando contra el asfalto, algunos refucilos, corte de luz en la plaza, todo se volvió gris en tan sólo unos minutos, la moza se sincera, sólo hay una mesa ocupada por un hombre mayor con su pedido, me trae el mío y aprovecha a sentarse, mi mesa es la mejor para mirar hacia la calle, las dos miramos mudas, pronto una conversación fluida y relajada nos envuelve, en este momento insignificante nos hacemos amigas, la espero para irnos juntas cuando pase la lluvia, Paula ya cumplió su horario y yo voy de vuelta a casa, caminamos varias cuerdas con los restos de lluvia, muy leve pero punzante, las luces ahora cortadas en todo Salinas, caminamos, enciendo un cigarrillo y ella otro, no tenemos mucho rumbo, sabemos que ambas vivimos en el distrito 8 y posiblemente la inercia nos guíe hasta nuestras casas, me siento bien en su compañía, Paula parece una persona divertida, la lluvia, el día gris y la tormenta me han animado y lo necesitaba, una sensación extraña mezcla de ansiedad y optimismo me hace creer que todo puede ir mejor, Paula me cuenta un poco su vida, además de moza hace esculturas miniatura de fósforos y arroz, me río, ella confirma su arte como algo serio, prometo mostrarme alguna de sus obras, provocan una extraña satisfacción visual las cosas en miniatura, una fascinación de la que pocos escapan ¿A que responderá ese encanto? Paula me relata la historia de la escultura más pequeña del mundo, hecha por un taiwanés, es un tigre y tiene la décima parte del tamaño de un grano de arroz, esta sostenido sobre el ojo de una aguja y es apenas perceptible, ella comenzó a tomar clases de yoga y a manejar su respiración después de ver un video donde el taiwanés afirma que el secreto es manejar la respiración para controlar el pulso y poder pulir, después me cuenta sobre la cantidad de páginas en Internet donde se muestran esculturas pequeñas,

en realidad algunas son fotos trucadas, photoshopeadas y arruinan el verdadero desarrollo del arte miniatura, me quedo sorprendida, primero por descubrir un mundo alrededor de la pequeñez y segundo por descubrir que todo mundo, por ser tal, tiene sus conflictos y polémicas.

Vuelvo a casa y de pasada por la puerta de la habitación de Martín me detengo, apago mi mp3 de voces desconocida, solo miro a Martín, esta verde y lamentándose, casi no abre los ojos, su gordura y el dolor los mantienen casi cerrados, me siento en la cama, tomo su mano grande y gorda y en silencio imagino su muerte, en dos segundos salto de la cama arrepentida.

Continúo mi traducción de la obra de Mr. Ratliff, el nuevo capítulo incluye a una mujer vidente, llega al sitio donde están los otros tres, capto un romance, imagino las sutilezas porque mi traducción es bastante rudimentaria, ahí están entonces Tony, el dueño de la radio, la mujer papá Noel, Mr. Death y la vidente invertida, el género teatral es extraño, omite muchas explicaciones, siempre un poco surrealista, no lo he soñado nunca así, los personajes parecen estar encerrados pero aún no descifro el lugar o la situación que los atrapa, quizás un espacio creado para la espera como dice el título, una especie de purgatorio pero en verdad esperan volver a la vida, algo como el eterno retorno, y aunque se hable de lo pasado luego olvidan como lidiar con el futuro, ¿qué mente perversa imagina algo como eso? los personajes pierden de a poco la memoria, las reflexiones durante la espera comienzan a borrarse, ellos rejuvenecen y olvidan, esperaron para olvidar lo que descubrieron en la espera, me duermo sin terminar.

Me despierto de buen humor, desayuno, miro el diario, veo clasificados y de pronto tengo una idea, alquiler de departamentos, hablaré con Paula si la encuentro en el café para ver si le interesa la propuesta, quizás podamos alquilar juntas y compartir los gastos, lo hablaré con Mamá cuando sea el momento y tenga todo en marcha, tengo el dinero suficiente por mes y la necesidad escandalosa de hacerlo, comienzo a imaginar la vida en una casa silenciosa, elegir el papel higiénico, la comida, las cortinas, el desodorante de ambiente y antes de ir de compras preguntarle a Paula el tipo de arroz necesario para sus esculturas, seguro tiene uno preferido o hay uno mejor para trabajar el pulido, ¿el grano largo será demasiado fácil para ella? ¿el arroz integral se desarmará? nunca había pensado tanto en arroz.

Hoy también amaneció nublado, las excavaciones se han suspendido nuevamente por el temporal, habrá que esperar mejoras, difícil en esta época del año, camino hasta el puente del río Erdosain, justo en el medio me detengo, miro hipnotizada como corre el agua por debajo, pasa un barco cargado con basura, me interrumpe un mendigo perseguido por cuatro perros, algunos me ladran, el mendigo me advierte sobre mirar el agua fijamente, el río te traga, sigue su camino anunciando mi caída con balbuceos, algo de razón debe tener, pierdo el equilibrio.

Paso por el bar Velma Kelly a buscar a Paula, pego la nariz en el vidrio, la veo con una bandeja llena de copas, sonríe desde adentro cuando advierte mi presencia, sale y me pide que la espere, lo haré enfrente fumando un cigarrillo, es tan simpática, uno se enamora de sus amigos, mis amigas serían las chicas con las que, de ser hombre, tendría amoríos, el límite es delgado pero cierto.

Capítulo veintisiete

Puedo ver en la oscuridad durante segundos. Durante el transcurso de cada relámpago. Puedo ver los muebles antiguos. Las lámparas inútiles. Fotos de cada momento. Veo las cosas como se me presentan y trato de retenerlas en la memoria. Tener ese recuerdo durante unos segundos, mientras dura la oscuridad. Hasta que estalla un nuevo relámpago y puedo tratar de retener una nueva imagen de la habitación. Perfectamente igual a la anterior. Eso es el orden.

La memoria es el tres por ciento de la experiencia.

La luz sigue ausente en toda la ciudad de Salinas. Presiento que eventos extraordinarios comienzan a desencadenarse. El cambio de paisaje promueve los otros cambios. En los ánimos. En las rutinas. Cambios que se enlazan a otros cambios. La excepción. La vista entumecida. Los demás sentidos potenciados levemente. La oscuridad hace que mi presencia en la casa del Dr. Daniel G parezca sórdida y vergonzosa. Mis movimientos son lentos. Me oculto. Me pongo de pie. Doy una vuelta para estirar las piernas. Las imagino de lana. Por eso se estiran. Me desconozco en la oscuridad. Y además estoy un tanto perdido con respecto a otros pacientes. Me faltan todos los rituales. Han pasado unas horas y el Dr. Daniel G sigue en su cama. Que se ha transformado en un lecho. Recorro la casa toda. Buscando no sé qué. Lo encuentro. Entro a la habitación que fue su consultorio. Me gusta. No hay fotos bajo el vidrio del escritorio. Fotos de los niños y niñas de la familia. Los relámpagos que no ce-

san. Una balanza antigua me pesa. Setenta kilogramos. Siempre. Desde los 14 años igual. No hay diplomas. Ni certificados de algún curso con el dibujo de una bandera extranjera. Sólo hay una foto en la pared. Es un antiguo recorte periodístico. Está en portugués. Uso una linterna. Veo. Es 1959. Junto a un grupo de médicos brasileños un jovencísimo e irreconociblemente delgado Dr. Daniel G planta en el Jardín Botánico de Río de Janeiro tres ejemplares de Estevia. Un hombre reptil vestido formalmente le observa fijamente las manos en la tierra. El texto final dice: "... comienzan los estudios de las propiedades de la Stevia en los diversos laboratorios de Brasil y del resto mundo". Su historia con la Estevia es profusa.

Encuentro un baúl lleno de dispositivos médicos. Este hombre es el Rey de los Objetos. Un estetoscopio Laennec de antes de la guerra. Una jeringa de metal y vidrio labrada. Una caja de metal que guarda un manómetro tradicional, con columna de mercurio. Leo las recomendaciones. Scipione Riva-Rocci. Debo esperar cada relámpago.

"Para realizar la medida se recomienda que el sujeto permanezca relajado, en una habitación tranquila y con temperatura confortable" .

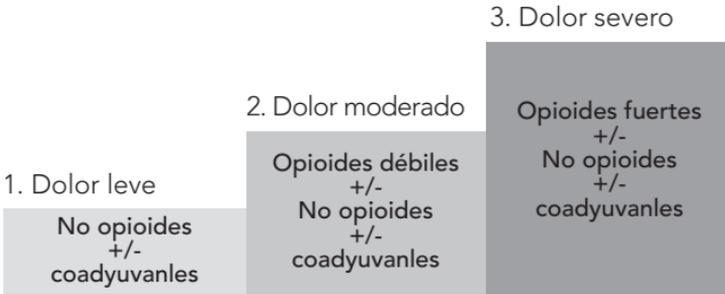
No dice nada de la luz. De la oscuridad. El mercurio refulge. Toco el objeto. Siento el brazaletes que rodea la piel. No sé si veo o imagino todos los otros brazos que pasaron por ahí. Lo uso. Tengo doce mínima y catorce máxima. Hay un aparato para medirse la glucemia. Un hemoglucotest como nunca antes he visto. De origen alemán. Debe ser anterior a los 70. Encuentro también algunas cintas y lancetas originales. El punzado también tiene su medida según el grosor de la piel. Diez para pieles du-

ras, uno para delgadas. Uso una medida promedio. Dejo que la lanceta se hunda en la piel de mi dedo índice. Es el pinchazo número mil millones que recibo. Pongo una gota de sangre en el tira reactiva. Espero los resultados. Tengo 160 ml/dl. Altísimo nivel de azúcar. En plena escasez de azúcar en la ciudad yo tengo el azúcar altísimo. No alcanzo a distinguir si es una señal cotidiana que debería llevarme a otros eventos. Pienso en Pola O. Quiero su habilidad. Me lleno de nervios. No hay nada peor que sentir las señales cotidianas y no poder interpretarlas. Y sé que eso empeora las cosas. Quiero irme a casa. Llegar a mis medicinas. Afuera cae granizo mezclado con agua. Voy al baño. La oscuridad es un desafío.

Sigo buscando. Encuentro el testamento vital del Dr. Daniel G. Lo leo en la oscuridad. Lo intento leer. Su Documento de Voluntades Anticipadas (DVA) expresa claramente los deseos del Doctor sobre los cuidados y tratamientos que prefiere recibir en el momento de la muerte. Tiene una letra desprolija y vivaz que dificulta la lectura. También se explaya sobre el destino del cuerpo y sus órganos. Vuelvo a la habitación junto al doctorpaciente. Parece sufrir una especie de trance. Transpira. Se aferra a las sábanas. Repite algunas palabras. Que me quede. Y que no llame a nadie. Se hunde en su caparazón. Fuma de la pipa negra.

Encuentro en el DVA la parte que me interesa. Instrucciones precisas de un hombre que ha pensado ya casi todo. Vuelvo al consultorio. Busco. Encuentro en una pequeña heladera una medida de Fentanilo. También un poco de morfina. Vuelvo a la habitación. El Doctor tiene los ojos abiertos y una expresión de terror. Se toma el estómago nuevamente. Me indica con la mirada. Reviso un

cajón en su mesa de luz. Hay cientos de pastillas. Tramadol, codeína, hidrocodona, vicodina, dicodin, oxicodona a dosis bajas, dextropropoxifeno, darvon, buprenorfina. Hay un frasquito de metadona vacío. Hay anestésicos locales, como Bupivacaína, Amida, Ropivacaína. Y otros medicamentos: Clonidina, Baclofeno, Ziconotide, Ketamina, Haloperidol, Midazolam, Neostigmina. Me señala eso para que yo pueda comprender. Todas esas sustancias indican una cosa. Hay una lámina con un dibujo:



Es un folleto de la Organización Mundial de la Salud que muestra la Escalera analgésica diseñada a fines de los años 80 (WHO's Pain Relief Ladder). Cada estadio del dolor merece determinado grado de analgesia. La lámina está llena de anotaciones con la letra del Doctor. Ha dividido el escalón central en dos nuevos. Ha traspasado los opioides fuertes al tercer escalón nuevo. Ha utilizado su experiencia para mejorar la terapia de alivio del dolor. Supongo un cáncer. Todas las pastillas que toma indican eso. De estómago o colon. Le hecho una mirada al cuerpo del viejo. Ahora se me aparece débil. A punto de entrar por ese portal en que se ilumina el gesto. En que la muerte es inminente.

El Doctor basa su ruptura del modelo de la escalera argumentando que los avances en el diagnóstico del dolor permiten saber si es somático (cualquier origen exceptuando el sistema nervioso central), neuropático (con origen en el sistema nervioso central) o dolor visceral (con invasión de tejidos y órganos de los distintos sistemas). Así aplicar la solución analgésica dependiendo del tipo de dolor y de su grado. Una terapéutica individualizada. Básicamente propone un tratamiento para cada dolor.

Porque existen tantos dolores como personas.

Cree firmemente en que se puede alcanzar una analgesia que supera la eficacia de la escalera analgésica clásica de la OMS y que estaría cercana al 99%.

Lo que nos dejaría con un 1% de dolor.

Observo las variaciones en la forma de la piel. En los ojos.

La expresión en su rostro no me parece de 1% de dolor.

Entiendo lo que sucede. Uno de los problemas en el tratamiento del dolor es la aparición de crisis de dolor. Alcanzar un nivel superior al dolor continuo o estable (basal). Requiere ser previsto y tratado específicamente.

El Doctor estira su mano. Me toma de la camisa. Se deja caer. No lo pienso un segundo. Le sonrío. He comprendido. Voy hasta su consultorio. Tomo la jeringa de metal y el Fentanilo. Uno el artefacto a la sustancia.

El doctor me ve entrar. No se sorprende. Entonces me doy cuenta de que esta vez, otra vez, como la primera vez,

alguien me ha elegido a mí. Y yo siempre voy a preferir eso. Ser elegido. Estoy convencido de eso. Su cuerpo es un amasijo incierto de múltiples tipos de dolor. Me dice algo. Con la mirada. Con un hilo de voz. Subo la manga de su camisa. Tiene un tatuaje de números. Un movimiento involuntario y espasmódico precede a la acción. Le inyecto. A medida que cierro el pulgar sobre el índice siento y casi puedo ver el dolor que se deshace. Deja al cuerpo tranquilo como un demonio que sale.

El Doctor Daniel G deja caer la cabeza suavemente sobre la almohada.

La lluvia abre las ventanas. Golpea y anuncia la mañana.

Segunda Parte

Las Acciones Desamparadas
Bienvenidos a La cadena
de excepciones

Capítulo veintiocho

Mientras paseamos por Salinas hablamos con Paula y está de acuerdo, comenzaremos una búsqueda minuciosa de departamentos, acordamos algunos requisitos, dos habitaciones, alejado de vecinos, un patiecito o un balcón, calculamos cuánto dinero necesitamos para vivir, estamos seguras de no ser expertas en administración, caminamos por la ciudad mirando carteles de alquiler, no hay muchos, en mi Block de notas escribo algunas direcciones y números de teléfono, compramos el Diario La-Colmena, los clasificados dan mejores resultados, llamamos desde una cabina telefónica, anoto los precios y las citas para verlos, todo va muy rápido, no sabía que fuera así, solo tomar la decisión y luego accionar en consecuencia, también pienso en los infinitos momentos que me llevaron a tomar esta decisión, no fue uno, fueron miles e intensos, aún cuando llegue a casa viviré algunas situaciones que afirmen mi decisión, pero el modo de percibir ya habrá cambiado, solo sabiendo que el horror termina la paciencia crece.

Un problema oscurece mi entusiasmo, cómo estará Cabecita cuando yo me vaya, aunque no lo diga nunca quizás me entienda, pero queda solo, acompañado pero solo.

Paula me invita a su casa a ver una película, tiene una colección respetable que ha bajado de Internet y también en VHS, las ha catalogado por género y algunas están divididas por sus directores favoritos, las más son de terror y encuentro una cantidad notable de películas de Dalo

Argenta, le pregunto quién es, me responde un director italiano, ha nacido casualmente el mismo día de mi cumpleaños, siempre me ha causado sorpresa las personas fanáticas que guardan en su memoria datos como ese, el día de cumpleaños, las ex esposas, los lugares que visitó, los premios que ganó, la memoria a veces es tan innecesaria, vemos la película número ocho de Argenta, por momentos se vuelve verdaderamente escalofriante y Paula no se cansa de retroceder y adelantar al momento exacto, vuelve a escenas precisas para mostrarme detalles perdidos, algo en la descripción de la ciudad de la película me recuerda a Salinas, los Alpes nevados, la misma geografía, la miro a Paula, nadie sale inmune a ver tantas películas de terror, no está bien, una excitación descontrolada la invade, pudo haber sido mi asesina, aunque ya creo estar a salvo, mientras se fuma un cigarrillo veo sus ojos, me recuerdan a los ojos de Mr. Ratliff, igual de azules.

Habilidad inútil N° 8:
detener la cinta en el momento exacto.
Los calculadores

Aún no me recupero de la película anterior y Paula quiere ver la última, está online, una chica llega de visita a Roma para estar unos días con su hermana modelo, ésta es secuestrada por un asesino en serie que tortura y mata a mujeres hermosas y extranjeras, la mujer conoce al detective del caso y lo acompaña en la investigación hasta casi intimar, un cartel aparece en la pantalla advirtiendo, hemos excedido la banda ancha, Paula se lamenta estrepitosamente, yo siento cierto alivio, solo nos quedaban quince minutos de terror y sangre.

Me paro a fumar un cigarrillo, miro por la ventana, el callejón esta oscuro y gris, ha estado nublado toda la tarde, allí podría suceder un crimen, Salinas es un lugar propicio para los asesinatos, los callejones que se introducen al corazón de las manzanas se llenan de niños en verano y de día, pero de noche en invierno se vuelven bocas de lobo, propicios para la clandestinidad que siempre va acompañada de la maldad, de hecho en el distrito cuatro se sirven de los callejones para el sexo casual.

Block de notas

Lesiones: Tipos de heridas:

Cuando nos referimos a las heridas que se producen con arma de fuego o cortantes, hay diferentes clasificaciones, sea en cuando a la profundidad y longitud, o en relación a la zona en la que se produjo:

Cortantes: *heridas en las que predomina la longitud por sobre la profundidad.*

Punzantes: *heridas en las que predomina la profundidad por sobre la longitud y se pueden producir con agentes vulnerantes como punzones, lápices, limas, todo elemento que sea capaz de abrirse paso de manera perpendicular al cuerpo.*

Si las clasificamos por la zona que afectan:

Transfixiantes: *aquellas que se producen en las extremidades, sean flexoras o extensoras.*

Muchas veces la realidad supera a la ficción, hay personas tan ingeniosas haciendo películas como matando gente, muchas veces las personas reales exceden a los personajes de películas.

Capítulo veintinueve

El armario pequeño está lleno de vida. Los clones de Estevia van de maravillas. En el armario mayor la Wonder Woman ya tiene una estructura verde. La Love Poison comienza a mostrar los pecíolos que sostendrán esas flores únicas, grandes más bien, que ya parecen cogollos. Como el varón adolescente que a los 14 tiene voz de hombre mayor. La forma que tiene la naturaleza de expresar su impotencia. Sigue sin nacer la Moby Dick. Creo que necesitará mi ayuda. Saco la semilla del papel húmedo. Es negra. Su coraza es más dura y espesa. Piel dura, punción diez. La sujeto entre mis dientes. Pienso que es como una semilla de girasol. Presiono. Se abre justo a la mitad. La deposito de nuevo en el papel húmedo. Queda sola dentro de la bolsa. Ahora todo depende de ella.

Habilidad inútil N° 7:
partir las cosas exactamente al medio.
Los calculadores

Voy hasta la heladera. Pienso que sería un armario perfecto para cultivo. Todo me parece un armario para cultivo. Si ando por la calle, en los negocios a los que entro, en cada objeto que veo mido las posibilidades que tiene de transformarse en armario para indoors. Tomo un pomelo y lo parto a la mitad. Uso la balanza. 0,01 miligramo de diferencia. Cubro cada una de las mitades con una fina capa de azúcar. Uso poca. Afuera hay escasez. Afuera y adentro. Es una ventaja del invierno. Crea el afuera y el

adentro. Me quedo adentro. En verano adentro y afuera es todo lo mismo. Meto los pomelos al freezer. Mi madre lloraba cada vez que encontraba pomelos azucarados en el freezer. No comas azúcar. Me pregunto si la prohibición del azúcar en la infancia ha determinado de alguna forma mi destino.

Afuera cae una leve llovizna que borra la nieve.

Desayuno. Escucho radio porteña. Hacen categorías de todo. Engañan la inteligencia con ingenio. En el contestador un mensaje de la ardilla Victoria. No nos veremos más. Su piel y el agua de pronto ya no me parecen tan buena combinación. Capaz debería ir a vivir a Buenos Aires. Descartar Uruguay o Brasil. Decido pensarlo. Lo pienso seriamente. Decido iniciar la serie de pequeños movimientos cerebrales que se precisan para tomar una decisión importante. No tomarla es importante también. Ejercer el oficio más anónimamente. Acaso establecer una nueva regla.

Regla hipotética N° 8: Ejerceré en el anonimato de las grandes ciudades.

Un estilo más de superhéroe. Llevar al extremo la doble personalidad.

Es claro que necesito de los árboles. Una ciudad con muchos árboles. Salinas ha empezado a perderlos. Malas políticas de poda. Nadie considera la importancia de los árboles en la ciudad. Los malos funcionarios van destruir este infierno blanco. Los edificios nuevos feos. La basura en los canales. Violaciones en los pasillos al corazón de la manzana. Rejas rojas. Blancas. Barrocas. Rejas minimalis-

tas. Convexas. Rejas en los porteros eléctricos. Rejas en la plaza Helsinki. La autoridad política lémur ha impuesto cámaras de seguridad en la vía pública. Todos signos de la metamorfosis del pueblo en ciudad. Los árboles sean acaso la única virtud que queda en Salinas. La sombra. Anoto: visitar el bosque Rímini. Por un sendero a pie, justo antes del primer túnel. En el centro de la montaña el corazón de abedules. Como adentrarse en un sitio de agujas. Nevado debe ser hermoso. Leo en internet que están filmando una película ahí.

No he salido en algunos días. Un poco por la nieve. Desde aquella noche no ha parado de nevar en Salinas (desde entonces todo será blanco). El clima es mi aliado otra vez. Siempre tuvimos buenas relaciones. Soy Storm. Memoria climática. La nieve, como si dios o alguien mejor borrara mis huellas. Uso la notebook cerca de la ventana. Navego y miro la nieve envuelto en el poderoso desvarío temático que me permiten dos partes de Sweet Chilli Mango. Las falanges pegoteadas impregnan el teclado, me huelen a colonia. Poderosa la resina. Fotos. Veo dos noticias en los diarios de Salinas que me alertan.

Ernesto Tasch presentará su nuevo libro en la feria del libro de la Ciudad de Buenos Aires. "El dueño de la radio" es una novela corta. Una sátira que mezcla humor y memoria.". Antes hará una presentación en la Biblioteca Nacional Ignatius Reilly, en el centro del distrito cuatro.

La otra noticia es sobre la muerte de Daniel G. El cuerpo fue hallado dos días después. La noticia sale en los cuatro diarios que hay en la ciudad. El Dr. tenía una pequeña fama póstuma preparada. Cuadros con la misma foto que yo vi en su consultorio. Río, 1959. Semblanzas. Estudió en Brasil,

en Holanda. Sin hijos ni nietos. Viajó por el mundo. Presidió Comisiones, Entes, Consejos y Jurados. Una ausencia elocuente con respecto a su vida privada. Ha donado sus cosas. Todos sus objetos preciosos. A un hospital. Flota en cada artículo un aire lastimoso. Sienten pena por esa forma de morir. Solo y en medio de una tormenta. Olvidado en su habitación durante dos días. A veces creo que los diarios tienen este juego perverso de publicar lo contrario de lo que en realidad ocurrió. Publicando lo opuesto admiten que existe una versión real y objetiva. Leo noticias e imagino a las personas que las protagonizan y llego a desarrollar la secuencia opuesta de lo que ahí se narra. Y no puedo evitar ver mucha belleza en la escena. El reposo final y la violencia del mundo que sigue funcionando. El rostro moderado de la tortuga entre las sábanas blancas, de cara a una ventana enorme que le muestra, que insiste en mostrarle, la tremenda tormenta de nieve agitándose afuera.

En la foto del diario La Colmena, el más popular de los cuatro matutinos, se ve a la policía haciendo tareas de peritaje alrededor del cuerpo. Los titulares van en rosa pálido y amarillo. Las fotos son con flash y de improviso. Irrumpiendo en un ritual. Hay dos hombres mal vestidos. Uno es un cuervo. El otro un búho sobrealimentado. Deben ser los detectives. Hay una chica porcina que lleva anteojos de carey extrañamente similares a los míos. Aparece en segundo plano y fuera de foco. Sus ojos están fijos en algo que llama su atención. El cuerpo del Dr. Daniel G cubierto por una manta blanca. La crónica explica que sufrió un paro cardiorrespiratorio mientras dormía. Había recordatorios de otros ilustres ciudadanos de Salinas.

Me he llevado una herencia. Tengo entre mis dedos la pipa negra con incrustaciones de piedras azules. Y en un rincón de la habitación, bajo un tubo de luz tengo el

bonsái de Cannaea Cannabis.

Late como un corazón delator.

Necesito una distracción pura. Evasión.

Selecciono de la bodega un frasquito especial. Tiene una forma delicada, el vidrio es bellota y lleva un tapón de hule. Adentro guardo las últimas partes de una Alaskan Ice con seis años de estacionamiento. Tiene un aroma picante. Es la razón de porque las haze son mis favoritas. Enciendo la pipa. Una introspección excesiva y dinámica esta vez. Me inyecto insulina en el baño.

Afuera se ha renovado la nieve. Tengo la posibilidad de hacer nuevas huellas. Saco los pomelos de la heladera. Una fina capa de azúcar crujiente los cubre. El postre perfecto. Como. Me envuelvo en la campera perfecta. Incluye una capucha muy suave. Una bufanda larguísima y a rayas rojas y amarilla. Bajo siete pisos.

Capítulo treinta

¿No tenemos azúcar? Le grito a mi madre mientras busco la bolsa en la alacena, mi café está listo, me indigno, obvio, son las ocho de la mañana ya hay olor a guiso y además falta un elemento fundamental para despertarme del todo, tiro el café y decido desayunar en el bar Velma Kelly, de camino al trabajo, miro la ciudad completamente blanca, el paisaje ha cambiado considerablemente, es otro lugar, no logro disfrutar del todo la sensación de estar en otra ciudad, provocada por este paisaje blanco, mi cuerpo está destemplado, necesito un café y azúcar urgente, me reflejo en un vidrio, me veo demacrada, necesito comer, no es cómodo para mi hacerlo frente a gente, prefiero comer sola, quizás un complejo de gorda.

Paula nunca hace el turno de la mañana, no es buena para levantarse temprano, miro en mi Block de notas la lista de departamentos, solo falta preguntar por dos de esta lista, no nos atendieron ayer, miro el diario de hoy y marco algunos más, descarto otros, por caros, por alejados, por pequeños, después de varias vueltas, logro llegar a la comisaria, está desierta, deben estar en el cementerio del distrito 3, mi jefe me corrige esa idea, algunos están allí pero otros van rumbo a la calle Ventura Prieto en el distrito 2, la casa del Dr. Daniel G, tomo mi maletín con los instrumentos de trabajo.

La casa es grande y antigua, sobre todo para un hombre solo, me entero recién, el agente y el oficial (previo saludarme con un hola Jorgito y un Yoryi) me informa la situación, los vecinos llamaron, hace mucho frío adentro

pero a la vez hay una sensación de humedad caliente, un vaho de bosque, olor a selva mezclado con muerte, la mayoría de las habitaciones están en penumbras, sólo entra una luz desde el patio interno de la casa, anoto algunas cosas en mi Block de notas rápidamente.

Veo un reloj cucú, me asombra su calidad de detalles, una de las figuras tiene una cruz esvástica dibujada en un brazo, hay cuadros conmovedores, una alfombra divina, una colección de bonsáis en una pared iluminada con un tubo fluorescente, a Paula, reina de las miniaturas, le encantarían, descubro un círculo hecho con tierra marcando la ausencia de una maceta, pregunto casi al oído del agente si ellos han tocado algo, me contesta con un negativo, se ríe, anoto eso en mi Block de notas, la falta de una maceta, recorro las habitaciones, el cuerpo está en la habitación principal, entro a otra, descubro colecciones de objetos de diferente tipo, bastones, pipas, búhos, una pared con miles de cucharitas con mango de piedras, monedas, figuras, la limpieza de la casa no es de hace mucho, cuando salgo de la habitación veo al oficial haciendo el baile lunar, miro el piso y entiendo perfectamente porqué lo hace, está hecho para eso, brillante y resbaladizo, veo algo mínimo en el piso, tierra probablemente, en este momento entra el fotógrafo Diego, hace chistes con los policías y por supuesto a mí no me saluda, abro mi maletín y saco algunos elementos, la pinza, las ziploc, los guantes y la linterna, tomo un poco de lo que hay en el piso para guardar de muestra, parece tabaco o algún yuyo seco, mientras Diego saca las fotos sigo recorriendo el lugar, en el baño veo un grupo de hormigas negras que rodean unas gotas sobre en el suelo, al lado del inodoro, el piso blanco deja ver una sustancia amarilla, orina, con un hisopo tomo una nueva muestra y la

guardo en otra de mis bolsitas, las hormigas se desorientan, están ahí llamadas por algo dulce, sino de que otro modo, alguien con altos niveles de azúcar tendría una orina que atraiga a las hormigas, escucho alguien en la otra habitación tararear una canción de Michael Jackson, imagino el resto de la escena afuera.

Entramos con el fotógrafo Diego a la habitación del muerto, el olor es intenso, a muerte y a grosella otra vez, dulce, hago un par de arcadas hasta acostumbrarme, uso por tercera vez mi barbijo, siempre trato de evitarlo, Diego saca las fotos y yo comienzo a hacer mi trabajo, le indico algunas cosas que no ha tenido en cuenta, movemos mínimamente el cuerpo, descubro un nuevo pinchazo, reviso los ojos solo para confirmar, dilatados, venosos, tiene un tatuaje en el brazo, 1550-43978.

INFORME: Dr. Daniel G. 89 años

POSICIÓN DEL CADÁVER; yace decúbito dorsal, orientado de norte a sur, apoyando región occipital sobre la cama. Extremidades superiores ambas flexionadas sobre sector pectoral, manos semi empuñadas, inferiores extendidas y separadas a nivel de los maléolos por 10 cm, punción en extremidad superior derecha, área venosa. Se observan lesiones externas visibles, hematoma color verdoso extremidad inferior izquierda de 10 centímetros de diámetro, producidos en vida, no causales de muerte, data de muerte al reconocimiento, se estima entre 35 y 40 horas aproximadamente, principio de consunción. Su causa precisa y necesaria será determinada por la necropsia correspondiente. Se confirma el lugar del deceso el mismo en donde fue encontrado el cadáver.

Adjunto una breve conclusión:

Una de las primeras cosas que llama nuestra atención, es la pigmentación anómala de los dientes, color rojizo. Esta no proviene de los tejidos dentarios pero tampoco es de origen exógeno. Tanto en nuestra experiencia como en la de otros antropólogos forenses, esta pigmentación la hemos encontrado en los casos de muertes por asfixia de cualquier origen (ahogados, intoxicaciones por monóxido de carbono, sobredosis de heroína, etc.). Tanto el color como la distribución, son distintos de las hemorragias intrapulpareas producidas por contusiones.

Solo para comprobar abro los ojos del Dr. Daniel G, iris normal, una hemorragia subconjuntival que, si bien puede producirse por múltiples razones, puede en este caso deberse al consumo de alguna sustancia tóxica que produzca la dilatación de los vasos sanguíneos.

Las partes forman un todo que se devela con flashes, no alcanzo a ver la totalidad, en un fondo negro se iluminan de uno y por segundos los rostros de los ancianos, las pinchaduras, la cabaña de Mr. Ratliff, los ojos de los ancianos, azules, marrones, negros, rojos, profundos, cerrados, siempre el mismo olor.

Capítulo treinta y uno

Dos posibilidades. O he salido a caminar para confirmar mis ideas sobre la ciudad. O he salido a caminar en busca del próximo eslabón en la cadena de excepciones. En el espacio que hay entre el ascensor y la puerta de salida comienza la realidad. Hay un cartel que censura las actividades inmorales del departamento 84. Razones de seguridad. Muchos desconocidos entran en el edificio. Habrá una reunión mañana. En la puerta de salida hay dos hombres. El pelícano está hurgando en el portero. El otro es un hámster sin el abrigo suficiente para tanta nieve. Sólo cuenta con su piel y algunas reservas que lleva en las mejillas. Me preguntan por las chicas. Señalo en el portero eléctrico. El botón pintado con esmalte rojo siempre indica eso. Un departamento de chicas. El pelícano agradece y sonríe. El hámster se incomoda. Los tres nos miramos. No se muestran especialmente afectados por el hecho de que yo sepa que en cuestión de minutos ellos dos estarán desnudos, sudando y gimiendo tal vez. Con una mujer encima o debajo.

Camino. La intención es perderme en la ciudad. Que así nevada es otra. Sigo la avenida circunvalación. La Alaskan Ice parece hasta semánticamente preparada para el paisaje y el clima. Abruma el sentido del tacto hasta impedir que sienta el frío. Un cartel en el almacén laosiano. No tenemos azúcar. Hoy es el Día de los Carteles. Y la excepción. Chet Baker para caminar. Ya no usa instrumentos. Ha perdido todos sus dientes en una pelea. Suena tímido y frágil. Timeaftertime. Es increíble la forma en que su timbre de voz se ajusta a la alaskiana distorsión en mis

sentidos. El fondo blanco me hunde en una escenografía de foto intervenida digitalmente. Foto que espera un background falso. Súbitamente en lugar del blanco podría haber un fondo de playa y palmeras. O un desierto. O gente y un parque de diversiones en la noche. La nieve sobre la ciudad es un layer vacío que espera contenido. En lugar del blanco puedo ver una textura ajedrezada grisblanca. De recorte digital.

Atravieso la plaza Ámsterdam y su pequeño lago octogonal congelado, la estación de tren abandonada. Entro al distrito cinco. El límite es geográfico y social. No hay edificios. Solo casas. Jardines. Buzones rojos. Orden. Vigilantes privados. Tras las rejas en las ventanas titilan los perfiles azules de las familias, apenas iluminados por las pantallas de los enormes plasmas.

Hay un cartel. Es el Día de los Carteles.

XXXIII Congreso de Diabetes

“Nuevos desafíos en el abordaje de la Diabetes Mellitus”.

Hotel Glass.

Algunos vecinos han corrido la nieve de sus veredas. Una obsesión los persigue. Nada debe haber sobre sus veredas. Ni hojas en otoño. Ni bicicletas en verano. Todo es más limpio en el distrito cinco. Las paredes están libres de aerosoles. El césped es corto. Hay cestos de basura. La prolija plaza Helsinki y sus rejas rojas que refulgen en la nieve. Una selva de rejas. Han alcanzado un nivel de sofisticación asombrosa. Se adaptan a toda abertura y mal gusto. Pequeñas ventanas circulares tienen rejas de

una sola tira. Producen el efecto contrario. Quiero entrar. Quiero saber qué es eso que guardan con tanta ansiedad. Llego al Parque Caulfield, donde un brazo del lago divide al acomodado distrito cinco del más popular distrito cuatro. El lugar tiene la esencia de los sitios de tránsito. Como las escaleras O los pasillos. Sin marcas. O llenos de marcas. Son el hogar de nadie. Acá todos pasan. Hay un inusual movimiento en el parque. Se rompe la soledad. Es un día de campo. Bandas de jóvenes. Pero también niños y niñas por todos lados. Muñecos de nieves. Deslizamientos por las colinas en cámaras de tractor. Veo el agua del lago. Pasa del estado líquido al sólido en segundos. Produce un leve zumbido en su transición. Sólo yo puedo oír.

Los deportistas de siempre giran satelitalmente alrededor del lago. Nada los detendrá. Totalmente imbuidos en cualquier publicidad de la ropa que llevan. Hay patos perdidos. Un cuidador con el uniforme municipal. Jóvenes que se escaparon del colegio el peor día. Fuman y tratan de encender fuego dentro de un tacho. En un banco mas allá hay una pareja clandestina. La mujer pantera deja caer su boina verde mientras se besa furiosa contra el nerd dromedario que la acompaña.

Enciendo la pipa. Me da calor.

Estoy aún procesando el evento del Dr. Daniel G. Las posibles derivaciones de esta acción excepcional. Pienso en el bonsái. Espero estar a la altura de la herencia. Requiere mucha luz. Es preciso mantener un fotoperiodo de 18/6 para evitar que entre en floración. Debo conseguir algo de musgo para favorecer la humedad. Once años tiene el pequeño árbol. No estoy dispuesto a medir la

luz que necesita. Once años es mucho tiempo. Decido dejar que florezca cuando quiera. Matar para vivir. Como Deibler.

Es 1937 y Anatole Joseph François Deibler se niega a guillotinar a una tal Josephine Mory. Condenada a muerte por asesinar a su hija horas después de que ésta diera a luz. Deibler se ampara en su contrato, donde figura explícitamente que no ejecutará a mujeres. El Estado francés no puede hacer cumplir la sentencia porque las únicas dos guillotinas existentes en Francia son propiedad de Deibler y el verdugo suplente es su yerno. Deibler había heredado de su padre el cargo de verdugo.

Es hereditario en Francia el cargo de verdugo.

Todo oficio precisa de asistente. El sujeto que observa y aprende. Que anota tal vez. Que da sentido a las acciones del otro. Me imagino mi asistente. Es bajito y lleva un bloc de notas.

La idea me impacta con la fuerza de un meteorito en un pequeño planeta.

Miro a mi alrededor. Los jóvenes. Alguno intenta patinar sobre la casi congelada superficie del lago.

Cuál es el método para seleccionar un aprendiz. Los aprendices se heredan en los oficios. No hay escuela. Aparecen espontáneamente cuando el nombre de la profesión corre de boca en boca. Pero yo ejerzo en secreto.

Anoto en la agenda electrónica la idea del asistente.

Los copos de nieve se hacen densos. Profusos. Capto

un mensaje. Compró lo básico. Agua. Alimentos enlatados. Café. Entiendo la advertencia del clima. Siempre tuvimos buena relación.

Doy los primeros pasos dentro del edificio. En el hall de entrada me cruzo con el pelícano y el hámster satisfechos. Su lenguaje corporal es otro. Los ojos del hámster ya no tiemblan. Entran en la tormenta helada. Dejas las huellas correspondientes. Subo al séptimo piso. Durante la noche, la tormenta más grande que Salinas presencié en los últimos 40 años.

Enciendo el computador.

El piano de Evans se funde con la tormenta de nieve.

Capítulo treinta y dos

Envío las muestras tomadas en la casa del Dr. Daniel G. al laboratorio forense, llamaré esta tarde para saber cuando tienen los resultados, por lo pronto estoy exhausta, la garganta comprimida, de nuevo los sueños vendrán esta noche, no hemos avanzado en la búsqueda de departamento, ayer entre idas y venidas no tuve tiempo de nada y no he visto a Paula desde hace un par de días.

Vuelvo a casa directo para seguir la traducción, Claudia decide salir por primera vez en mucho tiempo, todos han apoyado la decisión, en realidad solo mamá, no creo que Martín sepa, Claudia se ha arreglado, es una mujer linda, su cabello negro, lacio y largo sale desde debajo de una boina verde, tiene un vestido que nunca le había visto, algo corto, simple y negro que cubre con un sobretodo gris, pero nadie ha pensado quien cuida a Cabeza, Mamá estará con las curaciones y sólo quedo yo, ¿como hacían si yo no volvía?, o lo dieron por sentado, de hecho así está sucediendo, eso me indigna más, nos miramos con Cabecita y hacemos un acuerdo implícito, yo no me he sacado los auriculares para escuchar el programa de ranking musical y no lo haré, él como de costumbre no hablará, así pasaremos la tarde.

Preparo café con leche para mi, leche chocolatada para él, tostadas y encuentro algunas galletas, de nuevo lo mismo, no hay azúcar, miro a Cabeza, no tomará su leche amarga, le pongo dulce de leche a todo, endulzar el café con dulce de leche es sabido pero no sé cómo quedará la chocolatada, leo el diario desordenado sobre la mesa, la falta de azúcar en Salinas es un problema general, me arrepiento del disgusto con mi madre, nunca explican los motivos de la falta ni cuánto tiempo durará.

En la parte cultural del diario leo, Leopoldo Ernesto Tasch presentará su nuevo libro en la feria del libro de Buenos Aires "El dueño de la radio" es una novela corta. Una sátira mezcla de humor y memoria. Antes hará una presentación en la Biblioteca Ignatius Reilly, ubicada en el distrito 4.

No lo puedo creer, se llama como uno de los personajes de la "Espera torcida", la obra que traduzco, "El dueño de la radio", no lo puedo entender, el autor es otro no Mr. Ratliff, Leopoldo Tasch, Cabe me mira fijo, debo haber hecho algunas exclamaciones en voz alta y lo han asustado, finjo algo bueno con una sonrisa, de veras no sé, ¿qué conexión hay entre Mr. Ratliff y este hombre?, siento cierto ultraje, de algún modo también era mi obra, leo un fragmento de lo publicado, ¿si me presento ahí? para preguntarle, tratar de obtener un poco de claridad sobre la situación, el ahora está aquí, estuvo en La Serena tal vez antes de mi llegada, ¿qué relación hay entre su obra y la que yo tengo?, quizás ha creado el personaje en base a "La espera torcida" simplemente, empiezo a dudar si "la espera" está publicada, pienso en la situación de llegar ahí y hablar con Leopoldo Tasch, ¿cómo me presento y con qué argumentos comienzo mi indagación?, finjo ser su seguidora, me imagino una fila de mujeres y hombres entusiastas antes de mí, hoy está firmando ejemplares en la Biblioteca, ya casi es la hora.

Claudia llega algo despeinada, no trae puesta su boina verde, sin decir palabra entra al baño y escucho el agua de la ducha, aprovecho para ir hasta mi habitación a fumar un cigarrillo, tomar mis apuntes y el manuscrito de Mr. Ratliff, de lejos el espejo me representa, desarreglada como siempre, decido mejorar mi apariencia para pre-

sentarme ante Leopoldo Tasch, un pullover cuello alto, una prenda usada por los escritores franceses, para estar acorde con la situación, algo de femineidad, una falda y mi bufanda larga, cada profesión tiene una estética a la que obedecer, uno debería atender antes de elegir una carrera u oficio si está de acuerdo con la estética, los abogados usaran traje, los médicos esos guardapolvos, como las maestras, blancos o verdes o azules, los escritores y filósofos mucha lana y corderoy, ni hablar de los uniformados, son los más obvios, policías, gendarmes, maestras, chefs, mozos, bomberos, carteros.

En Salinas nada empieza a la hora señalada, me reflejo en las vidrieras, estoy agitada pero me siento muy linda, hace tiempo no me arreglaba y el frío me sienta bien, la ropa de invierno, mi bufanda vuela larga atrás mío y mi rostro blanquísimo me hace parecer interesante, está lloviendo mucho, hay una especie de bruma en la ciudad, tres calles más doblo y bajo al subte, estación Cartman, hago todo corriendo, me da cierta presencia importante el estar apurada y seria, me tropiezo con algunas personas y sigo casi sin pedir disculpas, resbalo pero alcanzo a sostenerme de un poste de luz, solo he mojado mis botas.

La Biblioteca Ignatius Reilly está ubicada en el distrito 4, es uno de los tres edificios más antiguos de la ciudad, cada uno en una esquina con una cuadra de diferencia, un hombre rico y excéntrico los hizo construir, había pedido al arquitecto Soren Kierk que se inspirara en los tres cuartetos para flauta, viola, cello y fortepiano de Carl Philipp Emanuel Bach, cada uno diseñado en base a la melodía y al movimiento de esa pieza musical, la distancia entre ellos está calculada por la mitad de los silencios, ¿eso es posible? cuando ingreso una mujer me da una

guía diminuta con las actividades culturales, no son tantas pero está diseñada muy pequeña para que parezcan más, la guía sobre todo está llena de publicidad, noto la simulación continua de los hechos gubernamentales, pura forma, el supuesto autor de la obra "El dueño de la radio" está en el salón final firmando ejemplares, recorro las salas inmensas y laberínticas del edificio como recorriendo un pentagrama y creo ver a Paula, la persigo por unas escaleras, le toco la espalda, de la sorpresa a la alegría, una cara muy versátil, un don de los gestos, yo también me alegro de verla, nos reunimos enseguida en la sala central, no pregunta nada sobre mi presencia ahí, yo tampoco por la de ella.

Me alíneo en la fila, logro visualizarlo, es un hombre joven, su rostro es extraño, sus rasgos muy juntos o su cara muy grande, las cejas anchas ¿cómo haré las preguntas?, la fila avanza y no tengo un plan, estoy abrigada demás y el edificio está muy calefaccionado, empiezo a transpirar y a sentirme incomoda la camiseta que traigo puesta no combina con nada, hasta tiene algún agujero, falta uno antes de mí, sonrío, es bastante seductor, quedo primera, me mira, lo miro saco del bolso el manuscrito de la obra de Mr. Ratliff y lo abro en el capítulo donde se nombra al dueño de la radio, reconoce la letra, no tiene tiempo de leer, me mira y sonrío, se disculpa con el resto de las personas de la fila y me lleva a un lugar apartado, me siento importante y odiada a la vez.

Capítulo treinta y tres

Han cerrado algunas carreteras. Toda forma de ingreso a Salinas ha sido deshabilitada. Nadie puede entrar. O salir. El aeropuerto cerrado debe ser un sitio hermoso. Han cerrado el túnel que cruza la montaña hacia Chile. Los camiones se amontonan en las inmediaciones de la aduana. En medio de la montaña. Nieva intensamente. Y la nieve que ha caído parece inderretible. Eso afuera.

Adentro repaso mis plantas. Los clones de Estevia muestran una inusual velocidad de desarrollo. La semilla de Moby Dick es un misterio. Las otras dos van de maravillas.

Popurrí de felicidad. Mezclo restos de variedades que guardo en una Ziploc. Soy fanático de las bolsas. He conseguido en Chile en tamaño más pequeño de Ziploc original. 3 cm x 4 cm. Tengo ahí: Red Dwarf, Alaskan Ice, Wonder Woman, Morning Glory, Blue Rhino. Todo junto y revuelto pasa a la pipa con incrustaciones de piedras, mi última herencia. Salto de la introspección a la necesidad de hacer algo. Fumar y hacer. Limpiar. Traduzco. Después un letargo. Luego nuevamente la introspección.

Debo tomar una determinación con respecto a Leopoldo Tasch y su obra de plagio. Al principio pensé en denunciarlo realmente. Ya que he inscripto las obras de Steve Ratliff como propias en Chile sólo me quedaría probar la similitud de textos. He inscripto la obra bajo mi nombre con la única intención de protegerla. Ponerlas a nombre del verdadero autor hubiera sido un trámite infinito. Yo también soy, técnicamente, un plagio. Primero pienso eso. Denunciarlo. Lle-

var esto a la justicia. Cumplir mi amenaza previa. No me ha tomado en serio Tasch. A pesar de mis dichos no abandona la idea de publicar "El dueño de la radio". Reacciono tarde. Acaso no estoy a la altura de las circunstancias. Si Tasch realmente ha robado esos manuscritos es mi deber actuar. El caso presenta un escenario maniqueo. Todo o nada. El número 2. Quedaría planteado una representación del mundo bien simple: el bien y el mal. El creador y el ladrón inmoral. Punto. Pero otra cosa sería si Tasch ha recibido esos manuscritos de la mano directa de Steve Ratliff. Entonces mi papel en toda la historia debería ser distinto. Más difuso. Como un engranaje aterciopelado. Porque esta nueva representación me muestra un mundo nada simple. El bien y el mal, pero también el mal necesario, el mal menor, el bien sin mirar, el mal mirando, el bien a cambio de algo, el bien con malas intenciones, el mal por diversión, el bien por aburrimiento. Entonces llevar a cabo otras acciones. Acaso iniciar una publicación paralela del resto de los textos. Publicar "Mr. Death". Revelar al mundo las habilidades inútiles.

Estoy paralizado. Porque además descubro que, si Tasch tiene la obra completa de Mr. Steve Ratliff, sabe también sobre las habilidades. O acaso mi misión sea hacer mas copias de los manuscritos y enviarlos a los otros Taschs que hay en el mundo. Buscar un Tasch Chileno. Un Tasch Chino. Incluso un Tasch en Haití. Hacer múltiples traducciones. Enviar a cada parte del mundo una copia de toda la obra. Después pienso que la perversión de Steve Ratliff no tiene límites. Como toda perversión bien encarada. Imagino (y esto no lo hace menos real) que acaso Steve R ha repartido ya sus obras por el mundo, incompletas y variables. Que Tasch tiene partes que yo no tengo. Y que su versión de "El dueño de la radio" es diferente de la mía. Mejor. Y que Steve Ratliff es el Tasch de otro Steve Rafliff verdadero creador

de la obra. Me pregunto quién será el Tasch de Tasch.

Comienzo a redactar un correo. Dirigido a Tasch. Encabezo: Querido Plagiario. Actuaré así al menos por ahora. Un acoso tácito e irónico. Esperando alguna reacción. Tasch tiene que saber que hay otro. O que somos muchos. Preparo un blog donde publico la entrevista que le hice. Pongo una foto intervenida digitalmente. De la cabeza de Tasch salen antenas en referencia a la próxima publicación de "El dueño de la radio". Del cuerpo brotan tentáculos que envuelven el planeta tierra. El poster de la guerra de los mundos y el poder de la Radio Welles. Aclaro en el texto de la entrevista que Tasch pertenece a una extensa cadena de plagiarios y que su misión es un grano de arena. La nota lo elogia, pero al final la sensación es de desidia. Enviar.

Almuerzo. Pongo la radio. Veo animaciones.

Según la regla debería comenzar la búsqueda del próximo paciente. Pero estoy en una situación de excepción. Estoy obligado a seguir la cadena de hechos excepcionales. Hacer cosas que nunca hago. La reunión por ejemplo.

Preparo una White Russian con apuro. Como estoy algo disperso cometo el error. Huele genial pero quedo mudo. Toda posibilidad de verbalización ha quedado anulada. Y debería sentir lo contrario.

Voy a la reunión de consorcio. Somos una ronda pequeña en un sótano oscuro. Hay calderas y vapor. Un matrimonio de mulas de carga con ínfulas de caballos de carroza. Una pequeña rana viejita y lubricada. Mis vecinos

de al lado, la rinoceronte con su esposo roedor alrededor del cuello. Usa al esposo de abrigo. Hay una gacela solitaria en un rincón que presta atención a su teléfono. El administrador es un cangrejo cuya pinza derecha es excesivamente grande, casi ciego lleva tremendos anteojos. Lee o eso dice. O eso cree. Sus ojos se mueven independientes. Puede ver con simultaneidad a la derecha y a la izquierda. Una visión de 360°. Inicia la sesión con el tema favorito. Pertenece al grupo de los que comienzan por la mejor parte. El departamento 84. Las actividades inmorales. Como si las palabras pudieran materializarse llega una chica rubia. Los rasgos orientales se confunden por sonrisa. Pero no está sonriendo. Tiene ojos de cobra. Trae una nota. O petición. Viene en representación del 84. Reparte unas copias de la nota. Apenas puedo leer. Todos leen. El roedor sobre el hombro de la rino. La gacela deja su teléfono. Las mulas apenas tocan el papel. Las chicas del 84 piden un poco de comprensión. Apelan a algún sentimiento de empatía en nosotros. En resumen lo que dicen es: trabajamos, comemos, somos personas. Palabras como ganarnos el pan y nuestras familias no son suficientes para los consorcistas que igual las quieren fuera. En la nieve. La chica cobra eriza la espalda. Donde se ha visto. Un cangrejo enfrentando a una cobra. Ahí entiendo porqué la han enviado a ella. Igual no pueden sacarnos, dice en su propio español. La ley es gris al respecto. Tiene razón. Votamos. Todos a favor de echarlas, eso quiere decir de iniciar acciones judiciales. Todos menos yo. Actúo con cierta infradotez. No hablo. Ni he hablado jamás. He permanecido mute toda la reunión. Se establece una profunda relación entre ese silencio y el tiempo que va pasando. Como si uno se alimentara del otro. Si no he hablado al principio de la reunión ya no puedo hacerlo ahora. Hay además una profunda alianza entre la inmovilidad y el silencio.

A veces siento que es suficiente con permanecer quieto y en silencio para hacerse invisible.

No saludo a nadie. No digo nada. Solo evito alzar mi mano junto a los demás. Es una sensación única recibir la mirada de confort y agradecimiento de una cobra. Y es genial recibir la mirada de odio y resentimiento de una rinoceronte y dos mulas mal vestidas. Hay una ventana pequeña y circular que da a la calle. Se ve nieve acumulada y algunos zapatos que pasan. La reunión se deshace. Me miran. Las mulas, la rana, la rino y su roedor, el cangrejo. La gacela ha vuelto a su teléfono. Otro comportamiento excepcional que me lleva a romper reglas y patrones. He dejado el anonimato y la conformidad. Ahora sobresalgo. Me arriesgo a ser investigado. Mirado.

La excepcionalidad es un camino de ida.

Ese mismo día, en la noche, la cadena de excepciones sigue. Golpes leves en la puerta. Yo envuelto en alguna tarea de mantenimiento abro sin fijarme. Ahí está la chica cobra, con un vino entre las manos. Agradeciendo mi mano no levantada durante la reunión. Agradece el gesto porque en los hechos no ha servido de nada. Una acción de caballero me dice. La invito a pasar. Encuentro unas copas. Encuentro a Chet Baker. Enciendo una aguja conformada por dos partes de Love Poison y una parte de Red Dwarf (para la interacción social) La cobra se llama Mei-Ling. Es de Laos. Su pelo es finísimo y casi blanco. Diría más blanco que en la reunión de la tarde. Tiene un profundo acento. Habla muy bien, usa muchas palabras. Adivino que interpreta un personaje. El mismo que usa con los clientes. Ese es un tema del que no hablamos. Y me alegro. No hablar de temas. Por momentos parece

calmada, como si este sitio fuera un refugio. Hay ocasiones en que sólo se puede encender una chimenea. Esta es una de esas veces. Mei-Ling no me pregunta nada.

Porque también somos lo que no hacemos. O mejor. Lo que hemos dejado de hacer. Quizás Mei fue una niña curiosa y hacía preguntas. Ya no.

Sus ojos de cobra se muestran particularmente vulnerables a los efectos de la Love Poison. Ya no son negros o encendidos. Ahora no son. Son invisibles. Dos finos paréntesis sobre su rostro blanquísimo. Si parece salida de la nieve misma. Hecha de nieve. Pasa sus dedos finos por todas las superficies. Fascinada con el terciopelo de los sillones. Hace dibujos a contrapelo. El tacto la guía a través de sus recuerdos. Todos tenemos un sentido que nos guía. Por la vida. Por nuestro propio pasado.

El vino que ha traído es sabroso. No me gusta el vino. Ningún vino. Estudio la etiqueta. Todo un escaparate lleno de diseñadores de vinos. En la etiqueta que cuelga del cuello leo la descripción de la variedad. Su cuerpo, su textura. Se usa una prosa barroca y vacía. Imagino un envoltorio para la Love Poison. Aroma afrutado con toques de pino y limón. Efecto levemente narcótico y afrodisíaco. Su consumo masivo y legal la dejaría en una extraña posición. A veces agradezco. Esa necesidad social que me obliga a ejercer mi hobby también en un lugar secreto. Porque será que todo lo que elijo está prohibido. No puedo establecer una relación digna entre la prohibición y el deseo.

Una vez iniciado en la clandestinidad sólo puedo profundizar esa condición.

Mei-Ling finalmente pasa su dedo por mi barba. Que comienza a ser profusa. Me dice: pareces un ave de lago. Serán nuestros oficios que nos llevan a ver así a las personas. Como animales. Cómo los animales de fábula y sus rasgos de personalidad. Delicado, un poco ingenuo y vulnerable como ave de laguna. Atenta y rápida como una cobra. Me quedo en sus brazos. Nos besamos mucho antes de ir a la cama. Tiene la piel fría y lisa.

Capítulo treinta y cuatro

Leopoldo E. Tasch me guía por un pasillo, luego una escalera, camino detrás de él lentamente, el edificio de la Biblioteca es verdaderamente un laberinto, llegamos hasta una puerta, cuando entramos descubro un salón lujoso, alfombrado, una mesa vestida, cortinas de terciopelo, aparadores de roble, la mesa está preparada para unas veinte personas, hay masitas y confites, medialunas, la vajilla parece de porcelana y hay varias jarras finas humeantes, el cambio es prácticamente surrealista, de aulas, salones inmensos despojados, sillas de plástico, mucha gente, música funcional, a este lugar preparado para un festín de unos pocos, quizás los invitados lo merezcan pero me desconcierta el contraste.

Leopoldo Tasch se acerca a mi bastante, al punto de intimarme o acosarme, siento el aliento, todo él huele de maravillas, eso me seduce, su mirada, sus gestos no son los de un asesino, eso lo puedo ver a simple vista, no sé qué decir, por ahora estamos mudos los dos, como reconociéndonos, "esto es parte de un plan, pero no tengo idea la necesidad del mismo, ni mucho menos el fin que persigue", eso me dice él, lo pienso bien y yo tengo la misma sensación, no sé cómo voy a explicar el punto, quizás solo dejarlo enredarse en sus palabras, continúa hablando "vino a verme un hombre hace días, tiene en su poder la obra completa de Mr. Ratliff y los derechos de autoría", mi mudez se extiende en el tiempo, le nombro al Dr. Daniel G., me mira sorprendido, como si le cambiara de tema, no finge, todo es cierto, no lo conoce.

¿Mr. Ratliff repartió sus escritos? No entiendo muy bien porqué estoy metida en esto, no entiendo mucho y no sé donde me lleva, creo que soy víctima de mi robo, yo fui la robada ahí en la cabaña de Mr. Ratliff, soy víctima de los manuscritos que me llevé, mi belleza se va deformando, el calor me persigue y siento un leve desmayo, él lo nota y me sostiene, no importaría si cayera, aunque me den asco las alfombras, será blando e indoloro pero Tasch me sostiene y me acerca una silla, no tocamos nada de la mesa, me haría bien un poco de azúcar, aquí hay azucare- ras con terrones y miles de sobrecitos, me pregunta sobre la obra de Mr. Ratliff que le mostré antes, en un segundo pienso, no quiero darle datos verdaderos, como cuando me pongo nerviosa miento, lo hago de nuevo, le hablo sobre el personaje de la vidente, el primero en venir a mi mente, predice al revés, invertidamente, dice lo contrario de lo que va a suceder, parece tranquilo pero muy inter- esado, solo quiero terminar esta charla, lo veo cerrar los ojos un poco como signo de duda, quisiera indagar sobre el otro hombre pero por el contrario me disculpo y busco la salida, me siento algo mejor, se detiene delante de mí, de nuevo muy cerca, lo miro fijo a los ojos como el resto de las veces, no he sonreído ni una vez, tal vez una mueca para salir sin decir una palabra, me toma del brazo donde cuelgo mi bolso con la obra, quiere arrancarme el bolso, ideas más quizás, de cualquier manera no lo haré.

Camino perdida por el edificio, paso por salas llenas de gente, la inauguración de una muestra, Mina Oliver expone su nueva colección de cuadros, continuo como perdida, un chico simpático de pelo largo y raya al me- dio me auxilia indicándome la salida, afuera la lluvia se ha convertido en nieve, casi no hace frío, camino fumando hasta una cabina telefónica, llamo al laboratorio, los re-

sultados están listos, pasaré mañana por ellos, pero me arrepiento en cuanto cuelgo el tubo, decido pasar hoy mismo por ellos, la autorización para retirarlos la entregaré otro día, ya me conocen.

En el laboratorio me sorprende encontrar a un hombre desconocido, alto y blanco, de unos 45 años, lleva un peinado extraño de los ochenta, una cresta batida, lo extraño es que le sienta bien, los ojos brillantes y simpáticos, se identifica como Juan Bravo, parece nombre inventado, le hablo de las muestras y le pido los resultados, me hace un pequeño escándalo por no traer la autorización, juro traerla mañana, me obliga a rogarle, pero no tiene la personalidad para negarse, obvio termino ganándole.

Salgo de allí, la imagen como un flash de la cara Paula me recuerda que la dejé esperando en la biblioteca, corro para llegar, la calle está desierta, Salinas toma la estética del comic cuando nieva, espero al superhéroe pero no llega nunca, los coches dejan escapar humo por los escapes, la boca de las personas también, el edificio está cerrado, no se puede ingresar pero aún sale gente, una mirada al interior y no veo a Paula, me siento en los escalones de la entrada, los copos de nieve se desintegran en el aire, el suelo está mojado pero no siento el frío, abro el sobre que me dio Bravo.

Muestra uno: prueba 17 (resina). Resto resinoso cannabis sativa. Muestra dos: prueba 23 (orina) alto nivel de glucosa en orina. No coincide con el ADN del extinto Daniel G.

Todos los datos pasan muy rápido por mi cabeza, el olor, las gotas de orina con hormigas, los ojos, son fichas

buscando un lugar en el rompecabezas, la casa del Dr. Daniel G. los brazos pinchados de los últimos cadáveres, la cabaña de Mr. Ratliff, la tormenta eléctrica, el supuesto día de su muerte, el sueño del enfermero con una jeringa en la mano, los ojos, las pupilas de los ancianos, los ojos azules, negros, rojos, la mirada de Leopoldo Tasch, los manuscritos, el bonsái faltante en la casa del Dr. Daniel G. una cadena lógica busca ser descubierta, datos queriendo unirse para dar un mensaje, todos los acontecimientos están entrelazados, siempre existe una causa, Paula interrumpe mis reflexiones enérgicamente, me vuelve a la realidad sin escalas, de una sacudida, olvido cambiar mi rostro de preocupación, no tengo la facilidad para cambiar de gestos como ella, maneja sus pómulos como quiere, Paula dice que parezco enojada, no, solo pensativa, me habla de los departamentos, este distrito es inalcanzable para nosotras, los edificios tienen jardines abajo, pasto, flores, algunos piscinas, ninguno pasa los cinco pisos y la gente que los habita tienen perros chiquitos, blancos y vestidos, odio los perros así, amanerados.

Quedamos en vernos al día siguiente para continuar la búsqueda de departamento, ya es tarde pero voy hasta la plaza Ámsterdam, rodeo el lago octogonal del centro, llego hasta las mesitas ajedrezadas, no hay nadie, aquí jugaba Daniel G. y sus amigos, en algún momento lo supe, los ancianos eran sus compañeros, ahora está completamente blanca y desierta.

Capítulo treinta y cinco

Es profundo el amateurismo de Salinas. En todo. En política. En arte. Es un amateurismo profundamente profesional. Como si se tratara de niños que en su juego simulan una profesión y todos los rituales necesarios. Con los rituales es suficiente. Juguemos a gobernar. Juguemos a ayudar a los pobres. Juguemos a que soy artista. Cuando salgo encuentro entre la nieve de la plaza Estocolmo un deficiente equipo de arte. La nieve representa una ventaja para algunos y un peligro para otros. Son tres. Una chica ornitorrinco (en clara desventaja). Una chica mapache (en peligro). Y el hombre foca (en clara convivencia con la nieve). Sealo. Los tres estaban encargados de fotografiar y filmar una publicidad o campaña de ropa. Para una revista de moda que acompaña al Diario La Cadena. Envueltos en trapos barrocos se pierden entre los arbustos blancos las modelos. Un tanto extraviadas y al borde de la hipotermia. Esto es moda, dice la foca. Las luces no le funcionan. Es la puesta en escena del fracaso con pasión. Discuten entre los tres las cuestiones artísticas. Se dan tremendo lujo. La gran ventaja del amateurismo. Darse tremendos lujos. Cuando me acerco noto que el hombre foca y su labio superior colgante se han transformado en una vieja zorra gris. Gran habilidad la transformación. Antes de cada foto, desde su metro cincuenta, da una orden: un dos tres acción!, absolutamente confundido con un director de cine.

Anoto en la agenda electrónica: asistir a alguna función del rey de los artistas amateurs de Salinas. No tiene nombre su arte.

Llego al Hotel Glass. Más amateurismo. En los programas mal diseñados, en los uniformes de las muchachas que tienen la función de inscribir a los asistentes al "Congreso Otoño Diabetes". Las telas han perdido el color. No hay dos uniformes iguales. Una tiene una fina línea blanca en los hombros. A otra le sobra un bolsillo. Discuten. Una sostiene una receta de médico. La letra es indecifrabla. Se frustra. Aparece una tercera, la chica canguro toma la receta. Esto lo escribió un zurdo, dice. Lee. Diez sesiones de fisioterapia e hidroterapia por distensión en los ligamentos lumbares.

Habilidad inútil N° 8:
descifrar toda caligrafía.
Los observadores

Me inscribo sólo para usar otro nombre. Considero eso un privilegio. Mi tarjeta dice: Gabriel Dallas. Gano una lapicera y una carpeta.

Reviso el horario. Socializo. Me intereso en la charla de las 10:00 hs. "El pie diabético". Hay un movimiento permanente entre los que asisten.

9:45 hs. Sala Robert Wilson

Llego entre los primeros y me acomodo en una butaca. Hago unos dibujos. Hay de todo en convivencia perfecta. Un cardumen de estudiantes de medicina que se encuentra con su tortuga profesor. Colibríes acomodadores/asistentes. Un enorme manatí de lentes circulares ocupa el

podio. Las luces bajan de intensidad. Se hace el silencio. El silencio y la quietud y la oscuridad juntos. Surge nuevamente la posibilidad de la invisibilidad. Se enciende un proyector. En una enorme pantalla aparece un dibujo de un pie cortado transversalmente. Puedo ver cada capa de músculos. Los huesos. Las venas. El manatí explica usando un puntero laser. Se filtra en su discurso una historia personal. Ha dedicado su vida al estudio de la diabetes. Su hermano. Me despierta admiración que haya perseguido con valentía su obsesión. Y que esté dispuesto a hacerlo público.

11:00 hs. Sala Burgess Meredith

Tengo que aprovechar ahora que están todos en las charlas. En media hora nos juntamos en el hall para un coffee break. Hay un patio interno. Las paredes son de vidrio espejado. Veo la nieve afuera. Los turistas que se mezclan con los asistentes. Me resulta imposible salir. Entro a un baño alejado. Me meto en el último gabinete. Enciendo una pequeña turbina metálica. Contiene pura Skunk. Despierta la atención y estimula la sinápsis. Me permite establecer conexiones que a simple vista parecen absurdas.

Termino. Estoy deslizando la pequeña turbina de metal en el bolsillo. Un dispositivo que me no deja casi humo. Alguien golpea a mi puerta. Me estoy incorporando. Se abre. Veo un rostro de elefante que me mira fijo.

Capítulo treinta y seis

Una vez en casa me encierro en mi habitación, miro el rompecabezas a medio armar, rompe-cabezas me doy cuenta de la literalidad de la palabra, en inglés puzzle, no dice nada, sin embargo en nuestro idioma es una adver-

tencia, una exhortación casi preventiva, las piezas, los parecidos, buscando una exactitud inequívoca, cada pieza tiene su lugar irrefutablemente, pertenece a un todo que será develado antes o después pero será revelado, imposible hacer trampas, de cualquier forma la vida carece de esa exactitud, el rompecabezas es un invento inigualable, no hay interpretaciones, sólo acciones, cada cosa tiene su sitio, una maldad, crear algo que trasciende nuestras posibilidades reales, la vida no tiene esa lógica exacta, la mayoría de las veces pasan cosas sin sentido, imágenes sin lugar, con miles de interpretaciones que deforman la posible solución y si existe esa solución nunca es exacta, es casi imposible encontrarse con las partes, las partes son las piezas y las piezas son los otros.

Comienzo a mover las manos arriba del cuadro, coloco cada pieza con una precisión inexplicable, una y otra vez cada pieza encuentra su lugar a simple vista, un movimiento, se asoma una figura, se empieza a ver una forma, ahí está y estuvo siempre, eso es diferente, único.

Escucho los gritos de nuevo, Martín no parece mejorar, nunca lo hará y como un final insalvable pienso en su muerte, en la casa en silencio, la inmovilidad del silencio, el silencio y la inmovilidad como una inexistencia precisa, ¿dejaremos de existir cuando los gritos de Martín no nos recuerden que estamos? la idea contraria a la del árbol en medio del bosque cayendo silencioso porque nadie lo escucha, el ruido solo existe si alguien lo presencia, nosotros al contrario somos porque escuchamos el ruido, es el dato certero de nuestra existencia, me da miedo no reconocerme sin los gritos de Martín.

Despierto después de un sueño horrible, no lo recuerdo

esta vez pero la sensación es horrible, una sensación de angustia me invade.

Quizás una sensación atrasada después de haber visto el cadáver del Dr. Daniel G., sigo pensando en él, una serie de datos me ubican en el lugar del perseguidor, aún no tengo la pregunta pero estoy cerca de la respuesta, los datos concretos se unen en una lógica, se van uniendo las piezas del rompecabezas, aún no estoy segura si soy una pieza o la jugadora, no conozco la imagen a develar.

Hago el recorrido hasta la oficina con mi tapado más abrigado y más anaranjado, quizás no acompañe mi estado de ánimo pero es caliente, camino sin prestar atención al exterior, automáticamente, en la oficina el foco esta puesto en el equipo de antropología forense, los problemas climatológicos atrasan el trabajo, la hostilidad del clima, la tensión ha ido aumentando y agradezco tener otras cosas en mente pero de algún modo me veo involucrada, el caso del cementerio es tan mediático, no sólo es la preocupación de la oficina sino de los periódicos locales, llegamos al punto absurdo, el jefe nos pide ir al cementerio para hacer acto de presencia, aún no pudiendo trabajar le daremos una foto a la prensa.

Llegamos al cementerio y fingimos trabajar, me sorprende enormemente la hipocresía conjunta, no ser sincero por uno mismo e individualmente me parece indigno, cuestionable pero la osadía de hacer fingir a 15 personas sólo la pueden realizar unos pocos, entre ellos, evidentemente mi jefe.

Cuando termina la farsa decido ir a la plaza a ver a los viejos amigos del Dr. Daniel G., y ahí están a pesar de la nieve, muy abrigados, jugando, charlando, sus formas

han tomando una extrañez propia, sus "sentidos" han cambiado inversamente proporcional, hacia afuera cada vez más grandes aunque disminuyen hacia adentro, las orejas, las narices, las manos se ven de tamaños inmensos con respecto a los cuerpos de los ancianos, pero cada vez escuchan menos, ven menos, están vestidos y con abrigos abultados, no quiero siquiera imaginar cómo se verían desnudos, un escalofrío me recorre.

Me acerco despacio y me presento, me gusta este nuevo personaje montado desde ayer, muy segura de mí misma, oficial de la policía forense, estoy en el caso del Dr. Daniel G. y necesito hacerles unas preguntas, saco mi Block de notas.

Block de notas

Dr. Daniel G.

Testigos Plaza Ámsterdam

Hace años se juntan en esta plaza, me dan más detalles de los necesario con respecto a ellos y sus hábitos, también de los del Doctor, esto no es una biografía, ni menos sobre ellos, pero los dejo expresarse, por fin algo interesante, las últimas semanas lo habían visto con un hombre de unos 30 años, alto, con el pelo casi blanco algo largo, con lentes de carey negro, como los suyos niña, dice uno, nadie sabía quién era ese hombre ni de donde conocía al Doctor pero hablaban de plantas, compartían esa afición, no era un pariente eso seguro, el sólo tenía una sobrina, no la veía mucho y cuando lo hacían peleaban.

Descarto la idea de hablar con la sobrina, no quiero crear expectativas a ningún familiar sobre el caso, sino me veré obligada a dar resultados, y no estoy segura de lograrlos, por ahora mejor así, de camino paso por el bar

Velma Kelly, apoyo la nariz en el vidrio para ver a Paula, está ocupada, leo sus labios, sale en una hora, justo al lado de mi nariz veo un afiche “Nuevos desafíos en el abordaje de la Diabetes Mellitus. XXXIII Congreso de Diabetes” Hotel Glass, una cadena de casualidades se desarrolla de manera escalofriante, o veo eso porque en eso estoy pensando, frente al café en diagonal está ubicado ese hotel y comienza hoy mismo, ¿por qué no?.

El hotel es lujoso por dentro pero la variedad de gente lo hace menos incómodo, una mezcla de turistas y diabéticos se confunden, ¿habrá también turistas diabéticos?, miro detenidamente los rostros de los hombres a mi alrededor, muchos médicos, mostrando sus uniformes, estudiantes, una mujer me pregunta si estoy inscrita: si, si me anoté más temprano, le miento, miro el programa con las actividades, charlas, conferencias, talleres sorprendentes, otro mundo con sus reglas y sus problemas, voy descubriendo mundos paralelos en una galaxia, la miniatura, la vejez, las plantas y su submundo del bonsái, ahora el mundo de la diabetes, el calor me abrume, nadie controla ese tema, tanta calefacción en los interiores y luego un frío tremendo afuera, me saca mi tapado anaranjado.

Capítulo treinta y siete

El tipo me sorprende ahí. En ese espacio tan íntimo. Las dimensiones no ayudan. No establecen una relación equilibrada con las necesidades del elefante. Mi turbina metálica no alcanza a guardarse en el bolsillo del jean y cae. Golpea contra las baldosas del piso. El sonido es el chasquido que saca de su estado a la víctima del hipnotizador. Dejo mi trance sin tiempo de incorporarme. Es enorme el elefante y donde empieza su trompa termina la frente transpirada que empuja la puerta del gabinete. Veo la necesidad en sus gestos. Descubro sangre y sangre seca en sus orificios nasales, que corren paralelos al piso. Levanto la turbina. Lo dejo entrar sin esperar de él la más mínima disculpa. Abandono el baño con premura. Hace tiempo que alguien no interrumpía así mi viaje. Atribuyo a esa circunstancia una especie de descontrol que gana mis sentidos. El descontrol pasa al torrente sanguíneo. Ya nada puedo hacer. Impregna las relaciones que se establecen entre los datos aportados por esos sentidos distorsionados. Me refiero al hecho de ver un rostro pero pegarlo a una voz que no le corresponde. O atribuir cierto aroma a tostadas que flota en el aire a un roce ocasional con una pequeña mujer jirafa. Así, cada rostro que veo pasar en mi salida del baño me resulta conocido. El joven alce y su novia caracol. La chica cerda con anteojos de carey negros iguales a los míos. La señora hipocampo y su hijita pony con un pequeño para-guas translucido. Todos me recuerdan a algo o alguien.

11:30 hs. Coffe Break. Sala Ororo Munroe.

Hay mesas ordenadas con bebidas y comidas. Reapa-

recen las muchachas de los uniformes desparejos. Están encargadas de todas las funciones plebeyas. Sirven café. Ordenan las servilletas de papel. A veces sonríen mientras lo hacen. De fondo la nieve que cae y se desliza por los muros espejados del hotel cinco estrellas. En la zona del café me recibe Jorgelina (eso dice su tagname prendido en el pecho). Un nombre espantoso para una chica canguro. De varón arrepentido. Su uniforme se diferencia por las hombreras pronunciadas. No hay azúcar. Por la escasez, dice. Me ofrece unos edulcorantes.

Toda luz me resulta demasiado brillante. En el techo, que es altísimo y moderno, hay una imitación de araña. Cada una de sus pequeñas lamparitas me parecen agujas disparadas a mi pupila. El picor en los ojos aumenta. Trato de ignorarlo. Mi cuerpo jamás me perdona cuando trato de ignorarlo.

Luego no puedo hablar. Es el segundo síntoma. Los ojos primero. La boca después.

Finalmente la profunda desconexión entre la lengua y el cerebro. Siento que las palabras están ahí, flotando inalcanzables. La palabra. Es una sola. Me acerco a la chica canguro. Jorge. Lina. La miro fijo como si fuera lo único que hay. No soporta esa responsabilidad. Me veo en la reacción de sus ojos. Paranoide ella. Yo tambaleante y perdido. Saco un papelillo para armar del bolsillo. Escribo con mis últimas fuerzas:

A Z Ú C A R

Luego no recuerdo. Pero puedo imaginar. No es la primera vez. Soy el experto en desmayos. El papelillo con la palabra escrita en una caligrafía débil y temblorosa cae

sobre la alfombra segundos después que yo. He escrito la palabra como quien pone socorro en un mensaje y arroja la botella al mar. Mi mar era la canguro Jorgelina. El peor mar del mundo. El azúcar es la gran prohibición de mi vida. Pero también es el antídoto. Debo tener, en ese instante, 35 de glucemia. Los sentidos se agudizan al final y puedo sentir la sangre que reclama ese elemento escaso. Respirar sin parar y dejarse caer.

Despierto en un sillón negro. Un grupo me rodea. La placa de metal con la anotación Diabetes Mellitus que llevo al cuello está por fuera de mi pullover. Cuelga sobre la tarjeta con el nombre falso. Como diciendo no. No sos Gabriel Dallas. Sos este otro. El diabético. El desmayado. El Sergio, el Hugo, el Claudio, el Marcelo Fabián. La ubicación de la placa indica que alguien la ha buscado. Alguien que sabe. Siento en los labios granos de azúcar que se disuelven con la saliva. Veo un brazo ancho que se acerca, en el extremo una botella de vidrio de Coca Cola. Como en mis sueños. El azúcar, la gran prohibición. Mi madre dejó de comprar azúcar un día. Como si la sola presencia de esos cristales en la alacena representara una amenaza a mi salud. Una casa sin azúcar no puede ser un hogar. Una infancia sin gaseosa. No existían productos light entonces. Yo soñaba que bebía Coca. Litros y litros. Me bañaba en la sustancia. La Coca se me aparece como el objeto imposible y máximo de deseo. Y en envase de vidrio.

La multitud se disuelve en el aire, desanimada tal vez. Es oportuno, un pico de hipoglucemia minutos antes de una charla sobre el tema, dice. Sonrío. Se presenta como Doctor. Las excepciones continúan. Yo aún sin poder enfocar la vista, me muestra una placa que cuelga de su cuello: Federico Castillo. Diabetes Mellitus 1. Insulinodepen-

diente. Mi mensaje de socorro no pudo encontrar mejor mar. Una vez que me recuperé lo sigo.

12:00 hs. Sala Dwight Schrute.

Entramos hablando como dos viejos amigos. Federico y yo. La amistad no existe. Ni entre nosotros ni entre nadie. Si existen las situaciones de amistad. La iluminación tenue resalta los pocos lugares que quedan libres entre las butacas de la sala. Hay una mesa con especialistas. Y un lugar vacío para el Dr. Federico C. Es un oso perfecto. Un poco panda diría. Tiene el cuerpo que se debate entre la robustez y la gordura. Macizo aún. Un gesto pacífico e infantil. Las mangas de su uniforme blanco apenas pueden subir por sus brazos anchos y velludos. Cuando le toca hablar presenta su punto de vista sobre el producto que discuten. Hay una proyección sobre una pantalla. Extraño las láminas reales. Las grietas en la superficie vieja. Se ve un dispositivo similar a los aparatos para asmáticos. Se usa para auto-administrarse insulina a través del conducto nasal. Insulina esnifada. Se produce un extraño silencio cuando, en una puesta en escena bastante profesional, Federico toma una dosis que acompaña con un chiste logrando que todo el auditorio deje la conferencia con una sonrisa.

Cuando termina la charla me obsequia un inhalador. Se quita el uniforme y se transforma en un civil más. Aplaudimos juntos a la tortuga que preside la mesa. El aplauso de Federico vale por tres o cuatro pares de manos.

Habilidad inútil N° 9:
Aplaudir fuertísimo.
Los calculadores

APLAUDIR
FUERTÍSIMO



Los
CALCULADORES

13:30 hs. Receso. Auditorio Vincent Vega.

Almorzamos pollo. Ellos. Yo como ensalada, papas. Nunca carne. Menos que menos pollo. Federico no habla mucho. La experiencia que nos une es suficiente. Tiene un año más que yo. Ambos hemos sido diabéticos desde la infancia. Ya llevamos 25 años en esto. Será eso lo que festejamos. Bodas de plata. Estoy rompiendo otra regla. Socializo. Hago amigos. Casi no miento. Soy estudiante es cierto. Vivo de alquileres familiares. La cadena de excepciones continúa. Por un segundo se me cruza la idea de revelarles mi vida secreta. Como si la experiencia de la enfermedad nos hiciera parte de una secta secreta. Me planteo la posibilidad de exponer la situación de forma hipotética. ¿Y qué tal si alguien se dedicara a ofrecer servicios de acompañamiento tanatológico?. Por ahora sólo lo pienso. Me asalta de nuevo la historia de Deibler, del asistente narrador.

Federico me ofrece más. Lleva los bolsillos de su traje llenos de sobrecitos. Tiene de toda clase. Largos y cilíndricos. Cuadrados. De cada marca posible. Un dealer de azúcar. Es su costumbre. En cada bar, en cada café que frecuenta ha ido sacando sobres. Desde siempre. Desde la infancia. Los lleva como salvavidas.

Si pensamos al Doctor Federico Panda en un momento preciso de la existencia, llevándose dos sobrecitos de un bar determinado, digamos una tarde de otoño, no entenderemos la magnitud de lo que estoy hablando. Es preciso pensarlo como un mismo sujeto que lleva 25 años cargando sobrecitos de azúcar de un lado al otro y en secreto. Así tendremos una pista de que está ocurriendo realmente.

Súbitamente la ciudad nevada de Salinas se me presenta así. Como una red de sujetos hechos de pequeños hábitos y costumbres personales. Rituales que se ejercen en secreto sin esperar nada a cambio. Se ejercen con seguridad. Como si la vida de otros dependiera de eso. Veo diferentes grados de infelicidad. Diferentes grados de rigurosidad en el cumplimiento de esos rituales. El ritual nos hará feliz. Eso es la cultura en Salinas.

Un entramado ridículo de acciones invisibles y habilidades imaginadas.

Capítulo treinta y ocho

En el hall del Hotel Glass se ha calmado el movimiento, las exposiciones comenzaron, van del tema “El pie diabético” a la “Diabetes hoy”, me pregunto cuantas charlas se titulan como esta última, en este mismo instante en el mundo se desarrollan setenta mil quinientas charlas de temas diferentes con la consigna “hoy”, la educación hoy, la criminalística hoy, la vejez hoy, el mañana hoy, la idea del hoy es tan interminable como desechable, un bodega tomando temas por encima, elijo la conferencia sobre “Diabetes hoy” por ese mismo motivo, me siento en las últimas butacas también pensando en huir cuando quiera, es una sensación indiscutiblemente perfecta estar en una charla sin interés en el tema, puedo escuchar y dejar de escuchar, no pensar en nada, no seguir el hilo conductor del conferencista y no pasa nada, debería hacerlo más seguido, sólo miro, observo detenidamente a los hombres a las mujeres, interesados, preocupados, convencidos.

Block de notas

S: (n) Identikit, Es un retrato que la policía construye con las descripciones dadas por testigos, se dibuja con ayuda de un especialista o se usan software especial que contiene varias características faciales para combinar y construir la imagen de la persona buscada.

Me escapo de la charla antes del final, en media hora se juntan todos en el hall para un coffe break, debería aprovechar para comer algo, salgo a un patio interno buscando el baño, las mujeres y hombres de la organización han desaparecido, no hay nadie a quien preguntarle, las

mesas están preparadas para el break, saco algunas masitas, como una y guardo las demás rápidamente en la cartera, me sirvo un café pero descubro la falta de azúcar acá también, lo dejo, llegamos a niveles sorprendente ¿o sólo porque son diabéticos no hay?, engullo el resto de las masitas todas juntas, tenía hambre de verdad, el patio tiene vidrios espejados, la nieve se ve maravillosa desde acá, la vista al calor de la calefacción parece irreal, camino por un pasillo, siento muy sutilmente el olor a grosella, las sensaciones y pensamientos se agitan en mi cabeza, no hay explicación para lo intuitivo, persigo el humo que llega a mi nariz como si lo viera dibujado en el ambiente y yo fuera un personaje de dibujo animado atraído por el aroma flotando hacia él, llego sin darme cuenta al baño de hombres, entro, hay un solo cubículo ocupado, golpeo y abro sin casi tomar conciencia de la desubicación, un hombre gordo y desmayado sentado en el inodoro, una imagen para no olvidar, lo tendré de fondo de pantalla cuando cierre los ojos de ahora en más, trato de reanimar al hombre, lo reviso, veo sus fosas nasales rodeadas de sangre seca, encostrada, lo acomodo, pero no hay manera, en el suelo veo resto de ceniza, mi intuición es casi exacta, huelo al Gordo y encuentro una fragancia mezcla de comida y sudor, lo dejo en el cubículo del baño acomodado, después de todo no me importa, además no necesito el escándalo de estar en el baño equivocado, llegando al hall veo la gente amontonada desesperada por su café y sus bocados para diabéticos, recuerdo haber dejado mi abrigo en un sillón pero ya es tarde, igual es atrevido robarse un tapado anaranjado, miro a todos, un grupo de gente amontonada rodeando a alguien, desde lejos me entero, otro desmayado, ¿vienen al congreso a mostrar su miseria? ¿su debilidad?, me dan vergüenza ajena los hombres débiles y enfermos, es

una condición femenina la debilidad, la mano en la frente y el grito antes de perder la conciencia, ni siquiera me acerco, mi deber por haber hecho un curso de primeros auxilios sería ayudar al desmayado, me ubico y pienso, estoy en un congreso rodeada de médicos que pueden manejar esta situación mucho mejor, de hecho uno de ellos algo gordo y de brazos peludos se hace cargo, empiezo a desanimarme, escucho algunas conversaciones ajenas, Salinas está bloqueada, nadie puede salir ni entrar por la nieve, así me siento yo, sitiada, los médicos y congresistas entran en una especie de pánico conjunto, el malestar es mayor a medida que el rumor se expande, vuelvo mi vista al patio interno y en verdad la nieve tiene una altura considerable, imagino las carreteras de Salinas, salgo a la calle desorientada, tomo cierta conciencia del absurdo de la situación, me voy a buscar a Paula, ya debe ser la hora.

Todo este tiempo he tenido la intuición de tener que descubrir algo, sacar a la luz aquello que quiere revelarse, pero quizás sea lo contrario, ¿todo tiene que descubrirse?, también en el misterio existe un equilibrio, ¿todo tiene que ser dicho o revelado? Hay cosas que son el misterio que esconden.

Capítulo treinta y nueve

Si bien yo atravieso una especie de hibernación de la vida que he llevado en los últimos diez años, no estoy del todo desconectado. Ni de esa vida ni de la otra. La desconexión es el estado más relativo. La otra vida sigue su curso y yo la veo. Presencio la vida mayor que me rodea.

Merodea.

Pero también empiezo a distinguir una propia vida que invento con el sólo hecho de ver. Por solo focalizar con precisión. En menor escala. Sin reducir la complejidad.

No he dejado el departamento en algunos días. No he salido. El espacio de la sala se va transformando en un Universo. Un entramado ridículo de acciones miniatura y habilidades imaginadas. El ritual nos hará feliz. Como poco. Mucho té con Estevia. Hay una fila de hormigas que observo. Podría decirse que además de la hibernación estoy en un proceso de ascetismo. Me purifico. Considero las necesidades fisiológicas como de un orden inferior. Cuando se ha pasado mucho tiempo sin moverse el resto del mundo se transforma en un sitio lleno de velocidad.

El invierno produce el afuera adentro. Todo dualismo me parece atinado ahora. El cuerpo alma. El bien mal. El espíritu materia. Mucho agua. Jugo de naranja. Aumento mi sabiduría. No hablo. No oigo ninguna palabra. Alcanzo por momentos un grado improbable de inmovilidad. Creo una rutina de ejercicios de quietud y medito. Ejercito el no ser en la acción más cotidiana. No hablo. No me muevo.

Soy un asceta sin la bondad.

Por todo eso el espacio no importa. Las medidas del espacio no importan. Todo se mide. La insuficiencia del sitio en que vivo. Tengo una insuficiencia de 88°. El pez dorado y el tamaño de la pecera. En una pecera pequeña no crece, en una pecera grande sí. Entiendo que un pez quiera ser más grande. Toda comparación animal-sociedad es producto de una faúnofilia ridícula y ya fuera de control. Otra obsesión peligrosa. Los faúnófilos son capaces de fingir amor infinito. Gran cualidad cuando se encuentra el público adecuado.

Las semillas en el armario menor ya son plantines que hoy pasarán a macetas mejores. De seis litros. También al armario mayor y plegable. A una iluminación permanente. Las tres (la de Moby Dick notablemente más pequeña que las otras) vivirán en el día eterno. Como pollos en criadero. El armario plegable es perfecto. La herencia del paciente cero. Charlie F. Transportable. Eficaz. Lo armo. Lo desarmo. Esta hecho de un material increíble. Podría creerse que viene del futuro. Y en realidad viene del pasado. Tiene todo. El hueco para un pequeño ventilador. Un sistema de rocío automático. El plateado en el interior refracta la luz que produce la fotosíntesis que origina la floración que luego combinada con fuego induce pequeñas depresiones en el sistema nervioso central.

La muerte también ha seguido su curso. Leo diarios en la pantalla del computador. Se retoman las excavaciones en el cementerio del distrito tres. Buscan identificar los restos NN que han encontrado en las fosas comunes. Es el evento que se supone cubre mi alter-ego periodista suizo. Me detengo en la foto. Siempre he preferido las fotos.

La nieve entre las cruces de madera. El equipo forense abrigadísimo. Una mujer usa protectores para oídos. Algunos fotógrafos. Uno con las manos en los bolsillos. De espaldas una mujer con un sobretodo anaranjado. Qué extraño estado de ánimo la ha llevado a vestirse así. Es un tanto desubicado el color para el lugar y la circunstancia.

La nieve cubre las huellas. Aunque también es la superficie perfecta para dejar marcas.

Me inyecto insulina en el baño. Frente al espejo.

Enciendo dos partes de Morning Glory usando la pipa con incrustaciones de piedras. Espero a que lleguen. Tomo té EarlGrey con Estevia y leche. Preparo mis cosas para el resto del día. Un pequeño bolso con todo lo necesario. Siempre me veo liado a personas útiles. Prácticas. Por eso mi bolso está vacío. Ellos llevan todo. Yo lleno de objetos superficiales. Y lo de siempre. Algo para escribir. La cámara de fotos.

Timbre. Entra Mei-Ling. Práctica. Trae un termo con café. Útil. A eso me refiero. Lleva una especie de capucha que está unida a una bufanda. Todo blanco. Cuando salimos se pierde en la nieve. Como un negro en la oscuridad. Sólo se ven sus ojos de cobra.

Federico y su novia castor nos esperan en el auto. Prácticos. Llevan leña y algo de comida. Hacemos las presentaciones. Meil-Ling. Federico. Vanessa. Yo. Vamos camino al bosque Rímini. Al medio de la montaña.

Es día de semana. El grupo de cuatro ha escapado a sus actividades habituales. Arrastro a todos en mi cadena

de excepciones. Mi cadena-bola de nieve de excepciones. La ruta está desierta. Tomamos café.

Vanessa se corre el cinturón de seguridad y gira hacia atrás. Nos mira fijo. Como ave de laguna que soy siento que esos dientes de paleta pueden ser los de un predador. Después lo dice: ustedes dos son veganos. Mei me mira, ambos afirmamos con la cabeza. Lo sabía. Con sólo ver a alguien en la cara puedo decir si es vegano. Hoy somos mayoría. Dice con orgullo de fracasada. Después su mirada hace un zoom que se acerca. Mei Ling tiene la sangre más pura, dice. Ella nunca ha comido carne. She is a natural born vegan. Su inglés tiene una sinuosidad de computador. Como si hubiera aprendido a hablar usando algún software libre.

Habilidad inútil N° 10:
Descubrir al vegetariano
Los adivinadores

Puedo ver en un segundo que tiene un enamoramiento leve por Mei-Ling. O lo imagino. Odio tener eso en común con ella. Todos deben enamorarse así de Mei. Le pregunta por su país. La pregunta que todos le hacen. Vanessa castor es profundamente salinesca, abanderada de la xenofilia o amor por los extranjeros. Una vez ha estado quince días en Europa. Y desde entonces conoce todo. Conoce la forma de ser de todos los franceses. O cómo toman su desayuno en toda Noruega. La vida de conformidad que lleva es su principal obstáculo para llegar a ser eso que imaginó ser alguna vez.

Salinas se llenó de inmigración laosiana quince años atrás. Se establecieron en los alrededores de la estación de tren y de la terminal de ómnibus. Restaurantes vegetarianos. Tiendas de supermercados. Servicios de manicuras y tratamientos de belleza. Mei cuenta. Llegó a Salinas a los doce años. Con tíos. Dice que conoce la nieve de acá. En Laos hay, pero es distinta. Aunque asegura no la recuerda bien. Después canta un poco una canción. Es bellissimo lo que dice. La forma que tienen esos sonidos de articularse con el paisaje alrededor. Los primeros pliegues del piso se elevan sinuosamente. La carretera que se reduce en comparación a la masa rocosa. La montaña es como el invierno. Adentro. Afuera. Hay un punto preciso en el camino en que dejamos atrás la ciudad y entramos a la montaña.

Federico conduce despacio. Va viendo el paisaje también. No se preocupa por la música. Ninguno lo hace. Son Los Prácticos. Hurgo en mi mochila de superficialidades. Saco Birth of the Cool. Mido en mi mente. Se ajusta perfecto a la velocidad de nuestro desplazamiento. Todo se mide. El espacio que recorreremos con la disposición de las notas musicales. Ahora esa secuencia que es la montaña tiene su adecuada banda de sonido.

Antes de llegar al primer túnel Federico se desvía por un pequeño sendero que desemboca en un claro. Hay algunos pinos y otros árboles. Bajamos del auto y el aire frío nos impacta. Nos deja en silencio. Como al resto del lugar. En silencio emprendemos la caminata hacia el bosque de abedules. El piso está cubierto de restos de nieve y hojas secas. Nos abrazamos de a dos. El oso panda envuelve al castor. La cobra se enrosca en el ave de laguna. Aparece el bosque y nos envuelve a todos. Enciendo

una selección perfecta de New York Diesel. Su excesiva proporción de sativa la hace ideal para evitar la baja de presión o la sobre oxigenación. La forma en los gestos de Mei-Ling son contagiosos. Con sus gestos precisos y pensados provoca ganas de fumar en los demás.

Habilidad inútil N° 11:
Contagiar las ganas de fumar
Los instigadores

Sus gestos son un arte. Federico la ve y cae en su embrujo. Fuma y tose un poco. Fuma de nuevo. De alguna forma sutil parece tratar de emular la delicadeza de los movimientos de Mei-Ling. Vanessa no fuma. Prefiere una ardilla amiga que ha descubierto en un árbol. Se conecta con la naturaleza permanentemente. No puede parar un segundo. Florafaúnófila. La naturaleza la rechaza un poco. Una serie de abrojos se le pegan en su larga cabellera rubia. Casi tuerce su tobillo en una cueva.

Llegamos a la cabaña de Rímini. Un punto perdido entre los bosques que rodean al lago congelado. Ahí es donde van todos. Patinan. Hacen círculos sobre el hielo en medio del silencio de la montaña. Hay un expendio comercial de bebidas calientes y chocolates. Nuestro grupo prefiere la soledad. Tenemos eso en común. Ganas de aislarse.

CONTAGIAR
LAS GANAS DE
FUMAR



**LOS
INSTIGADORES**

Vanessa abre sus ojos de roedor y le cuenta a Mei-Ling la historia del nombre. Del tipo (Rímini) que vivía en el bosque. La interrumpo. Pregunto cómo se llamaba el bosque hasta ese momento, antes del episodio Rímini. Me silencian. La cabaña era en realidad ruinas de madera y piedra quemadas. Aún se conservan ciertas formas. Un banco. La cocina. La forma de una chimenea. Federico llena el hueco con leña. Y enciende un fuego. Vanessa sigue. Rímini era un italiano que vivía aquí solo. Un día conoce a una nena india que vivía en un rancho cercano. Se la lleva a vivir con él y la mata. En el lago aparece un brazo del cuerpo. Rímini desaparece. Lo buscan durante años. Incendian su cabaña. Nunca aparece. Mei-Ling lleva la vista al lago en medio del bosque. En ese instante cae una nevada que dura segundos. Imaginaré bajo las mujeres y niños patinando el cuerpo sumergido de una niña india sin su brazo. Parece increíble pero Mei ha seguido la historia con quieto interés. Queda más silenciosa que de costumbre. Nos reunimos cerca del fuego. Hay más allá, entre los abedules, un grupo de personas. Ruedan una película. Hay cuatro chicas vestidas con overoles anaranjados. Señuelos en la nieve.

Vanessa saca unas salchichas de soja. Las envuelve en masa. Con el permiso del bosque corta unas varas. Atraviesa las salchichas preparadas. Hay algo que une a Vanessa con la montaña. Nos reparte. Práctica. El ambiente se llena de aroma a civilización.

Me siento como un intruso en la primera manada de hombres.

Capítulo cuarenta

Cuando llego a casa me encuentro con la alegría de Mamá, Tía Julia escribió, dentro del sobre hay dos cartas, una para Mamá y otra para mí, es tierna la letra manuscrita y romántico el método de las cartas, aunque existan otros medios más simples Tía Julia aún utiliza este, la estructura de sus cartas siempre son las mismas, organiza la información de manera casi obsesiva, primero algunas preguntas de generales a específicas, luego cuenta un poco de Brasil, del clima sobre todo, excepcionalmente esta vez le ha llevado más de una carilla, los aludes e inundaciones en Río han hecho destrozos, no ha podido salir de su casa, la lluvia se ha mantenido una semana y un alumno suyo de castellano, Santiago, está desaparecido desde el primer alud, me sorprende la saña del clima últimamente, terremotos, lluvias torrenciales, aludes, inundaciones, volcanes estallando, nieve, el resultado en todos los casos ha sido el mismo, el bloqueo, la parálisis de las ciudades, por otro lado alguien debería interpretar un poco a la naturaleza, yo nunca me he preocupado por la ecología, el calentamiento global, ni por los animales en extinción, pero los que hace años luchan por esas causas no han logrado convencernos, hay dos respuestas posibles o los hombres somos muy necios o los ecologistas muy inútiles (la mezcla también), como siempre la carta de Tía Julia termina con una invitación cual ruego exigiendo mi visita, lo logrará por cansancio, termino de leer la carta, como siempre, llorando.

Me dispongo a traducir el final de la obra de Mr. Ratliff, La espera torcida mi encuentro con Leopoldo Tasch me había detenido, me confundió, hay dentro de mí una respuesta a una pregunta desconocida, no había pensado

en una tercera persona, veo mi Block de notas el día del encuentro, Tasch me habló de otro hombre, de otra obra, de un plan de Mr. Ratliff, Ratliff habla de Mr. Death de la muerte, de la muertes.

Leopoldo Tasch me sedujo, no entiendo muy bien la atracción, ¿será la misteriosa voluntad de procreación del hombre?, el instinto de individualización que quiere trascender, en la obra de Mr. Ratliff se habla del amor sexual como intrínseco a la necesidad de perpetuación de la especie, su destino de quedar siempre en la existencia a través de un otro, la pena mayor para los habitantes de La espera torcida era la imposibilidad de contener la verdad, la revelación, vuelven a una especie de eterno retorno, cada vez más pequeños hasta llegar a ser adolescentes, niños, bebés y después óvulos exitosos a punto de vivir una vida sin sentido, sin verdades, una sensación oscura me invadió por completo, la obra es perversa, la vida también, no sé cual más, la explicitación del sin sentido o el sin sentido mismo, lloro, lloro sin parar, quisiera gritar pero para eso está Martín al final del pasillo gimiendo, entonces lloro en silencio, las lágrimas brotan, siento la sangre correr, me miro y mi rostro está enrojecido, me invade el calor y el cuerpo se contrae, la experiencia de la angustia transmitida por algo tan abstracto como palabras.

Decido recomponerme y salir, salir para irme, buscar a Paula y alquilar un departamento de ser posible hoy mismo, cuando camino por el pasillo escucho los sonidos horribles de la película porno que mira Martín en su habitación, hago un cálculo espantoso, nunca nadie ha usado las matemáticas para un fin tan horrible, ¿llegarán sus brazos cortos?

Claudia salió de nuevo, descubro a Cabe escuchando detrás de la puerta de la habitación de su padre desde el pasillo, la imagen es tan violenta, ¿qué piensa Cabeza?, le pego un puñetazo a la puerta de Martín, voy hasta el patio y arranco el cable canal, escucho los gritillos de Mamá preguntando qué pasa, me da tanta impotencia, ni siquiera le respondo, estoy tan harta de esta situación.

Falta llamar a la inmobiliaria por dos departamentos, salgo a la calle con ese objetivo, trabajar y buscar a Paula más tarde, entro a una cabina de teléfono, me siento torpe, se me caen las cosas, la incomodidad de tanta ropa me pone de mal humor y la cabina tan chica no ayuda en lo más mínimo, la escena en casa me ha dejado alterada, quedo en una cita por la tarde para ver un departamento frente a la plaza Bucarest.

Llego a la puerta de la oficina y encuentro a Juan Martín, con sus zapatos más foráneos que nunca, de frente, no hemos hablado desde el día que estuvimos juntos, sólo un par de miradas, las mujeres no podemos tener sexo sin enamorarnos, no es un sentimiento muy profundo, es el enamoramiento del cuerpo, me pasa eso un poco con él, fumamos un cigarrillo en la vereda, los dos tímidos, hablamos de la nieve, de Salinas, todas pero todas conversaciones obvias e innecesarias, opto por terminar con esta incomodidad primero, piso mi cigarrillo a la mitad y entro, me siento un poco mareada, mi cuerpo necesita azúcar, tengo un chocolate en el bolsillo pero me da vergüenza comer delante de otros.

Ya en el fin del día, pego mi nariz al vidrio del Velma Kelly, Paula me sonrío desde dentro, termina de ordenar las mesas, guarda algunas copas, se saca su delantal y

sale, me da envidia un trabajo como el de ella, tan mecánico, Paula sale y no piensa en el bar hasta el día siguiente, aún ahí dentro tampoco hay tanto para pensar, por el contrario mi trabajo me persigue hasta casa, hasta el cine, hasta la plaza, no dejo de pensar en ningún momento, finalmente Paula sale, vamos a buscar nuestro departamento, en el camino hablamos naderías, nos cruzamos con un hombre insultando a alguien por teléfono, Paula dice: típico de un taurino, pero ella percibe sobre todo a los acuarianos, llegamos temprano, fumamos en la vereda espiando el departamento por la cerradura, ambas vibramos lo mismo, éste es nuestro lugar, casi saltamos de alegría, empezamos a pensarlo todo, las compras, la limpieza, las comidas, no podemos parar, la imaginación brota, nos reímos mucho, después del llanto es inevitable una risa descontrolada, cuando llega la mujer de la inmobiliaria, nos mira sonriente también, nos saluda y pregunta si somos estudiantes, ambas afirmamos, también trabajamos, queremos mostrarnos solventes en esta situación, noto una cicatriz en su cuello, recta, muy tenue, posiblemente haya tenido un accidente en la infancia, supongo con un alambre andando en bicicleta, no pudo verlo y casi degollada cayó al suelo.

El departamento es perfecto, al menos para nosotras, es antiguo pero bien cuidado, dos habitaciones y un ambiente grande, un patio interno, imagino las plantas ahí, dos cactus y un malvón, pienso en la orientación de mi cama, no sé nada de adornos pero veremos, juntamos el dinero y le pagamos la comisión, ya casi es nuestro, sonreímos, nos abrazamos y Paula me dice al oído piscis, miro a la mujer y le pregunto por su signo en el zodiaco, piscis responde.

Habilidad inútil N° 9:
Descubrir el signo de cada persona
Los Adivinadores

Capítulo cuarenta y uno

Mei-Ling tiene la letra más extraña del mundo. Me gustaría en este momento conseguir el servicio de un descifrador de letras. Sus palabras parecen hormigas agonizando. Lo que resulta totalmente adecuado. Dice en su nota (o eso creo) que se ha ido sin despertarme porque entra temprano a trabajar. Algo más dice que no entiendo. Ella es quien pone en funcionamiento el departamento 84. Es la primera en llegar y la última en irse. Hace las compras. Lleva los números. Cuando se aburre a veces atiende los teléfonos. Siempre habla mejor que cualquiera de las otras chicas. Cuando describe el cuerpo de la mercadería insinúa con justeza. Cuida el lugar. Está en cada detalle. Arregla la imagen de la chica recién llegada. Le enseña gestos y movimientos mínimos de femineidad. Lleva personalmente a cada diario los textos que aparecerán en la sección de clasificados del rubro 59. En los cuatro diarios de Salinas ofrecen sus servicios las chicas del 84. Que simple es. A pesar de ser su actividad ilícita como la mía puede ejercerla con esa libertad. Supongo distintos grados de grises en la ley.

La he ayudado en la redacción de los avisos publicitarios. Un estilo para cada diario. Conservador. Señoritas asiáticas. Popular. Hermosas orientales. Progresista. Una experiencia étnica. Online. Soy tu fantasía. Un mensaje para cada público. Su tío es el verdadero dueño del lugar. Mei-Ling trabaja para él, lleva adelante el negocio. Si hay problemas con la ley se hace pasar por una trabajadora más.

Desayuno frente al computador. Escucho un programa

de radio porteño. Me resulta imposible reír en la mañana. Fumo una variedad nueva de Dwarf Mix. Mejora el humor disolviendo los trazos menos felices de memoria inmediata. Escribo un mail a Leopoldo Tasch.

Para: LeonTasch@hotmail.com

Asunto: Señor Plagiarista.

... entiendo que ha decidido seguir su destino de plagiarista; espero tengo absoluta seguridad de lo que hace. Yo por mi parte prometo no abandonar la empresa de poner al descubierto su verdadera personalidad. Le saludo atentamente.

La insulina inhalada se mide en unidades. Esa forma de medir no se considera tan eficaz como la subcutánea (que se mide en centímetros cúbicos). No se sabe la cantidad exacta que se absorbe. Absorbo. La dosis es la medida del veneno. Un equilibrio entre la sobre y la subdosis. El sonido es aspirado y siento que la sustancia va directo desde la nariz al cerebro. Llega a mis ojos creando una capa entre el párpado y la pupila. Un layer blanco que todo lo difumina. Extraño la aguja. El pinchazo me da seguridad. Hundo la aguja vacía en mi piel. La ansiedad disminuye de a centímetros. Todo se mide.

Cada vez me cuesta más recorrer los pisos que me separan del suelo. El departamento parece alejarse y hacerse pequeño. En la puerta de entrada un hombre gavilán pulsa el botón 84 marcado con esmalte de uñas rojo. Mientras me alejo escucho la voz dulce de Mei-Ling que sale a través del portero eléctrico. Luego un zumbido que invita al extraño a entrar al edificio.

He decidido retomar cierta actividad exploratoria. Porque no puedo estar sin ejercer la actividad noto una incipiente o ya desarrollada adicción. O porque hace menos frío. Hay un sol incipiente. Obedezco al clima. Salgo. Espero el trolebús adecuado. Uno bien lleno. Ejercicio mi habilidad. Me quedo con un asiento invertido. De espaldas a la espalda de búfalo del conductor o conductora (es imposible saber). Vuelvo al asilo Frankweiler. Frente al parque Beijín. Me recibe la misma mujer topo en la entrada. Ya no le importa si me recuerda de antes o si soy un desconocido. Me habla un rato sobre sus percepciones inmediatas. Sobre la vida ahí. Tiene la vista fija en la pantalla oscura de un antiguo monitor blanco. Le advierto. Manipulo el brillo y el contraste. La imagen mejora. Ella ni siquiera lo nota. Juega al solitario. Lo termina una vez. Dos veces. Siempre gana.

Habilidad inútil N° 12:
Resolver el solitario cada vez.
Los Calculadores

RESOLVER
EL SOLITARIO
CADA VEZ



Los
CALCULADORES

Yo sigo algunas indicaciones o pedidos que me ha hecho Pola O. Un compañero y amigo que podría aprovechar mis servicios. Alan P. Lo busco. Lo encuentro en el salón de usos múltiples. Rodeado de otros viejos y algunos visitantes. Nos saludamos. Intercambiamos unas palabras sobre nuestra amiga en común. Me muestro un tanto disperso y diletante. No estoy en la búsqueda. Son tareas de orden secundario. Me pide que lo lleve al rincón opuesto del salón donde hay más luz. Empujo la silla de ruedas con Alan P. Me detengo frente a una ventana. Alguien me insulta en italiano. Un viejo que usa la ventana como pantalla. Me interpose entre él y un paisaje de nieve que se deshace.

Los visitantes son un grupo de cuatro chicas de algún grupo de la Iglesia, traen ropa y juegos aburridos. También hay un despreciable número de parientes. Distingo a integrantes de una Ongui que asiste a los desamparados sociales. Se llaman Accionar. Siempre usan infinitivos para nombrarse. Si la organización Accionar fuera lo suficientemente eficaz en su metier llegaría un día en que dejaría de existir. Trabajan por el error. Autodestruida por su propia eficacia. Si hicieran su trabajo con la valentía de seguir una obsesión verdadera finalmente no tendrían trabajo. No se obsesionan jamás. No tienen esa pasión que define al fanático. Apenas buscan sobrevivir sin trascendencia porque no creen en la vida. Yo creo que se dedican específicamente a reproducir desamparados sociales. De esa forma se aseguran su continuidad laboral. Los observo cuidar a los viejos. No se proponen, como yo, liberarlos de su dolor o sufrimiento apostando la propia vida. Su misión no es metafísica ni mucho menos auténtica.

Estaciono la silla y me acomodo junto a Alan P en una

mesa redonda. Compartimos el espacio con un joven que visita a su abuelo. No es joven. Es un hombre infatiloide. Una joven morsa en todo caso. Un ojo apunta a todos lados. Habla con el viejo que tiene un marcado acento español. La morsa se ha ido de Salinas a Barcelona. El camino inverso al abuelo. Considera eso un triunfo importante. Emanan una clase muy precisa de infelicidad. Muy común en el habitante de Salinas. Odia la ciudad amateur. Entonces se va a vivir lejos. España es un destino frecuente. Ya que ni siquiera puede o sabe otro idioma. La partida es su triunfo artístico. Eleva su estadía en España a la categoría de obra. Aparece la zorra enfermero. 92% afeminada. Más mujer que nunca. Igual de zorra que siempre. Todo se mide. Tiene extensiones en el pelo y está más flaco. Conserva el gesto torcido en la boca. Me ve. Se acerca. Mira a la morsa. Me trata con una familiaridad excesiva. Coquetea. Jugamos con las palabras un poco. Enrosca su cola roja y también presta atención a las historias que la morsa cuenta al viejo. La morsa usa su ojo rebelde para espiarnos. Nadie sabe hacia dónde mira. Nos mira. No. Si. No. Ojos de camaleón. Hay mestizos entonces: la morsa/camaleón. La enfermero vibra ante su propia voz. Luego me da una tarjeta con su firma detrás. Una tarjeta para el Velma Kelly. Cuando hace la invitación sube doce decibeles el tono de su voz. Agudiza el timbre subiendo dos tonos. Todo se mide. Es un pub subterráneo en el corazón del distrito uno. Actúa ahí. Su nombre artístico es LaMonzoneta. Actúa junto a Niksi Vantis y Masterlink, el rey del amateurismo. Si uso la entrada la zorra enfermero será recompensada con un trago. Ríe. No distingue la realidad del chiste. Prometo hacer el intento de tratar de ir. Cuando se va echa una mirada a la morsa camaleón. Saluda al abuelo que le devuelve la mirada un poco perdido.

Dejo el lugar y camino de vuelta al departamento. Es una bajada pronunciada que me lleva. Espío por las ventanas de las casas. Las rejas disminuyen conforme voy ingresando al distrito tres. Llego al departamento. Las plantas crecen. La fila de hormigas. Llego Mei-Ling. Leopoldo Tasch ha respondido.

Para: LisbethSalander@tempsmoderns.com.sz

Asunto: Re: Señor Plagiario.

... en todo caso es usted el plagiario, ni su nombre ni su revista existen. Usted no existe, no puede reclamar nada desde su anonimato. Hasta soy capaz de acusarlo yo a usted. Una falta de originalidad total lo suyo. Ha venido otra persona, una muchacha mal vestida y gorda, contando la misma historia que usted. Como verá, falso periodista, el mundo está lleno de intrascendentes.

Lo saluda atentamente.

LET

Capítulo cuarenta y dos

El almuerzo está servido, hoy Claudia come en la habitación con Martín, Cabe con nosotros, nos miramos cada tanto con él, se me llenan los ojos de lágrimas y tengo un nudo en la garganta, trato de disimular, le hago caras y le tiro besos con la punta de los dedos unidos haciendo un camino, como si rebotaran y fueran hasta él, Cabe se los ataja con las manos o con la mejilla como sufriendo el impacto, mientras estamos en ese juego, digo casi casualmente, me voy a vivir con una amiga, el tema termina ahí, los ojos de madre se agrandan, llora hacia adentro, debe haber imaginado algo extraño, Cabecita me mira sin decir nada pero confundido, sin mayores explicaciones le insisto en ir a patinar al lago congelado, cerca del bosque Rímini.

Antes de salir Cabe saca de su bolsillo un par de aros, me mira y me los entrega, yo estoy sorprendida ¿para mí?, me mira asintiendo con la cabeza, no lo puedo creer, hace unos días pensaba en mejorar mi imagen, ser más femenina, arreglarme un poco, sólo las personas observadoras regalan eso que el otro necesita, Cabe lo supo, le pregunto de dónde sacó la plata o el regalo, me contesta levantando los hombros, Claudia ha tenido participación en esto.

Habilidad inútil N° 10:
saber regalar
Los Observadores

Uso mi conjunto de polar negro ajustado, preparamos todo y salimos, una mochila cada uno y los patines colgados, en el ómnibus, aún de la mano Cabe y yo miramos el paisaje, todo blanco por la nieve, llevamos puestos cada uno sus auriculares, la música acompaña la imagen blanca purísima del aire y de la nieve, al final del viaje aparece el bosque Rímini, el efecto de los abedules cuando uno va en movimiento es hipnótico, bajamos apenas se vislumbra el lago, el aire frío nos impacta directamente en el rostro.

Acomodo los piecitos de Cabe dentro de los patines y luego arreglo los míos, nos levantamos de la mano y empezamos muy tímidamente a recorrer la superficie congelada del lago, despacio, el viento en la cara, el pelo flamea y sin casi darme cuenta estamos girando y bailando por el lago, siento una armonía entre mis movimientos y los de Cabe, nos dejamos llevar, materializada así sería la libertad, pienso en este momento inolvidable, casi una despedida, comienzo a llorar de nuevo en silencio, miro a Cabecita, llora por el aire frío y también ríe, muy feliz, mientras giramos el fondo detrás nuestro se vuelve indefinido, nuestros rostros en primer plano.

Hemos pasado por lo menos media hora en el baile, en la vuelta, nos sentamos a tomar la chocolatada que traje en el termo, humeante pero sin azúcar, solo endulzada con la barra de chocolate amargo, comemos las galletitas vorazmente, le quito las galletas de la mano y las devuelvo al paquete una y otra vez, se cansa y me mira serio, detrás de Cabe está el bosque, escucho gritos a lo lejos, hay un grupo de personas dentro del bosque con cámaras, luces, pantallas, dos chicas con mameluco anaranjado hacen una escena gritando, todo un grupo corre atrás de las chicas de naranja.

Me estremezco cuando recuerdo la historia siniestra del bosque y del tal Rímini, siempre que vengo a patinar a este lago termino perseguida creyendo ver cosas bajo el hielo, me intriga el destino de Rímini también, nadie sabe adonde fue y si ha vuelto a cometer crímenes es una incógnita, quizás otro bosque, otra niña, alguna vez quiero estar en el momento exacto de un crimen, desde adentro, que siente el victimario, que siente la víctima en ese último y preciso momento, imagino esos segundos tan profundos en la división de la vida y la muerte, como se mira, que se dice, que se siente, para que alguien quiera matarte o uno quiera matar a otro debe haber una pasión poderosísima, solo pienso en poder provocarla alguna vez, sólo como posibilidad.

Viene a mi mente la obra de Mr. Ratliff, el comentario de Leopoldo Tasch, el otro hombre o autor con parte de la obra, ese hombre tiene una respuesta o es él mismo la respuesta, los misterios existen para ser descubiertos.

Vuelvo a la realidad y Cabe esta temblando, tiene los labios morados de frío, yo también, subimos a la ruta a tomar el ómnibus a la ciudad, en el camino de vuelta no dejo de pensar como estará Cabe cuando yo me vaya, no estoy ni cerca de ser la alegría de ese hogar pero sé claramente lo que significo, formo parte de un equilibrio y empieza a declinarse de a poco, las relaciones humanas son perversas, aún necesitar de los otros, que los otros necesiten de uno, soy tan egoísta como sincera, de eso no me caben dudas, la necesidad quiebra a la voluntad.

Block de notas

El objeto del informe.- Es el fin que se persigue con la pericia. Para que se solicita. El artículo 475 establece

que el juez manifestará clara y determinadamente a los peritos el objetivo de su informe. Es primordial conocer la pregunta para dar la respuesta adecuada.

Capítulo cuarenta y tres

¿Ha inventado Leopoldo Tasch un nuevo personaje?. La necesidad del plagiario de inventar. Quiere confundirme. Acaso me está proponiendo un juego un tanto psicópata. Los mails son la herramienta perfecta para eso.

Un tercer propietario de la obra de Steve Ratliff. Una propietaria, ha puesto en el mail. Acaso la relación entre Tasch y Steve R ha sido más importante de lo que creí. Cuantos somos los demás. Los Taschs del mundo contra la muchacha. En sus manos estaría la llave que abre el resto de la obra.

Esta cadena de excepciones se está expandiendo demasiado. En el tiempo. En el espacio. Esta ganando espacio.

Igual la respeto. Por eso esnifo unas medidas de insulina. No quiero romper la cadena volviendo a mis rituales antiguos.

Saco de un baúl numerado los cuadernos y las carpetas de Steve Ratliff. Las dejo sobre la mesa limpia. Se escapa una foto antigua de una mujer conduciendo un Ford T. Me propongo traducir todo. Publicar. Quiero quitármelos de encima. Los publicaré en la peor editorial que encuentre. Voy a considerar eso como un cierre de la cuestión. Leopoldo Tasch debe desaparecer de mi vida.

Desayuno.

Traduzco

Paso el tiempo sin medirlo.

Compro un proyector. No es nuevo pero logra ese efecto. De cine. Veo decenas de películas. Desarrollo un sistema que me permite predisponer los sentidos con exactitud a cada género. Combinaciones precisas.

* Para las de terror: dos partes de Alaskan Ice y una de White Russian que agudizan el oído y suspenden la idea de realidad inmediata.

* Para las animaciones: una parte de Red Dwarf es suficiente. Agudización psicotrópica. Más colores. Menos razonamiento lineal. La Red es una gran inductora del pensamiento simultáneo. Ese que no se puede expresar con la línea del discurso.

* Para el drama independiente: dos partes de Blue Rhino. Reduce la empatía.

Veo con asiduidad a Mei-Ling. Tomamos un baño. El vapor del agua y el humo. Permanecemos en silencio y juntos.

Vamos con el panda Federico y la novia castor hasta el aeropuerto abandonado en la parte vieja de Salinas. Hay una fauna que vive ahí. Conejos silvestres. La nieve se mete entre pequeñas ventanas hasta la sala de espera. La disposición de los asientos plásticos es en bloque y enfrentados. Hay carteles en cada idioma. Me admira mi capacidad de tornarme normal. En apariencia tengo Novia. Y tenemos Amigos. De forma implícita nuestras visitas siempre terminan en sitios como este. Un tanto fantasmales. Esa peculiaridad nos distingue de las parejas ordinarias. Preferimos los sitios sin gente. Hacemos fuego. Mei y castix dan una vuelta por el piso superior.

Cruzan la cinta transportadora quieta y llegan hasta la zona donde se inicio el incendio. Después nos saludan desde una torre de control. Afuera cae una leve nevada sobre la pista de aterrizaje poblada de yuyos. Federico y yo compartimos la pipa con incrustaciones. La he llenado con una medida exacta de AK47. Vengo fumando esa variedad los últimos días. Precisamente para eso. Para diluir el transcurso del tiempo. Charlamos. Federico me explica la importancia de mantener los cuidados en los pies. Varias veces. Loopea. Me da mucha gracia. Siento cariño por él. Encuentro que hay una especie de barrera entre la castor y el panda. Como si fueran un matrimonio de tiempo atrás. Nunca amigos. Hay que respetar el frío, dice. Su forma de vivir es consecuencia de una reacción opuesta a la mía. Nunca se ha planteado que quizás la diabetes sea el primer eslabón de una cadena y no una simple excepción estadística.

Yo decido. Cada mañana. Si quiero vivir. Si no quiero vivir. Si inyectarme o no inyectarme. Me gustaría ver a la humanidad en esa encrucijada. Si el cuerpo humano incluyera un dispositivo. En el brazo digamos. Un botón. Un botón rojo bajo la axila. Que la muerte sea eso. Decidir si presionar un botón o no. Todas las mañanas. Requiere una gran disciplina. Una permanente necesidad de creer en el resto del mundo. O en la existencia auténtica.

La muerte por inacción es profundamente tentadora.

Yo jamás aceptaría un páncreas cibernético que me administrase insulina de forma automática.

Yo quiero decidir. Vivir. No vivir. Cada mañana.

Para Federico, en cambio, cada vez que se inyecta un plan se concreta. Ya sabe que cada mañana se va a inyec-

tar sin pensarlo. Y además se va a dedicar a encontrar la forma de no tener que hacerlo nunca más.

Visito a Alan P. El invierno se ensaña particularmente con el asilo. Con el edificio viejo y lleno de grietas.

Veo a Mei-Ling.

Las plantas crecen. Llevan casi la mitad del tiempo que precisan para crecer. Sin contar la floración. Acaso sean lo único que me mantiene en Salinas.

Traduzco. No respeto ningún tiempo verbal. En algunos significados pongo lo que siento que dice no lo que dice el diccionario.

Me considero afortunado por lo mínimo. Por haber puesto en funcionamiento algunos mecanismos. Muy primarios. De los más simples. Pero que no precisan de mi inercia. Me asaltan, bien. Intervienen en mi vida para mantener mi lugar en el mundo. Las hormigas, las plantas, los demás son esos mecanismos.

Las plantas crecen.

Mei Ling trae chocolates. Marroc. El complemento químico perfecto de una AK47. Pongo el proyector contra la pared blanca. Vemos películas tirados en la sala. Usamos el vaporizador. Adentro comodidad. Afuera nieve.

Sigo con las actividades exploratorias. Jugamos cartas en el asilo. Aún no dilucido de cuál juego se trata. A veces gano. Está la topo jugando al solitario en la entrada. El enfermero afeminado. Las chicas de la acción católica. Los integrantes de Accionar. Una tarde voy llegando y

veo cómo sacan un cuerpo cubierto por una manta. Paro cardíaco. Lo primero que deseo es que se trate de Alan P. Que lo haya podido lograr sin mí. No. Es una mujer. La forma displicente como tratan al cuerpo los empleados judiciales me hace pensar que acaso yo tome demasiadas precauciones en mi ejercicio. Que debería ser más veloz y certero. Más artesanal. Menos artístico en mi oficio.

Más nieve. Alguien está empeñado en sepultarnos. Y ni siquiera somos originales. En el resto del mundo hay terremotos. Combinados con agua. Cenizas volcánicas. Sequías.

Kind of Blues. Chet.

Traduzco.

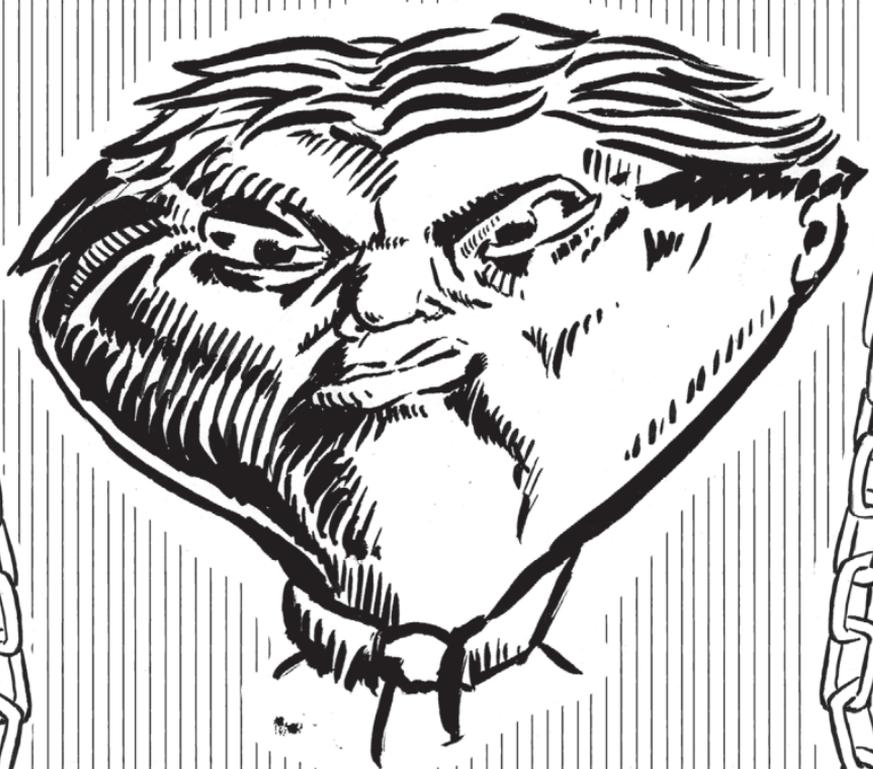
Más películas.

24 x 80. Veinticuatro horas de películas de los ochenta. Termino con Misery. La silueta de la fanática obesa entre la nieve me acompaña hasta los sueños.

Reunión de consorcio. Afirmo mi postura de no iniciar acciones legales contra departamento 84. Siento la mirada de las mulas. Pretende ser de odio pero no logran la forma adecuada. Siempre termina siendo de sumisión. El cangrejo y la Rinoceronte en cambio sí la logran. Aunque les faltan algunos años aún para lograr hacer llorar a un niño con esa mirada.

Habilidad inútil N° 13:
hacer llorar a un niño con la mirada de odio
Los instigadores

HACER LLORAR A UN NIÑO
CON LA MIRADA



**LOS
INSTIGADORES**

Aduzco que es trabajo de la justicia. Avalo la decisión de poner una denuncia en todo caso. Sé que Mei-Ling tiene tratos con la policía.

Alan P se decide. O finalmente lo entiende. Hasta en el final de la vida es difícil saber con precisión lo que el corazón y la mente precisan. Es mi paciente N° 60. Llego al número redondo. No soy un entusiasta de los aniversarios.

Cuando el clima y otros indicios lo dicten creo que será momento de acabar con la cadena de excepciones.

Capítulo cuarenta y cuatro

La nieve a disminuido, ha salido mínimamente el sol y derritió algunos centímetros de la capa blanca, ayer abrieron algunas rutas, mi necesidad de catástrofe siempre queda incompleta, las cosas mejoran antes de tocar fondo, no alcanzaron a suspender las actividades laborales, ni las escuelas, los edificios públicos nunca cerraron, parecen ignorar el crecimiento de los accidentes callejeros, gente lastimada por caídas en la calle, los accidentes de tránsito por las carreteras congeladas, los crímenes pasionales y los suicidios por el encierro, aunque estos últimos datos nunca los publiquen, pero en verdad no pasa nada, todo sigue su curso normal y mi necesidad queda insatisfecha.

En la oficina mi jefe despide al equipo de antropología forense, no se ha podido terminar el trabajo y la Fuerza está gastando mucho dinero para mantenerlos en Salinas, han decidido cambiar los planes y retomar el trabajo en la primavera, aprovechan la habilitación de las rutas, eso implica la partida de Juan Martín, pero también un encuentro primaveral, suena interesante, busco un momento para hablar a solas con él y despedirme, salgo a la vereda a fumar un cigarrillo, lo miro antes con los cigarrillos y el encendedor en la mano, me mira pero no parece entender la señal, salgo y me congelo las manos fumando, necesito guantes cortados, de cuero quizás, llega el fotógrafo Diego y entra sin saludarme, se cruza con algunos de los chicos del equipo de antropología de Buenos Aires yéndose a tomar el ómnibus, me desespero, muchos nervios, a pesar del frío me pongo colorada,

trato de pensar las palabras de despedida, alguna frase contundente e inolvidable, justo me doy vuelta cuando Juan sale, quedamos enfrentados, vienen dos compañeros más del equipo, se separa y viene hasta mí a saludarme, sonrío y le doy un abrazo tímido, que estés bien, cuídate, vos también.

Eso fue todo, un amor de invierno, cuando regreso a la oficina decido entre informes o inspección, obvio, soy más dada a lo operativo, una anciana ha muerto, busco mis cosas y voy, con el agente y el fotógrafo Diego, nada más divertido, un compañero que no sólo no me habla sino a esta altura me odia, llegamos y como siempre hay una especie de alboroto en el asilo, para ellos es tremendo, se van muriendo uno a uno, quizás no deberían hacerse amigos en esta situación, si ya saben cómo terminarán, nos guía el enfermero amanerado, podría no ser su turno, pero por el contrario aquí está manejando todo, hablando con el fotógrafo Diego, atravesamos la sala, por el pasillo llegamos a las habitaciones, reviso el cadáver, Diego saca las fotos.

Block de notas

INFORME Marta M.

Motivos del deceso: Paro cardiorespiratorio

Reviso los ojos. El iris limpio. Dentina perfecta.

Es tortuoso pero necesario, el asilo no tiene puerta trasera, de salida pasamos frente a todos los internos en la sala de usos múltiples con el cuerpo de la anciana, podríamos ponerle un cartel de "así terminaran ustedes en no mucho tiempo" para acabar de deprimirlos, por los rostros de las niñas de la acción católica entiendo que no es fácil tampoco para ellas, están tan alejadas de la idea

de la muerte, una mascota o un pariente lejano, un silencio oscuro, un clima extraño, todos quedan conmovidos, un brazo de la anciana se cae al costado de la camilla por el movimiento, lo levanto rápido y bruscamente.

De vuelta a casa, aunque no es de camino paso por la puerta de nuestro casi departamento nuevo, aún no tenemos la llave, quizás antes del fin de semana, así podemos ir limpiando y mudarnos inmediatamente, tengo unas horas y no quiero regresar a casa temprano, voy a comprar ropa, cambiar un poco el look, tengo los aros regalo de Cabe puestos y eso me motiva, por algo se empieza, me compro unas botas de lluvia antideslizantes, marrones, unas faldas y medias de lana, soy muy buena compradora, elijo y compro, con solo mirar la prenda una vez capto mi medida y como me quedará, nunca he fallado, sorprendo a los vendedores.

Habilidad inútil N° 11:
elegir la ropa adecuada.
Los calculadores

Vuelvo a casa y encuentro a todos en la habitación de Martín, los gritos son insoportables, estos no estaban categorizados, son los más fuertes de todo este tiempo, han llamado a la ambulancia, todo se ha complicado y no podemos solucionarlo en casa, Claudia está agotada, mamá llora desconsoladamente y la infección va superándose, desarrollándose y envenenando el cuerpo de Martín, nunca había visto su rostro así, no sólo el color sino un gesto que no conocía, me llevo a Cabe a mi habitación y seguimos armando el rompecabezas, los dos con los auri-

culares, pero yo no los he prendido y escucho la sirena de la ambulancia al llegar hasta el frente de la casa, Cabe ve las luces por la ventana, los escucho entrar, tardan mucho, es cada vez más complicado trasladar a Martín, su cuerpo gigante no entra en las camillas y los enfermeros no pueden solos hacer el trabajo, no pueden llevar tanto peso, Claudia y mamá ayudan, se escuchan golpes, las quejas de Claudia y los enfermeros murmuran, Cabe se pega al vidrio y ve la secuencia desde la puerta de casa hasta arriba de la ambulancia, yo no le digo nada, imagino más humillante para un niño la gordura de su padre antes que la propia enfermedad, miramos pegados al vidrio las maniobras de los enfermeros, la escenas larga y hasta graciosa, si esto fuera una película.

Capítulo cuarenta y cinco

Se va la luz.

El trabajo de traducción es una pendiente pronunciada.

Yo soy un ciclista sin frenos.

A medida que avanzo en la obra de Steve Ratliff el tiempo se hace más corto. Gano velocidad. Los contornos se hacen cada vez más difusos. Respeto el nombre. El concepto fonético. Los nombres no se traducen. Estimo que los poemas son intraducibles también. Las rimas no admiten equivalencias. Los dejo así, en inglés.

“Matress Girl” es mi favorito.

Let me stalk you / Matress girl

Tenderness is your name

Como uso White Russian no siento el tiempo.

Distingo entre el tiempo y el clima. Sigue la nevada. Los canales que recorren la ciudad súbitamente se transforman en trampas para turistas. Como están cubiertos de nieve los visitantes a la ciudad caen. La sobreoferta de vino tampoco ayuda a la circunstancia. Es casi un complot entre el vino, la arquitectura de la ciudad y la nieve. Es habitual encontrar un extranjero pálido de nariz carmín sumergido en la nieve. Los hospitales atienden gringos con esguinces. Con tabiques quebrados en el peor caso.
¿Dónde van las ratas cuando nieva así?.

La plaza Estocolmo es el cuartel central de las ratas.

Usan los canales secos para desplazarse por toda la ciudad de Salinas. Van de plaza en plaza. Tiene hijos. Saben que el agua significa la muerte. Yo creo que han desarrollado la habilidad de sentir el agua. Sienten venir la ola.

Ahora, que voy camino a la editorial Wapshot con Bill Evans en los oídos, veo una rata gigante gris y rosada que me mira desde las ramas de un arbusto. Las miradas a la misma altura. Me asusto un poco. Tenemos la misma jerarquía parece estar diciendo. Me sostiene la mirada. Después se desliza por una rama delgada hasta el disyuntor que maneja la electricidad en la plaza. Se dedica a morder un cable durante unos segundos. Se produce un leve refucilo azul. Las luces del alumbrado público titilan. La rata recibe una pequeña descarga que la reanima. Son ratas adictas a la electricidad. Acaso estén modificando su anatomía. Modificaciones que pasan de generación en generación.

La excepción es la visibilidad de la rata. Se exhibe. Totalmente desinhibida. Ya no nos temen.

Ha sido difícil buscar la peor editorial. Es una tarea ardua elegir lo peor entre lo más malo. He tenido en cuenta todo. Los peores precios. El peor logo de presentación. El peor empleado (he hablado por teléfono con algunos). He buscado la menos profesionalidad posible. Creo que la peor editorial merece publicar el mejor libro del mundo.

En el distrito cuatro la nieve se mezcla con la basura. Es un puerto sin mar. La fachada de la editorial Wapshot muestra el dibujo de un centauro parado sobre sus patas traseras. Sobre el mostrador una pecera. Me recibe prime-

ro el aroma a pegamento y tinta. Después el erizo dueño de la empresa. Es un hombre manchado. Lleva uniforme gris. Me dice algunos precios. Me muestra ejemplos. Un espanto. Tesis universitarias. Informes estadísticos. Justo lo que estoy buscando. Ya tranquilo y seguro de que peor sitio no puede existir le paso los originales traducidos de Steve Ratliff. Me pregunta por la tapa. Un ruido a chasquido precede la aparición del niño. Entre cuatro y seis años. Lleva sobre el rostro los rasgos del erizo mayor. Juega con una pequeña y vieja cámara digital de dos megapíxeles. Saca fotos hacia la nieve. A la pecera sobre el mostrador. Tiene el mejor juguete. Revisa cada foto que saca. Pido un papel en blanco y un marcador negro. Me acerco un banco alto y comienzo a esbozar el dibujo para la tapa. El pequeño erizo me hace compañía. Habla sin parar. Sus preguntas me van guiando en el dibujo. ¿Y eso qué es?. Un hombre con cabeza de ave y una jeringa en la mano. ¿Y eso es una mujer gorda?. Una mujer con cabeza de rinoceronte. Una nena con cabeza de oveja. De fondo un edificio altísimo con un cartel que dice Radiohead y un hombre topo que se asoma por una ventana circular. Trato de recordar todos los personajes. Estoy haciendo las sombras cuando siento la ola venir. El agua es la muerte. Soy la rata en el canal. El niño erizo me toma una foto. La mira. Le gusta. Saca después una foto a mi dibujo. Otra al foco que nos alumbra. Saca una foto a la monja pequeña y marrón que activa la campanilla sobre la puerta de entrada.

Le entrego el dibujo al erizo mayor. Le pago. Me promete para mañana mis cincuenta ejemplares.

Para caminar Bill Evans.

Ya tengo mis cincuenta ejemplares. Voy a diez bibliotecas, esparzo la obra de Ratliff. En las cadenas de Universidades Pagas. En tres librerías de usados. Los reparto. Mensajes en botellas al mar. Pongo un aviso clasificado junto al aviso del departamento 84.

Las Crónicas de Mr. Steve Eugénides Ratliff
Bibliotecas del distrito 1 2 3 y 4
El libro blanco.

Porque el libro además es todo blanco.

Para que se pierda en la nieve que cae.

Capítulo cuarenta y seis

Estamos otra vez en el lago cerca del bosque Rímini, volvemos a bailar, felices y libres, algo ha cambiado, aún no sé, percibo algo diferente, Cabe se aleja de mí, nos soltamos las manos, yo sigo girando y bailando, él cada vez más lejos, concentro mi mirada en el bosque de abedules, los veo en movimiento, giro sin parar y empiezo a marearme, a ver todo confuso, hay gente alrededor, las dos chicas de mameluco anaranjado patinan como una pareja profesional cerca mío, Cabe es más grande pero es él, yo lo sé, lo veo alejarse, miro hacia abajo y veo tras el hielo el rostro de una niña india con los ojos muy abiertos, levanto la vista y Cabe está más lejos aún, intento alcanzarlo pero se sigue alejando, le grito indescifrablemente Martín, me mira desde lejos y se hunde en el lago, en una grieta, corro desesperada pero no avanzo, grito desesperada que alguien ayude a Martín, miro alrededor y ya no hay nadie, me quedo sin voz, camino hasta la ruta y tomo el ómnibus pensado todo el tiempo en cómo voy a decir a Claudia, a Martín, a Mamá que he perdido a Cabeza, lloro sin parar, el género es mezcla de drama familiar con suspenso.

Me desperté llorando, la casa está en silencio, es tan extraño, como otra casa, otro lugar, el olor persiste, fui hasta la habitación de Cabe para ver si estaba bien, es un consuelo muy bien pensado el creer que soñar la muerte de alguien le alarga la vida, finalmente una cree haber hecho un bien a esa persona, es la única manera para aliviar la angustia, seguí llorando un rato después solo para descargar toda la angustia, me volví a dormir hasta muy tarde, aprovechando el silencio.

La casa sigue en silencio, Claudia y Madre en el hospital con Martín, yo con Cabe, los siguientes días serán difíciles con los horarios de la escuela de Cabe y el hospital, pero disfruto la ausencia de Martín, algo muy dentro mío rechaza su regreso, quisiera mantener el silencio, cambiar el olor de la casa, hablar con Cabe y escucharlo responder, ser un poco felices, escuchar música y bailar, cambiar todo, los sonidos, los olores, el humor de esta casa, me llama Paula por teléfono, si, si pero hoy no puedo, tengo algunos inconvenientes, si, si mañana seguro, parece algo preocupada, espero no sea nada grave, no necesito más problemas.

Miro el diario, sigo mirando los clasificados para comprobar nuestra buena decisión con el departamento elegido, pura soberbia, me divierto con otros clasificados nada sutiles, en la misma página leo AFROUMBANDISMO. María Ester. Trabajos inmediatos, resultados fuertes. Tarot. La mejor.

MARIANA MASAJES descontracturantes, sedativos, relajantes, prostáticos, parejas. Para vos cariñitos y mimos. Privacidad 24 hs.

Algunos son tremendamente literales otros más discretos, me imagino como haría uno yo, seguro sería tan serio, nadie me llamaría, entre los clasificados de saunas encuentro uno muy extraño, no puedo creer, parece una broma o una trampa, me refriego los ojos y vuelvo a leer para saber si es cierto, lo anoto en mi Block de notas rápida y literalmente.

Block de notas

Las Crónicas de Mr. Steve Eugénides Ratliff.

Bibliotecas del distrito 1 2 3 y 4
El libro blanco

Me pregunto si este mensaje quiere develarse o soy yo la descubierta, atrapada por él, ¿porqué justo ahí?, se me muestra, la sombra de Mr. Ratliff me persigue, corto la página del clasificado, la guardo en mi Block de notas junto al apunte mismo, aún es temprano y emprendo la búsqueda del libro.

Me abrigo tanto como puedo, la nieve sigue cayendo, Mamá volvió y se quedará con Cabe, lo beso en la frente y me voy, en el subte no puedo estar quieta, la ansiedad, una incontenible ansiedad, camino por los vagones hacia delante, me da la sensación de avanzar más rápido, me alivia, bajo, camino cuatro cuadras casi corriendo, entro a la biblioteca Ignatius Reilly del distrito 4, la más cercana, el sector de atención al público es un lugar frío, silencioso, repleto de mármol blanco y muy iluminado, me desprendo de mis objetos y pido el libro, una bibliotecaria joven y simpática, rompiendo el mito de las bibliotecarias viejas y mal humoradas, me provee la obra, me aclara que no sale a domicilio, aún no está asentado en el inventario, lo han traído recientemente, la edición es un desastre, mal encuadernada, de mala calidad, miro el libro y veo el sello de la editorial Wapshot, nunca la había escuchado, es de Salinas, me dispongo a leer aquí en la sala de lectura, pero retrocedo para preguntarle a la bibliotecaria si sabe quien lo trajo, la chica niega con la cabeza, tiene la boca llena de galletas, en eso es igual a todas las bibliotecarias tomando su té con galletitas a la misma hora todos los días, ella no lo recibió, fue en el turno contrario, le agradezco, me siento en la primer mesa de la sala de lectura y devoro los primeros párrafos.

“Mr. Death no lo sabe aún, pero ejercer su white elephant gift es el menor de sus descubrimientos. Puede (y yo creo que debe) cambiar la historia de la humanidad con la expansión de sus ideas.

Habilidad inútil N° 0:
descubrir el deseo de muerte en los otros.
Los asistidores (The asistants).

Llevo ocho años en cama, lleno de dolores. Hoy Mr. Death vendrá a liberarme. Le espero como nunca he esperado nada o a nadie. Me tomo las últimas horas del día para adivinar el proceso que seguirá Mr. Death cuando yo ya no esté: descubrirá un día que tiene más habilidades inútiles, que todos las tenemos. Que una vez reconocida las primeras se liberan las demás. Todas las otras habilidades imaginarias comienzan a encontrar una forma de expresarse. Con el tiempo deducirá la existencia de las habilidades complementarias (puede llamarlas secundarias, tiene una incierta inclinación por los cardinales). Para cuando junte seguridad y revele sus descubrimientos la raza humana no volverá a ser la misma”.

La imprenta es a pocas cuadras, en el mismo distrito 4, anoto la dirección de la editorial aunque la recordaré para siempre.

Capítulo cuarenta y siete

Para caminar Bill Evans. Es la plena mañana. Finalmente descendo. Me desprendo de la cadena de excepciones. Poco a poco. La plaza Bucarest está llena de grafitis. La estatua del prócer está pintada de negro y parece una sombra. Hay tres niños con sus respectivos muñecos de nieve. Uno llora. En el centro un lago cuadrado es usado para patinar. Hay ancianos y jóvenes mezclados. Dan círculos en el lago cuadrado.

Llego al asilo Frankweiler. La topo en la entrada. Ha resuelto más de ochenta solitarios hoy. Su diversión consiste en cambiar el anverso de las cartas. Primero usará las figuras de muestra que trae Windows. Una figura de arañas. Un paisaje marino. Guardas de rombos. Luego buscará en internet muestras diferentes. Gratis. Redondas. Cuadradas. Con fotos de estrellas de los años cincuenta. Acaso haya campeonatos de solitarios que le permitan lucirse a la vieja topeta. Aunque estoy seguro de que no es ese el fin que persigue. La alienación que la une al computador está más allá de toda descripción. A veces se queda horas después del horario de salida. El lugar que prefiere en el mundo es su cubículo y su pantalla con cartas invertidas. A veces se queda sin cigarrillos y tiene que elegir entre salir a comprar o seguir jugando.

La topa me pide que el compre cigarrillos. El sitio es frío e inhóspito. Parece abandonado. No veo a nadie. Jugamos una última partida de cartas con Alan P. Lo noto distraído. Mira por la ventana. Muchos miran por la ventana. Como si esperaran la inminente llegada de algo. Al fi-

nal es eso. Esperar. Me hereda un artilugio que resulta ser un cenicero portátil. Tiene dinero en dólares. Me paga muy bien. Lo mereces, dice. No hemos hablado mucho. Apenas tenemos intimidad. Pero ocurre así. Cuando me pasa el dinero me mira a los ojos y en la mirada me dice que entiende perfectamente lo que hago. Los viejos han aprendido eso.

Los viejos hablan con la mirada.

El desenlace de Alan P es veloz y suave. Se desliza. Como un aterrizaje. Lo contrario a lo que todos imaginan. Tiene aires de animal prehistórico. Es un pterodáctilo que se extingue. La forma de la cabeza determina todo el resto del cuerpo. Ejercicio la actividad con altura. Me quedo un rato junto al cuerpo quieto. Observo a través del cristal congelado la nieve afuera. La fuente cubierta de blanco.

Junto mis cosas. Llevo guantes de cuero. Un sombrero con orejeras. Unos enormes borcegos negros. Para caminar Bill Evans. Vuelvo marchando la calle en bajada. Solo. Me paro en el único punto de la ciudad de Salinas en que se ve la montaña toda. Con la nieve afuera tengo más probabilidades de ver eso que me gusta. Las escenas al interior de cada casa aumentan con el frío. Veo a través de las ventanas. Como si alguien barajara escenarios. Uno tras otro. El teatro es a la realidad lo que el zoológico a los animales salvajes. Prefiero ver los animales humanos en su habitat natural. Veo una madre y sus dos hijas frente a la chimenea. Es el distrito tres. Hay familias de libro infantil acá. También veo un hombre sucio frente a la tele viendo videos de ejercicio para mujeres. Una casa entera ocupada por gatos.

Llego al edificio. Hay una mujer mantarraya y su hijo adolescente pez que salen. El joven estudiante espera a que la madre se aleje y vuelve discretamente adentro del edificio. Subimos juntos en el ascensor. Es un pez martillo. Le pregunto. Me aclara. Hoy no voy al colegio. Apenas me desperté supe que las dos profesoras iban a faltar. No tiene sentido ir. Es joven. Está muy seguro de lo que dice. De lo que sabe. Ni siquiera teme que yo cuestione su habilidad. Me lleno de energía. Quiero creer que la nueva generación, consciente de sus habilidades, es un poco la semilla que yo he plantado. Quizás su habilidad ya esté mutando. Haciéndose global. El joven pez martillo detecta primero esa excepción. Luego podrá predecir todas las excepciones.

Habilidad inútil N°14:
anunciar las excepciones.
Los adivinadores

Me vendrían perfectos sus servicios ahora. Quiero saber que excepción me espera. Nos observamos a los ojos. Enciende la música en su teléfono celular y nos desconectamos. Pero nos seguimos mirando. Por un instante tengo el extraño deseo de quedarme encerrado en el ascensor con este joven.

Me bajo en el piso 7. El ascensor sigue hasta el piso siguiente. Presumo que el joven ha preferido ir al 84 antes que volver a su propio departamento vacío de su madre. Como casi todos los hombres que entran a este viejo edificio termina en el 84. Supongo que tiene muchas más cosas que aprender en ese departamento que en el colegio.

Entro a mi departamento. Para la casa Chet Baker.

Están las plantas. Todo lo demás. Me invade ese cansancio del final. Del final del día. De la semana. Una quietud. Soy la parte superficial de un río. Quieta. Y debajo la corriente.

Es imprescindible ser breve. Cada vez tengo menos palabras. A medida que tomo conciencia profunda del lenguaje me voy quedando sin motivos. Voy perdiendo la fe.

Los clones de Estevia crecen. De las tres plantas descubro que una ha muerto. La Wonder Woman es un hilo delgado con un racimo de hojitas verdes en la punta. La arranco y la junto a dos partes de White Russian. Fumo esa planta que no llegó a ser.

Quiero quedarme en silencio frente a una pantalla.

Capítulo cuarenta y ocho

A mi sentido del olfato absoluto lastima el profundo olor a tinta y a viejo de la imprenta, apenas entro un niño me atropella, debe tener siete años, me recuerda a Cabe, no tengo buena conexión con los niños, salvo mi Cabesin, pero éste me sonríe, me acostumbro a las anormalidades que me ocurren últimamente, un hombre parecido al niño (o al revés), detrás del mostrador me mira esperando algo de mí, me pongo nerviosa, no había pensado cómo preguntarle, no es fácil, me quedo muda mirando fijo al hombre, desvío mi mirada hasta una pecera con el agua verde, así estamos unos segundos, empiezo a hablar, obvio pidiendo disculpas, le expongo someramente, necesito los datos del hombre que imprimió el libro "Las Crónicas de Mr. Steve Eugénides Ratliff".

Ojalá no me pida explicaciones, quizás ni le importe la razón, el hombre mira al niño, el niño al hombre, su respuesta es contundente, no puedo ayudarte, el hombre dejó el libro y pago en efectivo, no hay inscripción en registro de autor, ni número de SBN, resuelvo ponerme más específica, soy policía, si colabora conmigo todo será mejor, decide entrar a buscar algún posible dato, quizás un teléfono o algo, el niño me saca una foto, me pone de muy mal humor, le pido que la borre, pero insiste con su simpatía en mostrarme como me veo y las fotos que ha sacado hoy, logra entermecerme, sólo quiere jugar con alguien, entra mientras yo sigo mirando las fotos de la cámara, trae dos álbumes completos de su autoría, recorremos una a una, de algunas me hace comentarios, de otras no hay nada que decir, una pared con un cuadro de

payaso mal pintado, el fondo de un tacho donde se ha hecho un fuego, niños en la calle pasando casualmente, la pecera, clientes de la editorial apoyados en el mostrador casi siempre de espaldas, libros impresos en esta editorial, una serie de pies y otra de manos diferentes, una mano dibujando la tapa del libro blanco, dos segundos después me doy cuenta que es la tapa del libro de Mr. Ratliff, vuelvo a esa foto, el niño está exaltado por mi atención, no le importan mis preguntas, aseguro que terminaré de ver las fotos, pero quiero saber si tiene una foto del rostro al que pertenece esa mano, vuelve a entrar y sale con un tercer álbum, todos retratos, primeros planos, avanzo junto a él sobre las fotos para que me lo señale, se tarda y duda, el hombre vuelve, no ha encontrado nada para mí, vuelvo la atención al niño y a su álbum, mientras recorremos todos esos rostros y gestos me doy cuenta de la infinitud de fisonomías, cada uno tiene una diferente por más parecidos que se busquen, hay una colección infinita de caras en el mundo, cuando estoy por desistir de esta idea se detiene en un hombre rubio de pelo cortísimo, ojos celestes, no lleva puestos los lentes de carey como los míos, eso habían dicho los amigos de Daniel G., prefiero confiar en el niño, le pregunto si está seguro, muy simpático responde afirmativamente, saco la foto del álbum y me encamino hacia la puerta, escucho al niño llorando, pidiendo la foto, vuelvo la vista al padre, espero que pueda solucionar este berrinche, una vez en la vereda escucho que grita "gorda mala".

Camino varias cuerdas mirando la foto, cada vez se me hace más familiar, camino hasta el distrito 5, entre perdida y confundida llego hasta la plaza Helsinki, me detengo abruptamente, extendiendo mi brazo con la foto en la mano frente a mí, atrás el lago hexagonal, tiene que ser él, no tengo dudas, el verdadero Mr. Death.

Llego al bar Velma Kelly para charlar con Paula pero hoy no parece ser mi día, o lo es y a la vez no, estoy confundidísima, Paula está ocupada, nunca antes había visto el bar tan concurrido, el frío y el encierro hacen esto, la gente y sobre todo los extranjeros atrapados en Salinas beben de manera excesiva, el frío me amedrenta, Paula viene hasta la puerta para saludarme, noto enseguida su nuevo corte de pelo, cortísimo como un hombre, sonrío, hago un chiste sobre su nuevo look pero me mira seria, no sé si por el apuro de la gente que grita desde las mesas o si tiene algún motivo real, cortante y de mal humor me dice que hablemos mañana, me voy desconcertada.

Apenas cruzo la puerta de casa noto algo extraño, me pongo los auriculares antes de atravesar la puerta, descubro enseguida la vuelta de Martín, sin ver, sin saber, el rostro de alegría de Mamá confirma mi sospecha, los médicos han decidido su alta, su salud se estabilizó, Mamá y Claudia prefieren la comodidad de casa para cuidarlo, Mamá me acompaña por el pasillo, me besa la frente y me dice como si fuera buena noticia, ya volvió todo a la normalidad, fue un susto, Martincito va a estar mejor, ya vas a ver.

Miro a Cebesismo, siento pena y bronca a la vez, sin hablar de la culpa de sentir bronca, mi ánimo se desmorona, me encierro en mi habitación, fumo un cigarrillo tras otro, la ansiedad me carcome, termino de arreglar algunas partes de la traducción, lo armo como un rompecabezas, soy rápida y exacta, decido pasarlo a la computadora, así podré imprimirlo, busco algunos sinónimos, las palabras como piezas, cuando miro el reloj son las cinco de la mañana, pienso en dormir aunque sea tres horas, cuando duermo poco recuerdo más los sueños, nada

más inútil, ni siquiera puedo contárselos a nadie, escuchar sueños ajenos es totalmente aburrido, explicaciones como "estábamos en mi casa pero no era mi casa, eras vos pero con otra cara", definitivamente aburrido, odio los sueños ajenos.

Capítulo cuarenta y nueve

Por supuesto, he pensado en eso. Mi forma favorita de morir.

En casa de herrero.

Yo quisiera morir en un accidente absurdo. Sin la asistencia o la premeditación. Quiero ser la noticia pequeña en la penúltima página del diario. Es una declaración que abre muchas posibilidades. El accidente absurdo tiene infinitas posibilidades. Si la cortina de metal del Supermercados cae sobre mí. O si un tropezón en la ducha. En ese escenario ideal que imagino para mi muerte ya soy una celebridad precisa olvidada. Precisa quiero decir de un campo determinado. He disfrutado cierta celebridad en alguna época y en un determinado círculo pero ahora ya soy viejo y todos me han olvidado. Entonces muero así. Víctima de un accidente absurdo. Si me caigo dentro de un aljibe. O por abrir la heladera descalzo. Quiero que mi muerte se mezcle con el transcurso ordinario de los acontecimientos. Con el fluir banal de la vida.

Paso todo el día (o son dos días) navegando por mi Diario Disco Externo que todo lo contiene. La memoria es el 3% de la experiencia. Es decir: casi todo lo olvidamos. Desde que supe esto me propuse registrar todo lo posible.

Sólo tuve que poner en una balanza el tiempo que me lleva registrar mis acciones y la felicidad de poder recordarlo casi todo. Después de todo no soy la primera persona que lleva un diario. Acaso si de este tipo. El fanatismo

por los organigramas me lleva a usar una ventana casi ignorada de Windows. Esa que muestra un árbol genealógico de carpetas con recuerdos. Yo imprimo mi mapa de carpetas. Conozco el camino a cada momento grabado de mi vida, a cada recuerdo posible. A veces cuando estoy aburrido me reordeno. Puedo moverme por el Disco Externo como una neurona entre las circunvoluciones del cerebro. Voy guardando casi todo. Algunas páginas que visito. Algunas conversaciones en el chat. Filmó pacientes. Saco fotos. Anoto en mi agenda electrónica.

El número 2 divide mis decisiones siempre. La normalidad o las excepciones.

He imaginado en la infancia un ejército de empleados dentro de cada cuerpo humano. Dentro de cada estructura. Los árboles. El televisor. Las bicicletas. Los perros. Dentro de cada uno de ellos existe un ejército miniatura que funciona como un pequeño universo encargado de mantener en funcionamiento la cosa. A veces creía oír a mis propios hombrecitos. Los que me mantenían en funcionamiento a mí. Les agradecía cada noche.

Imagino dentro del Disco Externo un ejército de criaturas poniendo en funcionamiento el objeto. Organismos dentro de organismos. Puedo reconstruir mi entera vida a partir de los archivos que llevo ahí. Está la grabación de la noche con el paciente cero Charlie F. El relato de la primera vez que ejercí mi habilidad. Están los videos de algunos pacientes. Fotos escaneadas de Pola O. Textos que escribí. Imágenes de cada objeto heredado. Un documental sobre las cinco entrevistas que tuve con Oliverio C antes de su partida. Fue el paciente N° 44. 55 años. Diabético. Había perdido las piernas y la vista.

La felicidad consiste en ver.

Se distinguió porque quiso morir sentado. En una mecedora. La horizontalidad lo mareaba. El relato de sus desventuras es el relato de su vida. Hay algunos monólogos. Mensajes al mar de algunos pacientes. Casi todos eligen ese último mensaje para hablar de la vida.

A veces siento que construyo un objeto como así (mi Disco Externo) sólo para crear la posibilidad de que exista otro objeto de ese tipo. Un objeto que contenga un universo. Con sus enigmas y complejidades.

Llega Rosa. El lemming viene de su hora diaria bajo tierra. Antes ha cruzado junto a un ejército de empleadas domésticas laosianas y jardineros peruanos el puente sobre el Río Erdosain. Es bien visto en aquellas zonas contratar sirvientas asiáticas. Una vez en medio del puente Rosa se detiene unos minutos, se aparta de la corriente de personas, se fuma un cigarrillo de cara al atardecer sobre el río. No piensa en saltar porque es falso que los lemmings hagan eso. A quien se le ocurre tremenda estupidez. Antes ha planchado y lavado para dos familias numerosas en los distritos privados. La línea de casas, grandes y de diseño reposteril ordenadas tras un paredón, conforma una fortaleza que rodea la autopista Lehnsherr. Una serie de sobornos a funcionarios públicos determinó que el trazado de la ciudad quedara determinado por esa importante arteria. Rosa da un sorbo a su té y pregunta si hay azúcar. En los distritos privados todos tienen azúcar. Tomamos té EarlGrey con Estevia y miel. Después Rosa prefiere mate. Fumamos una Blue Rhino con tres años de estacionado. Es crujiente la planta y casi sin aroma. Perfecta para hacer. Fumar y hacer. Cualquier cosa. La Blue Rhino permite la

introspección en la tarea. También el detallismo excesivo. Rosa, por ejemplo, se encierra en el baño y arregla todo con un nivel de perfección asombroso. Limpia cada envase. Cada estante vidriado del botiquín. Claro que esto le impide limpiar el resto del departamento. Me saluda y me entrega un regalo que ha traído. Una pipa de cerámica.

Hoy cumpla años. Sólo el regalo de Rosa me recuerda este hecho.

Encuentro en el diario progresista un artículo que apenas puedo creer. Gustava Mariante, la periodista encargada de "Cultura" ha dado con una copia de Las crónicas de Mr. Steve Ratliff. Y lo que es más extraño aún ha leído por completo el volumen. Tiene palabras de elogio. Elogio de la incompreensión. Del escueto proceder de las tramas. A pesar de que el libro no lo aclara la periodista descubre que los textos vienen de otro idioma. Rescata la lucidez del cuento largo (así lo llama) titulado "El amo de la radio". Los ambientes laberínticos. Las impresiones sensoriales. Encuentra en ese ejemplar blanco que por casualidad llegó a sus manos un tesoro. La periodista vicuña aprovecha la nota para hablar de sí misma: ha resultado ser la sobrina del dueño de la editorial Waps-hot, prima del niño puercoespín fotógrafo, y adicta a las ediciones deformes. La casualidad la cruzó con el ladrillo de cocaína (como ella ha llamado al libro, haciendo referencia a la elocuencia y velocidad de la prosa). Moby Dick es una novela sobre la cocaína. El artículo ha levantado cierta polémica en el semicírculo literario local. Cumbre del amateurismo en Salinas. La lista de comentarios en la edición digital del diario es variada. Alguien pregunta por la relación del libro con la futura novela de Tasch "El dueño de la radio".

Me deleito ante la casi noticia. Al final siempre hay alguien dispuesto a encontrar las botellas tiradas al mar. Desde la oscuridad de mi posición afecto a los demás. Es probablemente un comportamiento megalómano. La visión de un alienado. De alguien que en caso de creer en dios se sentiría muy cerca de él.

Capítulo cincuenta

Tengo una copia impresa de *La espera torcida*, quizás la última obra de Mr. Ratliff, están todos los personajes de sus obras o al menos las que leí en la obra escogida, sólo por eso deber ser la más importante, aún no sé la utilidad pero me siento más segura, la supongo un arma para usar en algún momento, podría enfrentar al mismo Mr. Ratliff, si no lo hubiera visto muerto con mis propios ojos, vuelve a mi memoria algún fragmento de "Mr. Death's smile", miro la foto que le sustraje al niño, ahí está el verdadero Mr. Death, un hombre sin corazón ejerciendo una habilidad, es extraño ese mismo idioma en alguien desconocido, no sólo yo pensaba en las habilidades, necesito encontrar a ese hombre-pieza.

Salgo de casa en un estado extraño, endrogada de cansancio, llego bastante tarde a la oficina, pregunto por el fotógrafo Diego, aunque no nos habíamos notado su presencia o ausencia, me dicen al pasar que ha salido con el agente y el oficial al asilo Frankweiller, un anciano muerto, la última vez que estuve ahí supe que no pasaría mucho tiempo en volver, en esos lugares es muy fácil contagiarse, se contagian las ganas de no vivir más, de dejar los dolores y la incomodidad, el frío tampoco ayuda, es un lugar precario, me siento en un estado entre el sueño y la vigilia, no he dormido casi nada y me es muy fácil dejar la vista quieta en un punto y dormirme despierta, cuando vuelvo en mí descubro la importancia de ir, mi anterior visita no fue productiva, no había relación con Mr. Death aparentemente, pero puede haber excepciones, sin explicaciones me voy de la oficina, tomo el tranvía al Parque Beijín,

me bajo en la puerta del asilo, la mujer de la entrada no me da mucha información, sigue jugando al solitario en la computadora, le pregunto por mis compañeros, me da indicaciones a medias, ingreso a la sala, voy directo hasta el pasillo que lleva a las habitaciones, vuelve a mi mente la imagen de un extranjero, un hombre absolutamente rubio subiendo al tranvía cuando yo bajaba, corro hasta la calle, parada en medio de la nieve veo el tranvía a más de cinco cuadras, no puedo hacer nada, vuelvo al asilo ignorando todo, sin hablarle a mis compañeros entro en la habitación, me saludan con un hola Jorgito, al que no respondo, el agente le suma un hola Tito, la deformación mayor en todo este tiempo, voy directo al grano, el mismo olor, los ojos rojos, el pinchazo en el brazo, las marcas en los dientes, le indico al fotógrafo Diego, me obedece sin decir nada, vuelvo hasta la recepción, indago a la mujer, le pregunto por un hombre joven, rubio, lentes de carey, me responde sin ganas, puede ser un voluntario, no sabe, la señora no sabe quien entra y sale y es la recepcionista, empiezo a gritarle sacada, le advierto que le iniciaré un sumario, vuelvo a la habitación y marco las huellas, busco las cenizas, lo demás será cuestión de laboratorio, estoy a un paso, entre el cansancio, los nervios, la ansiedad casi no siento el cuerpo, estoy adormecida, todavía falta un día largo.

El móvil me deja de vuelta a dos cuadras del laboratorio, cruzo la plaza Normandía, visualizo de lejos a un hombre rubio, con lentes, cruza la calle, me lanzo a la caza, lo persigo unas cuadras manteniendo la distancia, cruzo de vereda vamos casi en paralelo, lo dejo adelante, se aleja un poco, dobla la esquina, una fila de autos me impide cruzar, me desespero, corro esquivando una camioneta, giro en la misma dirección pero la calle está

desierta, miro la vereda para seguir la huella, nada, la nieve a borrado todo, estoy cerca del asilo, he desecho todo el camino, estoy muy cansada, lo veo salir de una casa, corro, lo empujo y caemos a la nieve, se levanta inmediatamente, enojado y confundido, miro su rostro que no es igual al de la foto, me disculpo con balbuceos.

Camino nuevamente hasta el laboratorio para hacer el examen de las huellas, espero no correr la misma suerte de la última vez, el desconocido ahora no está, ha vuelto mi amiga Cecilia de su licencia psiquiátrica, su rostro blanco resalta sus pecas, muy seria, es el típico personaje de laboratorio, su delantalcito azul impecable, me lleva hacia el interior del laboratorio, nunca había entrado más allá del mostrador para dejar o retirar papeles y análisis, huele como la habitación de Martín, es evidentemente un sitio refuncionalizado, me aclara Cecilia que antes era una guardería, algunas paredes tienen dibujos infantiles borrados o tapados con armarios, atrás hay más habitaciones, tres hombres esposados esperan junto a cinco policías, traen a los internos de la penitenciaría para hacerles análisis, le pido con urgencia el rastreo de las huellas, necesito los resultados lo más pronto posible, Cecilia me entiende, quizás en dos horas los tenga, no asegura nada, hace tiempo nadie pide ese tipo de prueba.

Salgo del laboratorio sin rumbo, no puedo volver a casa, necesito esperar cerca los resultados y además pienso en Martín de nuevo en casa, no es la mejor idea volver, necesito distraerme, una película, camino siete cuadras, voy hasta el cine Lemmy Caution, tiene varias salas donde se exhibe sólo cine arte, incomprensible para mí, los afiches nombran películas absolutamente desconocidas, ni siquiera reconozco los nombres de los actores, no hay nin-

guna de Bruce Willis, vería una con él si la hubiera, resalta un ciclo de un director francés de los '80 Mathieu Daliou, otro ciclo publicitado como "femenino plural", la lista de películas es extensa, Las milagros existen, Las viajadas, Las habilidades inútiles, etc., uno de los afiches muestra a un grupo de mujeres vestidas con overoles anaranjados, algunas adolescentes, muy ochentosas, entre ellas una chica down, Milagros Kauffman (en letras chicas).

Block de notas

El dedo es leído por un captor de huellas. El dedo es codificado por el captor. Una plantilla es generada y la imagen es comprimida en formato WSQ (opcional). El captor guarda y reconoce un conjunto de números que solo podrán ser reconocidos como una plantilla.

Dispositivo para identificación

El Sistema de Identificación Automatizada de Huellas Dactilares (AFIS) por sus siglas en inglés, tiene un índice de seguridad del 99.9% ya que verifica la identidad de una persona, basada en las características de sus huellas digitales.

Salgo del cine media dormida, la película no era muy buena, por momentos lograba intensidad pero mi cansancio me venció, cené un chocolate en el camino y compré más cigarrillos, es mi segundo paquete del día, cuando llego al laboratorio descubro la pérdida total de tiempo, la computadora no funciona, no saben cuál es el problema, ahora es el técnico quien se tomó una licencia psiquiátrica, solo él puede lidiar con el problema, no habrá modo de tener resultados hasta por lo menos una semana.

Capítulo cincuenta y uno

La voz carrasposa de un hombre en el contestador. Un mensaje largo. Cortado. Lleno de silencios y cortos gemidos. Es el panda.

Juego al investigador. Adivino por las pistas que ha dejado. Ha estado llorando. Seguro se ha separado del castor. El castor prefiere a otro doctor. Sufre de una fijación hacia los doctores. Esposisdoctorfilia.

Lo espero en la plaza Estocolmo. Es mi patio. Soy atómico gracias a las cualidades entumecedoras de la White Russian. Hay un grupo de chicos jugando cerca del lago triangular. El hielo comienza a derretirse y se espera el accidente clásico.

Llega puntual el Doctor Federico. Hace frío. Le invito al departamento. Trae un whisky buenísimo. Se ha separado del castor. Que buen investigador soy. Después me entero. La imaginación es insuficiente esta vez. La castor se ha ido a vivir con otra. Una moza del Velma Kelly pub. Tiene demasiada información el panda. La moza lleva el pelo corto, la ha visto, vende esculturas hechas en granos de arroz. Federico no puede creer que existan las lesbianas. Que en su vida existan. Que una lesbiana haya sido su novia. No se sabe si el llanto responde al abandono o al hecho de haber querido a alguien así. Le falta entendimiento al panda.

Yo nunca bebo. Por eso estoy borracho inmediatamente.

Lo oigo contarme cosas mientras fuma cigarrillos y toma whisky. No habla mucho. No hablamos mucho. Son pocas las declaraciones pero potentes. Que la extraña, seguro. Pero que más extraña el sexo. Coger dice. La sospecha de haber estado realizando un ritual ridículo para alguien que no lo quería lo llena de vergüenza. Extraña mucho el otro cuerpo. Porque la memoria más poderosa es la del cuerpo. Se me cruza una idea. Como estoy borracho la expongo en palabras. Federico acepta gustoso.

Eso hace el alcohol. Nos transforma en grupo.

Vamos al departamento 84. Entramos. Una sonrisa precede a la chica aún que nos recibe. La sala es blanca. Hay una mesa redonda. Dos cuadros. Un paisaje de mar con una mujer de espaldas y una caja a su lado, Islas Spratly, 1990. El interior iluminado de un bar en una esquina de Nueva York. El olor es a desodorante. Todo parece limpio y apenas descuidado. Las tres chicas sentadas en un sillón negro se ponen de pie. Dos laosianas ofidias y un avestruz rubio. Federico se porta como un hombre. Tiene todo el montaje gestual masculino diluido en el cuerpo ebrio. En ese cuerpo que extraña al otro. La espalda ligeramente convexa. Los hombros levantados. Da un trago al vaso de whisky que ha traído desde mi departamento. Elige al avestruz. Supongo que el sexo también tiene su medida. Todo se mide. Justo cuando se meten en la habitación aparece desde la cocina Mei-Ling. Con su cabello sinuoso y blanco. Me observa fijamente.

Vamos juntos a la cocina. Ahí descubro el hoyo.

Mei Ling ha espiado toda la secuencia desde un hoyo hecho en la pared de la cocina. Ahí están los teléfonos. La cobra los atiende. Es sensual. Dice palabras con la boca

pero con la mirada expresa otra cosa. Llega un cliente. Alto y desproporcionado. Un tiranosaurio. Lo observamos por turnos. Apostamos. El tiranosaurio prefiere el atún. Gana Mei Ling. La pareja se va a una segunda habitación. Mei Ling me sonrío. La borrachera me entumece. Tomamos café.

Vuelven charlando animados. El panda y el avestruz. Se despiden. Me despido de Mei Ling. Bajamos los ocho pisos en silencio. Olemos fatal. Sube al ascensor el chico pez martillo. El lugar es pequeño. Se frota contra Federico que muestra signos de cansancio. Veo la escena en el espejo que nos refleja. En la entrada nos cruzamos con otro grupo. Son tres policías. Dos hombres y una mujer urraca. Advierto a Mei Ling a través del portero eléctrico.

Federico se aleja indeciso seguido por el pez martillo. La ciudad de Salinas esta oscura y nevada. Falla el alumbrado público. La sirena silenciosa del patrullero dibuja con tintas rojas en la puerta del edificio.

Un grupo de bomberos rodea el lago triangular. El accidente clásico. Sacan un perrito pequeño y congelado de un hueco que se ha formado en el hielo. Envuelto en frazadas su dueña lo sube a su auto. Me quedo un tiempo en la plaza. Espero que salgan los policías. Me invade el frío. El sueño.

Vuelvo al departamento y caigo rendido.

La luz de la mañana invade la sala. Desayuno. Hay un sol tenue. Una tregua climática. Me inyecto. Despejo la resaca con una parte de Red Dwarf. Un anestésico cerebral. Las dos plantas crecen sin problemas. Lleno mi Mp3. Para caminar. Tengo dos horas de música. Voy a caminar

hasta que se me acabe el piano de Bill Evans. Bajo. Toco en el portero eléctrico el número 84. Nadie responde.

Salgo. Camino. Agoto las dos horas. Voy espiando al interior de las casas. Barajo posibles escenarios. Atravieso plaza Saint Etienne. En el centro de su lago heptagonal hay un agujero en el hielo. Otro accidente clásico. Advierten en las noticias las medidas para prevenir estos accidentes. Paso frente a un edificio antiguo pero lujoso. Un tanto retraído ha pasado totalmente desapercibido en mis caminatas anteriores siguiendo la circunvalación. Pasa a veces. Pasa también que un día destruyen ese edificio y cuando veo el hueco nunca puedo recordar qué había ahí. Contemplo el portero brillante. Veo restos de esmalte en el botón 44. Toco. Vengo por el aviso aclaro. Me abren. Es un departamento más lujoso que el 84. Imagino que alguien me espía desde un hoyo en la pared. Elijo una anguila eléctrica. Vamos a la habitación. Le ofrezco plata ahí mismo sobre la cama sin que la dueña sepa. Eso le otorga una energía extra. Atravieso lo que resta de Salinas como una espada en la caja del mago. Mi edificio resplandece. Se me presenta como un portal. Me cruzo en el hall con el portero conejo. Ese animal que siempre parece a punto de hablar. No lo hace. Aunque su mirada de ojos rojos me parece una advertencia de algo. Quiero interpretar las señales cotidianas. Siento el azúcar descender.

Entro al departamento. El hemisferio derecho de mi cerebro reacciona. La persona ordenada que soy nota el cambio. Mi memoria se activa para anotar las pequeñas variaciones. El Disco Externo ya no está en su sitio, perfectamente en paralelo al ordenador. El espejo esta levemente inclinado. Una mancha de humedad prueba

que el bonsái ha sido corrido de lugar. Después, antes de que pueda reaccionar, sucede. El eslabón más grande en la cadena de excepciones. Aparece desde mi habitación. Tiene la forma adecuada. Sinuosa y móvil.

Capítulo cincuenta y dos

Llevo días de desencuentro con Paula, mi mente está en varias cosas al mismo tiempo y no me he preocupado, ahora me intranquiliza la idea del departamento, llamo a la inmobiliaria, me atiende la mujer de piscis, arreglo para buscar la llave a la tarde, ahora si deberé encontrar a Paula y juntar el resto del dinero.

Casi no he dormido en toda la noche, solo por eso decido madrugar, llego muy temprano a la oficina, aún no ha salido el sol, en la calle apenas empezaba el movimiento pero aquí parecen estar todos, hay un gran alboroto, muchas mujeres, todas prostitutas, maquilladas y vestidas de noche a las siete de la mañana, sus ropas brillan y a ninguna de las chicas la falda le llega más de las rodillas, botas, mini camperas de cuero y carteras casi como monederos, entre ellas veo cuatro travestis muy bien vestidos, dos son muy robustos, se les nota la barba, en cambio los otros dos casi me engañan, claro son laosianos, como todos los orientales son pequeños y pasan casi desapercibidos, otras tres mujeres orientales, todas gritan, hablan entre ellas y hacen un gran desorden, por el contrario mis compañeros parecen exhaustos, con ojeras y despeinados, la última vez que los vi así fue el mes pasado, después del operativo antidrogas, aquella vez la concurrencia a la oficina fue muy distinta, muchos hombres y mujeres gordas algunas muy viejas, anoche tocó operativo prostíbulos, cada mes hay uno contra alguna actividad ilegal, el mes próximo serán los casinos ilícitos, todos los operativos muy mal manejados, obvio, con indicaciones e informaciones erróneas, las cosas se hacen pero siempre un

poco mal, le pido un momento a mi jefe, necesito hablar con él urgente, me lo concede, siento la mirada de todas, dejo mis cosas y entramos a su oficina, le explico medianamente y despacio mis problemas con el laboratorio, termino casi gritando, reprochando la burocracia, la ineficiencia, la falta de inversión, las malas condiciones del trabajo, él me mira desorientado, nunca le había hablado prácticamente y ahora me despojo de miles de reproches de años, me siento observada, me irritan, no se detienen ni en estas condiciones, las prostitutas tratan de seducir a mis compañeros, lo que no creo muy difícil de lograr, mientras hablo veo a una de las chicas hurgar mi block, tiene rasgos orientales y es muy hermosa, pienso inmediatamente en Laura Palmer, la chica hallada en la montaña, seguro termina igual, toma la fotografía de Mr. Death y la observa, yo miro desde la oficina, ya no presto atención a las explicaciones de mi jefe, lo dejo hablando, voy hasta ella, afirma conocerlo, un disturbio entre dos travestis no me distrae, la chica oriental promete colaborar si la ayudo a ella y a sus compañeras, tiene una voz dulce, casi como un canto, me doma, me maneja, quedo hipnotizada, la intuyo bastante hábil, me pide, pone sus condiciones nada imposibles, hacemos un trato.

Sigue nevando, Salinas continúa pareciendo ante mis ojos como una gran escenografía, estoy en medio de la calle, miro mi Block de notas

Block de notas

Av. DIEGO ZAMA 866, DTO 77

DISTRITO 1

Me siento segura, decidida, han aparecido ante mí, excepcionalmente, la serie de datos necesarios, algunas

pruebas para cerrar la idea, sólo las precisas para terminar con esto, he tomado mi arma reglamentaria, aunque nunca la he usado y en verdad nunca la llevo conmigo, esta vez he tenido la precaución, estoy sola y necesito protegerme.

Atravieso la plaza Estocolmo, miro el centro del lago triangular, tiene un hueco en el hielo, los accidentes comunes, me detengo frente a la dirección anotada, recuerdo haber pasado por este lugar innumerables veces en los últimos tiempos, nunca había prestado atención a este edificio, miro el portero eléctrico, el 84 está pintado con esmalte de uñas, toco el timbre al departamento 77, espero algunos minutos, toco una vez más, me aseguro que nadie me atienda, decido intervenir de manera más rudimentaria pero eficaz, aprovecho entrar cuando abre la puerta una mujer gorda con su marido del brazo, sonrío agradecida cuando sostienen la puerta, el pasillo es oscuro y frío, los cuadros de Van Gogh gigantes le dan un estilo extraño, no estoy segura del buen gusto, mucho espejo también, me miro.

Me encuentro al portero en la puerta del ascensor y le doy charla, le sugiero algo sobre el inquilino del departamento 77 y espero su reacción, de esa forma podré saber cómo actuar, si le simpatiza soy la hermana y si lo detesta soy la enemiga, a los dos minutos de charla tengo la información necesaria, entonces como una cazadora, le pido la llave, es una cuestión de seguridad, soy policía y esto es muy importante, le pido discreción con el resto de los vecinos y por su seguridad, logro el objetivo, estoy adentro.

El primer impacto cuando entro es el olor a grosella, acá puro y penetrante, el departamento está en penum-

bras, me deslizo como un animal moviéndome lentamente, tan lentamente que se parece a la inmovilidad, aplico mi teoría del movimiento imperceptible, tanteo la pared y toco un espejo, casi al suelo pero reacciono rápido, las pupilas se acostumbran de a poco, en el estar hay varias plantas, entre ellas descubro un bonsái, lo tomo para asegurarme, mi primer prueba, estoy en el lugar correcto, a mi mente se viene el recuerdo de Daniel G., veo hormigas haciendo un camino, casi una barrera, sobre la mesa con mantel a cuadros un ordenador con un disco externo, un armario aparatoso, lo abro, una luz me enciegece, por dentro aluminio, un tubo fluorescente y un cultivo de plantas, lo cierro antes de quedar ciega, en el baño encuentro algunas cosas interesantes, apenas abro el botiquín ampollas de insulina, agujas, jeringas, algunos calmantes de uso veterinario, sedantes, en la habitación, la cama esta tendida, todo excesivamente ordenado, reviso los cajones de la mesa de luz, del ropero, debajo de la cama y sobre el escritorio, siento algunos ruidos y me quedo tiesa, un frío me recorre y siento un leve mareo, descubro la lejanía en el origen del ruido y sigo mi camino, siento algo en el estomago, la materialización del miedo, de la ansiedad, quiero estar acá y salir corriendo a la vez, encuentro un baúl, cuando lo abro descubro objetos extraños, una trompeta, un bastón de caoba y mango blanco, una cajita de música, unos aparatitos pequeños electrónicos, algunas pipas, un cenicero plateado, todo está etiquetado, un obsesivo, me da otro escalofrío, alguien dijo que los ascetas y los asesinos necesitan espacios reducidos y extremadamente ordenados, escucho el metal de una llave chocando, el ruido me alcanza, dos ojos rojos y sorprendidos me descubren.

Capítulo cincuenta y tres

La Guerra de Habilidades Imaginarias.

Él empieza.

Adivinar al fumador. Calcular el peso exacto. Adivinar el futuro asiento vacío. Interpretar los detalles insignificantes. Ser invencible al piedra-papel-tijera. Adivinar el tiempo transcurrido desde el último baño. Partir los objetos exactamente al medio. Descifrar toda caligrafía. Aplaudir más fuerte que nadie. Descubrir al vegetariano. Contagiar las ganas de fumar. Resolver el solitario cada vez. Hacer llorar a un niño con la mirada. Anunciar las excepciones.

Ella responde.

Armar rompecabezas. Encontrar consuelo en las historias tristes ajenas. Descubrir la llave correcta. Percibir a quien recién tuvo sexo. Llegar en el momento oportuno. Leer los labios. Distinguir extranjeros. Detener la cinta en el momento exacto. Descubrir el signo de cada persona. Saber regalar. Elegir la ropa adecuada.

Chet Baker sabía reconocer a los policías encubiertos. Y a quienes no disfrutaban de su música. Vendió su don a un grupo de traficantes. No le fue muy bien y terminó recibiendo una paliza que lo dejaría sin dientes por el resto de su vida.





Capítulo cincuenta y cuatro

Saco mi arma y le apunto a la cabeza, tiemblo toda, un frío/calor me recorre, siento el estómago contraerse, no puedo hablar, nos miramos, el parece tranquilo, dispuesto, una mirada tranquila como si no le temiera a nada, me da más inseguridad, las dos manos me tiemblan, me espera, tengo que decir algo, dar una orden.

Hace mucho frío aquí dentro, cruza y cierra la puerta, me vuelve a mirar, camina unos pasos y busca algo en un cajón, saca una bolsa ziploc, arma un cigarrillo, se deja caer en un sillón y apoya sus abrigos en la silla, prende el cigarrillo armado, el humo denso invade toda la habitación, siento un sopor.

La confusión se hace cada vez mayor, esto puede durar una eternidad en mi subjetiva interpretación del tiempo, creo que nunca terminará, empiezo desesperadamente a intentar imaginar un final para esto, es imposible, el presente me tiene atrapada, no me deja ir, confundida camino hacia él, camino unos pasos de costado como rodeándolo y no dejo de apuntar, su tranquilidad me perturba, me seduce, nunca podría dispararle y lo sabe, peor es que yo también lo sé, entonces me siento indefensa, estoy frente a un monstruo, esa es mi sensación, lo siniestro no podría ser de otra manera, tan placentero como espantoso, no baja la vista, solo mira hacia su cigarrillo siguiendo el humo, luego vuelve a mí, la sensación es de haber descubierto algo que debía permanecer escondido, haber dicho una verdad innecesaria.

Me siento en una silla pero continuo erguida apuntan-

do, mis brazos están cansados pero la adrenalina no me permite claudicar, va recorriendo mi cuerpo encendida, la siento en cada vena, me recorre entera, siento el rostro caliente, así deben sentirse los predadores, no pudiendo hacer nada contra su voluntad de matar para vivir, es una fórmula perversa pero instintiva e irreprochable.

Me mira fijo y sus ojos me recorren hacia arriba o hacia abajo, por momentos me hace sentir desnuda, tiene cierta sonrisa burlona, no lo atribuyo a mí, no puede ser tan soberbio, descubro que llevamos puestos los mismo lentes, lo he mirado todo este tiempo casi sin mirar.

Me muestra fotos y videos de las muertes que ha provocado, no me excitan pero tampoco me son indiferentes, finjo para él ser inmutable, no quiero hacerlo sentir fuerte, me parecen horribles, a naturalizado una situación límite, como si viviera en una cornisa ignorando el abismo, no me teme, no teme exponerse de esta manera, me muestra todo, como si necesitara compartirlo, no piensa en las consecuencias, yo tampoco.

La noche ha llegado y la nieve no se ha detenido, miro por la ventana pensando, el afuera no existe o se ha convertido en este departamento, sólo aquí hay un afuera, este lugar se ha convertido en un absoluto, en un todo, me apremia el tiempo, la incertidumbre, no sólo el espacio se ha transformado, también el tiempo, llevamos horas aquí encerrados.

Un solo movimiento, es todo lo que le permito, ir al baño y volver, no hace nada extraño, perduran su tranquilidad y su equilibrio, descanso en este momento, un remanso a tanta turbulencia, nadie puede soportar tantas horas de

tensión, entro en una especie de ensoñación, las ideas se arremolinan en mi mente, cabeceo, un ruido me despierta, revivo no sé si horas o minutos después, presa, cazada.

Capítulo cincuenta y cinco

Ah, cierto. La había olvidado.

La resaca. Esa forma de morir un poco que tienen los alcohólicos.

Siento toda la resaca junta cuando veo eso ahí. Esa. Ni siquiera presto atención al objeto que trae en su mano derecha y brilla con el sol de la mañana. Se me divide la cabeza en miles de partes, chocan entre sí en su intento por reunirse. Rompecabezas. Reafirmo mis preferencias por el humo. Piedra papel o tijera. El humo vence al líquido. No trae resaca. Ni actos impulsivos o ridículos. O fatales. Bueno o acertados también. Como ayer junto al panda. La visita al departamento 84 era lo indicado para hacer.

Estoy cansado. He caminado por más de dos horas. Luego llego a casa y me encuentro esto. Del distrito uno al ocho. Hice toda la circunvalación. Caminando. Bill Evans para caminar. Siempre debajo de la autopista. Sintiendo las vibraciones de los vehículos arriba. Eso me gusta. Doy la vuelta completa a la vuelta a la ciudad de Salinas. Vi a los mendigos y sus familias que viven ahí. Hay tugurios que se arman ahí. Venta de drogas.

Mi sentido del orden se alerta correctamente apenas entro. La veo directamente a su rostro aporcinado. Busco en mi memoria. Conozco esos orificios nasales perpendiculares al cuerpo. Esa rosadez. Los anteojos de carey negros idénticos a los míos. Exhibe una placa identificatoria. Es cierto que es policía. La recuerdo de la foto que he

visto en el diario. Llevaba el impermeable anaranjado en medio del cementerio gris. Mi mente es veloz procesando la información que podría ayudarme. Anoto: sé que tiene un sobretodo anaranjado. Muestra una tendencia a vestirse ridículamente. Más bien sabe vestirse de la peor forma para cada ocasión. Una anti-habilidad. La primera.

Antihabilidad inútil N° 0
Vestir lo más incorrecto posible para cada
situación o clima.

Es el peor atuendo que podría llevar para este instante. La gente ordinaria nunca está a la altura del instante. La recorro con la mirada mientras voy en busca de mi botiquín. Esa bolsita Ziploc de tres por cuatro centímetros con la sustancia justa para emergencias. No sólo está vestida ridícula para la ocasión, esta tremenda. Creo que desnuda estaría más apropiada. Presupongo algún grado de solemnidad en el hecho atrapar a un asesino múltiple. Porque en caso de trascender la noticia seguro esa es la figura legal que me corresponde. Le darán una felicitación al menos. Acaso merezcamos una foto en el diario. Hasta arriesgo una tapa si se descubre la profundidad y organización de mi tarea. Y ella en jogging. Lleva adherida en su piel una tela mitad color rosado y mitad toalla. El atuendo es claramente unos talles menores al correspondiente. A quien se le ocurre estar tan poco predispuesta a ser vista. Es la frase más exacta que he logrado desde que escribo todo en la agenda. Ratliff estaría feliz. Cerdis está muy poco dispuesta a ofrecer placer visual. Es el objeto más inadecuado para ser espiado. Pierde toda decencia mi momento. Porque este también es mi momento. Que alguien me encuentre significa que existo. Y ella envuelta en su rosado jogging porcinesco me apunta con

su arma a la cabeza.

Entiendo que la trama mejora cuando el hombre con un revolver ingresa a la habitación. Vale más si quien entra a la habitación es la chica cerda con lentes de carey y envuelta en toallas rosadas. No es necesario. Le aclaro. Mi falta de nervios estimula los suyos. Se relaja un milímetro. Todo se mide. Baja el arma. Razona. Eso es bueno. Mi mente sigue juntando información. Yo sabía. Esa chica redonda que marca el mayor grado de desorden es también el gran eslabón de la cadena de excepciones.

Fumo White Russian. Todo se llena de humo.

Cuando la invito a fumar tabaco me desconfía. No fumo, dice. Yo afirmo que sí. Yo sé que si fuma. Es una de mis habilidades, le aclaro. Cambia su gesto entero. Como un espejo. Yo la estaré imitando en segundos.

Es increíble lo que dice. Es totalmente irreverente y vulgar. Me gusta.

¿Y vos con quien cogiste recién?, pregunta. Yo también tengo mi habilidad me aclara. Yo se que has tenido sexo hace minutos.

La chica cerda sabe sobre las habilidades. Eso es totalmente apropiado. Conoce sus habilidades. Después de todo parece que si está a la altura de la circunstancia. Si bien no por su estilo, al menos si en la sustancia. Me doy cuenta, sabe porque ha leído el cuento de Steve R, "Mr. Death". Sabré luego, según sus dichos, que ella siempre ha conocido sobre las habilidades. La confirmación del otro produce en ella una epifanía que no esperaba.

La mejor iluminación es la improvisada.

Es preciso nunca desarrollar ese síntoma o mal hábito que son las expectativas. Las antiexpectativas en cambio son fundamentales.

Uso la pipa y produzco una nube de humo densa y blanca. Ella se muestra agotada y confundida.

Se inicia una guerra de habilidades inútiles.

Ha descubierto algunas geniales y complementarias con las mías.

El final es lo mejor.

Habilidad inútil N° 15:
descubrir las habilidades inútiles de los otros.
Los observadores.

Somos nosotros. Tenemos eso en común. Es demasiado pedir. Nos hemos encontrado a medio camino. Ahora entiendo todos los detalles, ahora interpreto cada señal cotidiana que recibí.

Voy al baño. La dejo envuelta en la nube gris. Se sienta en un sillón. Cuando vuelvo esta casi desmayada. Me acerco con sigilo y tomo el arma. Ahora ella es mi rehén. Se despierta agitada.

Se enoja y me acusa. Está por gritar. Dejo el arma sobre la mesa de vidrio. No tengo necesidad.

Hablamos sobre la vida de los otros. Las muertes de los otros. Sobre Steve Ratliff. Yo hablo. Como si confiara en ella. Muy cansado. Toda la experiencia de cientos de años. Le cuento todo. Le muestro mi disco rígido. Es la primera persona que lo ve. Puedo decir que le gusta. Aunque no se la nota fascinada. Le cuento todo. Mido las palabras.

Descubro que me ha estado siguiendo desde Mr Ratliff. Ha estado en Chile. Me cuenta que ella también lo conoció. Me cuenta sobre La espera torcida. La obra que robó de casa de Steve R. Anoto: se muestra bastante inmoral la chica cerda. En esa obra conviven todos los personajes del libro blanco. Admito que caigo en el mal hábito. Siento las expectativas aumentar de tamaño. Son una multitud. Todo se mide.

No puedo medir el tiempo. Por las dudas esnifo unas unidades de insulina.

Finalmente se va. Se lleva su arma. No conozco su nombre. No establecemos si debo huir o si somos lo mismo.

Quiero interpretar las señales cotidianas. Veo que en su inspección la cerdina ha corrido el bonsái de lugar. Lo ha sacado de su cono de luz artificial. Ese gesto que se pierde en la corriente de acciones de la humanidad puede significar para ella una nueva vida. Quizás la muchacha ha podido detectar, a pesar suyo, las ganas de morir. La asistente. El bonsái conoce la oscuridad por primera vez.

Ha comenzado su proceso de floración.

También comienza a morir.

Capítulo cincuenta y seis

Han sido dos largos días, después de mi encuentro con el verdadero Mr. Death siento el cambio dentro, entro a casa con los auriculares puestos y todo tiene sabor a despedida, me detengo en la habitación de Martín, lo miro fijamente, solo mueve un brazo para cambiar de canales, no ha perdido el color verde en la piel, su decadencia física se compara a mi decadencia mental, se agolpan sentimientos de todas clases, sin filtros, ni pudor, sobre todo un odio profundo, una lástima igual de profunda, no existen causas, los hechos se desprenden y sólo importan sus consecuencias, ya no importa el origen de todo esto, así es y está claro lo que no debería ser, me siento oscura.

Paula ha llamado, mi madre se ha preocupado entonces, nos suponía juntas, otra vez no importa el pasado, estoy aquí y puede estar tranquila, necesito un baño caliente, cambiarme el joggings rosado, llamo a Paula, sus primeras palabras son "hablemos urgente", quedamos en vernos frente al bar Velma Kelly, llego tarde pero Paula se demora en salir, está nerviosa o ansiosa, muy seria, me trae de regalo una mini escultura encerrada en un mini tubo de ensayo, tan mini que no logro descubrir el objeto representado, casi una burla, saca de su mochila una lupa y me la da, a la luz y con la lupa logro visualizar la figura de un gato sentado con la cola parada, me enternece pero intuyo algo raro en este encuentro, guardo el frasquito con mi escultura y caminamos, fumamos, Paula comienza a relatar una serie de hechos, mezclados con sensaciones, reflexiones, desordenadamente, le advierto que no la estoy entendiendo, me mira a los ojos, me dice claramente: no voy a vivir con vos.

Se me llenan los ojos de lágrimas, entre rabia y tristeza, destruyó nuestros planes en un segundo con unas pocas palabras, siento un ataque de nervios además de una desesperada frustración, de nuevo las palabras cobran materialidad en el cuerpo, estoy muda, siento unas ganas irrefrenables de golpear algo, de romper algo, Paula ahora también esta callada, ya no explica nada, un silencio nos rodea, ni los autos, ni las bocinas, ni gritos, nada, no entiende, no solo destruye nuestros planes, también nuestra amistad, voy a tener que volver, explicar en casa la frustración de mis planes, humillada, escuchar a Martín, recorrer el mismo camino a la oficina, no hablar con el fotógrafo Diego, escuchar a Martín, naufragar en este sinsentido, escuchar a Martín, ponerme los auriculares, seguir en esa casa, trabajar más de la cuenta, escuchar a Martín, odiar todo, odiarlos a todos, mientras escucho a Martín.

Le pido el dinero a Paula, si, me parece justo, nos separamos sin rodeos, para mí terminó nuestra amistad, camino sin rumbo, llego a la plaza Sant Etienne, justo en el centro frente a un grupo de chicas y chicos que parecen no haber ido a la escuela, comienzan a brotarme lágrimas sin parar, no puedo contenerme, me siento en un banco, nada más triste que una persona llorando en la calle, me avergüenzo de provocar pena pero no puedo evitarlo, trato de pensar en otra cosa, cuento los lados del lago, son siete, no sé cuál es la palabra para nombrar una figura de siete lados, pasan dos punks con sus crestas, me seco las lágrimas, vienen a mi mente palabras como octagonal, perimetral, hexagonal pero no aparece la correcta, sigo mi camino un poco más tranquila, llego a la inmobiliaria, escucho los reclamos de la mujer de piscis, no respondo más preguntas.

No tengo ganas de volver a casa, no puedo, camino por la ciudad sin ningún rumbo, tropiezo en la vereda y me lastimo la rodilla, sigo caminando con una herida mínima pero supurando sangre y pus, ahora lloro por la rodilla, sin casi darme cuenta estoy frente al edificio del verdadero Mr. Death, tengo la llave, simplemente entro, estoy sola, toco la superficie de las cosas como nostálgica, miro los objetos, los recuerdo a todos, me siento frente al ordenador, está prendido, exploro el disco externo, veo los videos y fotos, ya me son conocidos, un archivo de audio, escucho el relato sobre un niño y un gato, Mr. Death ejercía desde niño con animales, me acuesto en la cama, me duermo, Mr. Death se acerca despacio, se acuesta en la cama conmigo, me abraza por detrás, me besa el cuello y me toca, me gira hacia él, me desviste, yo le ayudo con su ropa, no dejamos de besarnos, me da vuelta en la cama me toma de la cintura, gemimos al mismo tiempo, me dice cosas al oído, terminamos los dos con un grito casi de dolor, me despierto y estoy sola, hace mucho frío, me levanto avergonzada, género pornográfico, he dejado manchas de sangre de mi rodilla sobre el cubrecamas.

Llego a casa y no doy explicaciones, en mi habitación armo un Eugent Recont furiosa, una tras otras las piezas van armando la figura, estoy en la mitad, pero sigo pensando, la cólera me invade, no puedo más, he perdido el control de todo, destruyo la figura armada del rompecabezas, tiro todo el rompecabezas al suelo, volteo la mesita que lo contenía, la silla en la que no estoy sentada, los almohadones de la cama, busco el rompecabezas que armamos con Cabe, lo tiro al piso junto con el otro, intento armar algo con las piezas, mezclando los rompecabezas, Mamá golpea la puerta, le grito, los objetos del escritorio,

de la mesa de luz, todo va a parar al suelo, destruidas, desordenadas, un llanto unido a un grito, más parecido a un gemido sale de mi interior, Mamá golpea la puerta, le grito de nuevo que se vaya, que me deje en paz, entre sus reclamos escucho la palabra Martín, entonces abro la puerta, se produce un silencio extenso, yo grito: anda a la puta madre que te parió.

Sentada con las rodillas apretadas a mi pecho, se han detenido las lágrimas después de dos horas, estoy más relajada, una calma que hacía mucho no experimentaba, una lucidez desconocida, tengo la respuesta a la pregunta que ignoraba, Mr. Death es la pregunta/respuesta, quizás absorbí de él la habilidad n° 0.

Levanto una a una las piezas de los dos rompecabezas, las coloco en su caja, una por una, con la vista casi perdida y el movimiento automático, he tomado la decisión correcta, estoy segura y es definitivo.



Capítulo cincuenta y siete

El relato de los sueños sólo le interesa a quien lo cuenta, dice el Mr. Ratliff gordo de mi sueño mientras se saca las gafas negras. Están todos los pacientes que he tenido en mi vida de pie frente a una mesa infinita de larga. Del estilo la última cena. A mi derecha Charlie F fuma en su narguile y a la izquierda Mr. Ratliff escribe en una maquina vieja. Bebemos. Fumamos. Pola O lleva su corona y su álbum de fotos. Daniel G su bastón. Alan P nos sobrevuela. Todos tienen su objeto que los simboliza en mi cabeza. Porque todos ellos soy yo. Después cada uno busca bajo los pliegues en la piel de su axila. Encuentran el botón rojo. Lo presionan. Van cayendo como fichas.

Han pasado algunos días. Quiero decir una palabra pero no puedo. Hace días la persigo.

Me despierto y me inyecto. Actúo así porque ya no me siento seguro. Soy presa de la incertidumbre. Que es lo contrario al orden. Desconozco por completo mi futuro. Acaso en cualquier momento un grupo de policías irrumpa como ocurrió en el departamento 84.

No descarto el rol de Mei Ling en la cadena de excepciones. Imagino su conexión con la chica cerda.

La palabra que persigo significa oposición excesiva. O blanco o negro. El número dos. Una vida sin grises.

Las plantas marcan el paso del tiempo. Crecen sanas. Instalo el temporizador. Doce horas de luz por doce horas

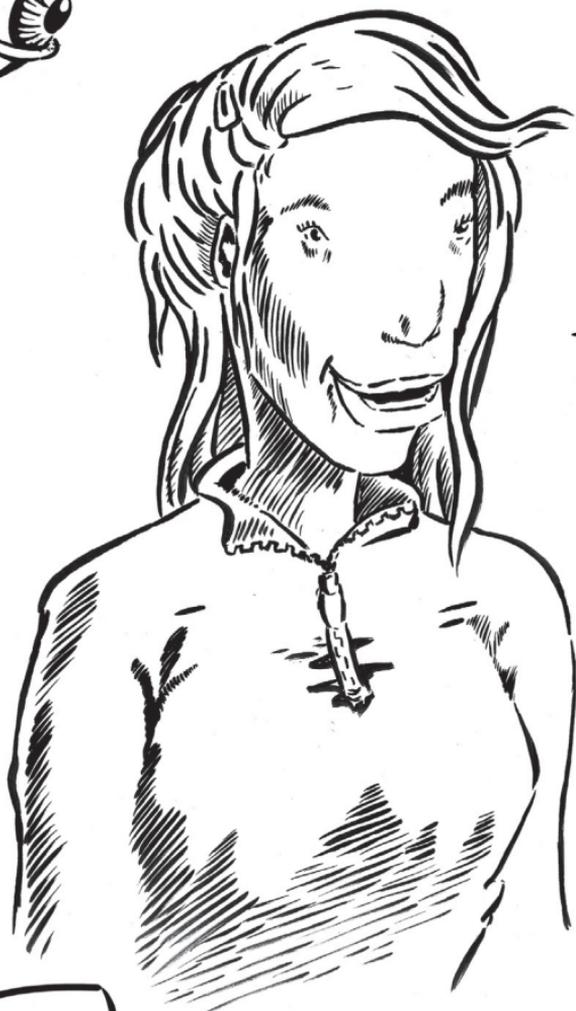
de noche. Ignoro las consecuencias que traerá el hecho de apurar el proceso de floración.

El bonsái recupera el tiempo perdido. Tiene dos ramas principales que exhiben dos flores incipientes. Para él la muerte es un proceso. Y es una mezcla de ambos métodos. Morirá como inducido en un sueño pero también con la velocidad de un organismo en su esplendor.

He salido a caminar con Bill Evans. Siguiendo la autopista de circunvalación. Los tugurios. La venta de drogas en las esquinas oscuras. Las familias mendigas. Vuelvo al portero con restos de esmalte en el edificio antiguo. Presiono el 44. Elijo otra vez a la anguila eléctrica. Charlamos. Descubre mi intranquilidad. La atribuyo a la palabra que busco. Le cuento. Está en la punta de mi lengua. Le muestro. La anguila se acomoda en la cama y dice: Maniqueísmo.

Habilidad inútil N°16:
encontrar la palabra en la punta de la lengua.
Los adivinadores

**ENCONTRAR
LA PALABRA EN LA
PUNTA DE LA LENGUA**



LOS OBSERVADORES

Le ofrezco dinero por su ayuda. Se niega.

El don que se cobra se pierde.

Todos lo saben.

Su sabiduría me deja más perplejo aún de lo que estaba cuando llegué.

Imagino la publicidad correspondiente:

¿Ha estado alguna vez en la siguiente situación?.

Vemos un grupo de amigos charlando, uno de ellos comienza a desesperarse porque no encuentra esa palabra que tanto necesita.

Ya no sufra más.

El hombre marca un número. Suena el timbre. Es la anguila eléctrica.

Encuentre todas esas palabras que se quedan en la punta de su lengua. Maniqueísmo. Antonomasia. ¡Oximoron!. Nunca más pasará esa desesperación y frustración. Recupere ya sus palabras!.

Es una pena que la anguila tenga que trabajar de eso otro.

Vuelvo a mi departamento.

Ya no duermo tranquilo. Descubro que la cerda ha vuelto. Algunos objetos han perdido su lugar definitivo. Ha regado las plantas. Hay manchas de sangre sobre las frazadas. Sabiendo su profesión adivino que deja marcas

a propósito. O con algún otro propósito además de revelar sus incursiones.

Hasta que un día entro y la encuentro ahí. Menos rosada que la vez anterior. Menos armada también. Le agradezco eso.

La felicidad es no ser apuntado con un arma.

Está tranquila. Pero también no relajada. En un estado intermedio. Ha tomado alguna decisión.

Habla.

No es chantaje su propuesta. Es más profundo que eso. Aunque su porcinismo le ha impedido establecer las relaciones adecuadas.

Tampoco es admiración por mi tarea lo que expresa.

No estoy en la posición de negociar.

Le admito.

Acepto a su hermano Martín K. Mi paciente N°61.

Capítulo cincuenta y ocho

Tengo la necesidad de verlo, una ansiedad que no reconozco, me arreglo, quiero estar linda, me miro al espejo y tengo los ojos hinchados, rojos, la cara deformada, trato de ponerle orden a mi pelo, tengo una semana para arreglar los detalles, dejar la casa sola para el domingo, le ofrezco a Claudia un poco de dinero para irse con Cabe a la montaña, uso un argumento irrefutable, Cab lo ne-

cesita, cuando fuimos a patinar la pasó bien, le comento de unas cabañas después del puente, a doce kilómetros, se llega en colectivo, el lugar se llama Beetleville Valley, Claudia acepta.

Si, después de mi decisión compruebo cierto menosprecio a la reflexión, a veces es cuestión de actuar, no siempre es necesario hacer las dos cosas, pensar antes de actuar es una afirmación refutable, se subestima siempre la voluntad, yo sé qué necesitamos y no vacilo en hacerlo, si lo pienso un minuto todo se desmoronará.

Miro a Cabesis jugar en el living, rodeado de desorden y suciedad, a lo lejos escucho a Martín llamar a Mamá, Cabe, una pseudo calma me hace temblar, encuentro una caja de bombones en la heladera, una foto pegada con un imán mariposa en la puerta de la heladera me hace pensar en Tía Julia, en su última carta, en las ganas infinitas de verla, comparto los bombones con Cabe, quizás yo sea para Cabesutra lo que Tía Julia para mí, necesito tanto de ella, pienso seriamente en la posibilidad de ir a verla, quedarme algunos meses, años tal vez, le escribo una carta, hago el borrador.

Block de notas

Tía Julia

Salinas, invierno

Sobre el clima en Salinas te habrás enterado. Hace semanas que nadie puede entrar ni salir de la ciudad a causa de las grandes nevadas. Las rutas están cerradas y los aeropuertos a penas funcionan. Es impresionante, todo está blanco y Salinas parece otro lugar. Una sensación de claustrofobia también. Hay gente que aún sin haber salido nunca del lugar donde nació necesita saber que existe

la posibilidad, como una continua ilusión. La imaginación es tramposa y cruel. Quizás algo de eso me pasa a mí. Deberías saber que te extraño mucho, tengo ganas de ir a verte. Posiblemente un par de palabras tuyas me animarían. Casi estoy alcanzando el momento exacto de mi partida. Pero a veces es difícil darse cuenta.

Contáme sobre el mar, cómo es el ruido de las olas ahí. Sabes la importancia de los sonidos para mí. La diferencia entre ruido y sonido aunque sean sinónimos es abismal. Quiero pensar que no he perdido ese sentido para siempre.

La familia bien. Seguro te mandan saludos, pero no saben de esta carta.

Te quiero mucho
Jorgelina

Ya es fin de semana, me levanto temprano para ayudar a Claudia y Cabe con las mochilas, les doy el dinero, decido acompañarlos, tomamos el subte hasta la terminal y salimos directo, compro dos boletos, esperamos juntos el ómnibus, un chico sin un brazo camina de un lado, pidiendo y logrando monedas de los turistas, lo miro fijo mostrándole mi odio, me recuerda al hombre de la estación de Tongoy, le trasmito mi seguridad, me mira y se va sin decir nada, beso a Cabecita y los miro partir desde el andén.

Al día siguiente Mamá es quien madruga, la escucho preparar sus cosas, hoy le toca ir al cementerio de las afueras donde está enterrado papá, tiene cuarenta minutos de subte y dos horas de ómnibus, para ella es un ritual necesario, no nos hablamos desde mi día de furia,

ni siquiera me dice nada sobre ocuparme de Martín, la escucho salir, empiezo a armar un rompecabezas en el suelo del living mientras hago tiempo, no tardo, salgo de casa a tomar el subte hasta el distrito 1, la estación me deja a sólo tres cuadras, atravieso la plaza Estocolmo, entro al edificio con la ayuda de un niño pez, llego al piso 7 y entro al departamento, Mr. Death me está esperando, salimos juntos a desandar mi camino, llegamos a casa.

Martín duerme, la habitación está en penumbras, lo escucho quejarse aún dormido, espero en la orilla de la cama, abre los ojos por dos segundos, me mira, le sonrío, le acerco un vaso con agua, le acerco los calmantes de la mañana, su respiración disminuye, casi no gime, se adormece, lo beso en la frente.

Capítulo cincuenta y nueve

Esperamos al fin de semana. Trato de ordenarme. De asegurarme el fin de las excepciones.

Los cogollos del bonsái son impresionantes. Yo nunca describo las cosas. Odio las descripciones. Pero parecen fractales fucsias y verdes cubiertos de invisibles filamentos blancos. Quiero decir que los filamentos no se ven a simple vista. Pero una vez que cierta brisa los estimula se unen y aparecen. Intermitentemente. Los veo. No los veo. Cuando reciben la luz se produce un efecto de plateado sobre la epidermis de la planta. Los dejo un tiempo. Llegan a su esplendor. Saco algunas fotos y descubro que acaso sea esa la última anotación del Diario Disco Externo que todo lo contiene. Tal vez el maravilloso objeto termine dentro de una Ziploc, como prueba de un caso olvidado en una sucia dependencia judicial. O acaso algunos videos se filtren a internet. Botellas al mar. Los comienzos de la profesión. Documento también el momento del corte. Tengo algunos días para ver los cogollos secarse. Lo que veré será una mínima variación porcentual en los valores del color. El plateado se hará ceniza y sumará algunos phantones RGB al verde. Código Hex o código decimal. Todo se mide. Eso quiere decir que hay colores mejores que otros. Cierro la cajita de metal.

Me inyecto. La intención también es de volver a la rutina.

Será que mi intención de escapar a las excepciones es un comportamiento también excepcional. Una cinta moebius de excepciones desencajadas.

He ido hasta el 84 y no hay nadie. Una franja roja cruza la puerta.

Vivo días de desasosiego y perdición. Recibo un mail de Tasch. Aquella historia me parece algo absolutamente lejano en el tiempo. Dice que Steve Ratliff era su tío abuelo. Y que la obra era su herencia legítima. Me acusa de plagiarlo a mí que ni siquiera puse mi nombre en el volumen blanco. Yo que ni siquiera tengo nombre. Parece que el libro blanco de alguna manera arruina sus planes. Expone una lista de primos segundos o terceros dispersos por el mundo que también han recibido una copia de la obra. Antes de morir Steve Ratliff contrató a un abogado que se encargó de cumplir su Documento de Voluntades Anticipadas. Se ha publicado en NY una novela gráfica titulada "The Radioman Joker". En esta versión de "El dueño de la radio" el protagonista que se encierra en el ático de una radio es Birlen, un comediante/dibujante obeso y con esquizofrenia. El tiempo se refleja en el cuerpo del comediante. Mientras más flaco se lo ve más ha pasado el tiempo. Tasch me acusa de haberme entrometido en un proyecto mayor fuera de mi entendimiento. En España se está produciendo un telefilm con el argumento de "Mr. Death". Me pide que no vuelva a intervenir en la divulgación de la obra. Le contesto.

En todo caso he colaborado.

Salgo a caminar. Sigo la autopista de circunvalación que rodea la ciudad. Después me desvío hacia Plaza Bucarest. En el lago cuadrado que ocupa el centro de la plaza hay dos niños patinando. Usan sus botas de goma. Resbalan en realidad. Apenas sienten un crujido del hielo saltan afuera. La diversión real consiste en ponerse en peligro.

Voy al edificio antiguo. Pulso el botón 44. Busco a la anguila eléctrica. No hay respuesta. Me quedo vertical entre los caminantes. Un hombre jirafa se detiene a mi lado. Pulsa en 44 y nada sucede. Nos miramos. Parece que no hay nadie. Quizás es el portero que no funciona, dice la jirafa. Ahora somos dos parados en medio de las personas que van a sus trabajos. La jirafa se decide a entrar. Seguimos a una señora bulldog que usa su llave. Subimos al ascensor. Antes que el bulldog se exprese la jirafa presiona el piso 3. Siempre adivino, dice. Lo atribuyo al azar.

Habilidad inútil N°17:
Conocer a que piso va cada persona.
Los adivinadores

A black and white illustration. At the top, a large, detailed eye is positioned above a man's face. The man's face is the central focus, showing a wide-eyed, somewhat crazed expression with a slightly open mouth. He has short, wavy hair and is wearing a collared shirt. The entire scene is framed by a draped cloth that hangs from the top corners, with the eye appearing to be part of the cloth's structure. The background is filled with horizontal lines.

CONOCER A QUE
PISO VA CADA
PERSONA

3

**LOS
ADIVINADORES**

Llegamos al departamento 44 y veo la cinta roja cruzada sobre la puerta. También lo reventaron. Ha de ser una orden general. La jirafa acaba de bañarse. Eso me parece un signo de educación. Salimos. Nos separamos. Intuyo que va en busca del departamento 84.

Llega el domingo. La cerdi pasa por el departamento y vamos en subterráneo hasta su casa. Vive alejada del centro. En una barriada que supo tener prestigio y hoy está venida a menos. Pocas cosas he visto tan venidas a menos como las barriadas en el distrito ocho. La desidia y la destrucción en desolada convivencia. Hay perros flacos en las calles. Y muchos niños con ropas grandes. Ropas heredadas. El asfalto comienza a desaparecer. Hay una enfermedad en los árboles. Hay nidos de gusanos y moscas en los nudos de algunas ramas. La casa por dentro es un reflejo exacto de la decadencia afuera. Es un lugar oscuro y triste. Un desorden en los muebles y en los objetos. Un desorden absoluto. Una silla al revés por ejemplo. Hay suciedad y descuido en el ambiente. Una foto de una familia de policías. Descubro un juguete averiado en un rincón. Hay un silencio incompleto. Desde la casa vecina entra por la ventana una cumbia saturada.

Ha preparado todo. Estamos solos. El resto de la familia ha salido en un viaje organizado por ella. El muchacho ha quedado parapléjico hace unos años, según repite la cerdum. Limpia los vidrios de sus anteojos y me observa fijamente. Le desconfío un poco. Casi no habla. Se nota que el proceso va por dentro. Me decepciono un poco porque no pregunta sobre mi oficio. No le interesa. Nos quedamos en silencio y quietos sentados frente a un rompecabezas gigante que ha quedado a la mitad.

No es capaz de inyectar ella misma al hermano. Pero si se anima a conseguir alguien para que lo haga. Me siento extraño. Como un objeto invisible. Soy una herramienta. Soy su herramienta. Se me ocurre que ahora puedo traicionar como sólo los objetos inanimados lo hacen. Puedo vaciar mi departamento de pruebas y desaparecer. Puedo dejarla sola.

De todas formas no tendré herencia.

La cerdex se mete en la habitación del hermano. Permanece ahí un tiempo. Luego entro yo.

Con una seña en la mirada me decido a comenzar mi tarea. La habitación de Martín K es el peor lugar de la casa. Contra las paredes las manchas de grasa que ha dejado el cetáceo. El cuerpo es un despliegue de gelatinosidad. Es particularmente sencilla mi tarea hoy. Tiene un suero pegado a la muñeca. Por primera vez en diez años tengo dudas. Sobre la autenticidad de esta muerte. Ella me ha dicho que el muchacho lleva dos años paralizado del cuello hacia abajo. Y que en el último tiempo la parálisis había ocupado el cuerpo entero. No sé si creerle, ni si me importa. Sale. Me deja solo con su hermano quieto. Yo podría fingir. Mentirle a cerdofla. Inyectar en el paciente la dosis justa de cualquier anestésico que produzca una disminución de los signos vitales. Hasta casi hacerlos desvanecerse. Puedo hacerlo. Tengo las habilidades necesarias.

Eso que es la vida. Eso que también se mide. Disminuirlo lentamente. Graduarlo. Hasta dejar unos microcentímetros de vida en ese cuerpo enorme. Como los filamentos invisibles del cogollo. Pocos no se ven.

Después podría volver al departamento y borrar toda huella de mis acciones. Estoy preparado para eso. Sólo necesito diez minutos y toda huella desaparece. Ni siquiera tengo que huir a otro país. Cerdilla no tiene pruebas. Nadie me reconocería. La topo de la entrada al asilo ha visto a otro.

Salgo de la peor habitación del mundo. Entro a una habitación unos decibeles menos fea.

Todo se mide.

La cerdys enfrenta el rompecabezas casi terminado en el piso. Está concentrada frente a él. Me siento a su lado. Ahora tenemos que esperar un poco. Realiza la tarea con asombrosa velocidad. Posee realmente ese talento. Lo exhibe. Ni siquiera lo clasifico. Directamente comento. Muy buena habilidad. Agradece. Le cuento sobre los Puzzles Contest . Saco la cajita de metal con los cogollos que ha dado el bonsái. Las estructuras más deliciosas. Lleno el cuenco de una pipa de mármol blanco y la enciendo. El humo es tan puro que parece extensión del mármol. Es tan perfecta su estructura que hasta parece resistir al fuego. Unos cogollos dorados e infinitos. Que nunca se hagan ceniza. La gallina de los huevos. Le paso a cerdoman. Fumamos esa planta de once años. Se me ocurre que acaso no haya existido antes un objeto similar a ese que fumamos.

Vemos por la ventana la nieve que cubre un auto abandonado donde juegan tres hermanos pingüinos. La nieve les sienta ideal.

Deposita la pipa en mis manos y vuelve a su trance.

Cerdópolis retoma su actividad con el rompecabezas. Se detiene. Funciona con intermitencias. Observa la imagen inconclusa. Sus movimientos son coordinados y acelerados a la vez. Como si ya tuviera frente a sus ojos la imagen final. *A veces siento que las piezas la mueven a ella.* Descubro sobre el piso la cubierta de la caja tapada con una cartulina negra.

Arma. Arma. Arma.

Cuando pone la pieza final todo se detiene. Afuera la nieve cae más lento.

Cerdina se pone de pie y entra a la peor habitación del mundo. Lo hace de un solo movimiento. Como se arranca una bandita para sufrir menos tiempo. Permanezco ahí a la espera. Que es corta. Le ha tomado el pulso al cuerpo inmenso del gordo y sabe.

Martin K ha muerto. Es el método de la lenta desorganización del cuerpo.

Cerdum se queda sentada frente al rompecabezas terminado. Enciende un cigarrillo. Su boca pequeña es una delgada línea recta. *Estoy seguro que antes ha aprendido a sonreír con otra parte del cuerpo.*

Yo abandono la situación.

Entro a la nieve con la pretensión de no dejar huellas.

Capítulo sesenta

Somos la causa improbable de efectos desconocidos.

Una tarde de otoño de 1989 un niño cualquiera sale de un café de la mano de su padre. La mano del padre es gigante en comparación. Todo lo mide el niño. Antes se ha guardado un sobrecito de azúcar en cada bolsillo. Son los primeros de una serie sin fin. Al cabo de veinticinco años habrá robado más de cinco millones de sobrecitos. Habrá trasladado toneladas de azúcar de un sitio a otro sin ningún objetivo específico.

Ejerce su ritual en secreto. Crea un universo menor y único. Esta consciente y seguro de la huella o de la ausencia que dejamos en el mundo.

Desde el cielo la ciudad de Salinas parece dos brazos que juntan líquido derramado sobre una mesa. La voz eléctrica de la azafata repite las indicaciones de seguridad en inglés primero, en portugués después.

Ha preferido un asiento cerca de la ventanilla. Sino qué sentido tiene viajar en avión. No poder ver todo así. Tan chiquito y fuera de escala.

Estamos rodeados de habilidades inútiles. De dones innecesarios.

Somos parte de un mundo que organiza su existencia sobre una base de acciones redundantes. Alguien barre una vereda para que mañana vuelva a llenarse de polvo.

Otro apila cubos de madera para armar un castillo que durará hasta la noche. Una mujer espía a sus vecinos. Todos ven televisión. Una mucama laosiana arma una cama. Las acciones también quedan desamparadas.

Fija la vista en el horizonte curvo. En el borde del planeta. Súbitamente el mundo es sólo eso. Una línea curva y ridícula. Hecha de acciones invisibles y habilidades imaginadas.

FIN.

(ningún animal o persona parecida a un animal fue dañado durante la escritura de esta novela).

